

La Cruz del Amanecer

Rafael Lara Sánchez



La Cruz del Amanecer

Rafael Lara Sánchez



LA CRUZ DEL AMANECER

Rafael Lara Sánchez

Marta Castro es una alocada y divertida policía de Madrid envuelta en un sorprendente asesinato que reaviva viejas historias de su familia.

Junto con su compañero Carlos Seoane y protegidos por su jefe Sebastián Martínez investigan la conexión entre la muerte y el robo de obras de arte a la Iglesia.

Todos la quieren apartada del

caso pero cuando Marta descubre que la muerte de su padre unos años atrás está relacionada, ya no hay marcha atrás.

La historia se complica cuando el Vaticano y varias organizaciones de dudoso origen convierten Madrid en un campo de batalla por el control de los “secretos mejor guardados”.

¿Quién es Marta Castro? ¿Por

qué es tan importante para todos?

Una violenta historia de acción y suspense que dejará a Marta Castro sin saber en quien confiar.

© 2014, Rafael Lara Sánchez

Título: La Cruz del Amanecer

Cubierta: Mariano Sanfrutos

1ª edición: Marzo del 2014

**® Propiedad Intelectual: M-
008877/2013**

16/2014/42 Rafael Lara Sánchez

Dedicado a la persona que siempre fue y será mi compañera. Aquella que siempre empujó, desde dentro y desde fuera para que mis historias cobraran realidad. También lo dedico a esa personita que nunca dudó, de la que fui espejo y maestro y de la que, al final, tanto aprendí de ella.

(Montse y Elena)

Prólogo

La luz del Sol pelea por asomar el amanecer entre los edificios después de sortear las nubes otoñales que cubren el cielo madrileño. Un ligero viento remueve las hojas caídas que no frenan el agua del asfalto después de una noche ligeramente lluviosa.

Mientras Madrid despierta, las cuadrillas de limpieza trabajan

afanosamente por limpiar sus calles; junto a las verjas del Retiro un empleado empuja con cierta vaguedad su cepillo, arrastrando algunas bolsas de plástico y un par de botes de bebida que rompen el silencio de la calle al rebotar sobre el suelo. Cansinamente se inclina con su pala para recoger los restos y ponerlos en los cubos que lleva en su carrito; casi no se le ve la cara, aunque el frío no es acuciante lleva levantadas las solapas de su cazadora y la gorra demasiado

encajada en la cabeza.

Como si la pala le pesara una tonelada, da la sensación de realizar un esfuerzo exagerado para introducirla en el cubo. Sin prisa, observa el interior del parque y se gira para recostarse sobre el murete de la verja, hurga en el bolsillo superior de su cazadora y saca una cajetilla de cigarrillos de marca innombrable y demasiado arrugada para haber estado dentro de ese enorme bolsillo.

Se acerca un cigarro a la boca y maldice mientras se toca por todos los recovecos de su ropa hasta que encuentra su mechero. Con un gesto de malhumor se enciende el pitillo y levanta la cara al cielo de Madrid mientras aspira la primera calada del cigarro.

Las luces de las calles se apagan a la hora fijada y crean una rara oscuridad, las nubes siguen

cubriendo el cielo; aun así, la Puerta de Alcalá dibuja su figura en la gran plaza, aunque no puede contemplarla completamente, la tiene de perfil y no divisa el contorno de sus arcos. Se la sabe de memoria. Lleva años limpiando la misma zona y recogiendo la basura que los energúmenos plantan todas las noches en el suelo verde que rodea a la Puerta.

Apura cansinamente su cigarro y girando su cabeza a uno y otro

lado, comprueba que puede hacer lo que tiene intención de hacer. Tira la colilla al suelo limpio, amarra su carro de limpieza y se dispone a cruzar la calle cuando un grupo de gamberros salen corriendo desde el arco central del monumento. Unos más, como siempre; pero tiene que detenerse de golpe cuando un monovolumen pasa velozmente delante de él.

—Eh! ¡Tú! ¡Hijo puta! mira por dónde vas —el grito le salió de

dentro y mostró un rostro de furia y desafío con su brazo en alto y la palma de la mano completamente abierta. El vehículo frena de golpe y dos hombres sacan la cabeza por las ventanillas traseras; su cara se deforma y la valentía se vuelve cobardía, aún más cuando se abren las puertas del coche.

Un suspiro de alivio relaja su cuerpo cuando ve como los gamberros se meten en el coche y acelera girando por la plaza, sin

caso a los semáforos para apuntar con sus faros hacia Atocha. No perdía de vista al vehículo y se dio cuenta como tras la ventanilla completamente bajada uno de los ocupantes no le quitaba los ojos de encima.

La valentía volvía a su cuerpo a la misma velocidad que el coche se perdía en las calles de Madrid.

—¡Pandilla de chulos... no han

tenido cojones a bajarse del
coche...!

Mientras escupía sus insultos
rebuscaba otra vez la caja de
cigarrillos, esta vez el mechero si
estaba a mano y encendía el pitillo
mientras empuja su carro.

—Vamos a ver que cojones
estaban haciendo dentro de ti
preciosa...

Detuvo el carro junto al primer arco y se adentró por el cuidado césped de la plaza... miraba al suelo continuamente buscando las botellas que deberían haber dejado los gamberros; nada, nunca estuvo tan limpia la plaza. Levanta otra vez su cara al cielo de Madrid para aspirar otra calada de su cigarrillo...

Parece como si el tiempo se hubiera detenido, ni viento, ni hojas volando, ni lluvia, ni el ruido de los

coches que cruzan por Cibeles. Nada... su cara blanca, tensa, los ojos a punto de saltar de su cuerpo y la colilla que se cae de su boca... la Puerta de Alcalá ha cambiado.

—Me cago en la puta hostia...
¡Joder! ¡Joder, joder, joder...!

Nervioso saca el móvil del bolsillo de atrás de su pantalón, los dedos no aciertan a marcar, el aparato acaba en el suelo. Se

agacha para recogerlo pero su cara no puede apartarse del monumento. No le tiene enganchado su belleza... en el arco central hay un hombre.

—¡Joder...! —Era la única palabra capaz de pronunciar, esta vez sí acierta con el número.

—Policía... ¿dígame?

—Tienen que venir... aquí...

ahora... rápido.

—Buenos días señor... ¿podría indicarnos lo que ocurre?

—La Puerta de Alcalá...

—¿En la Puerta de Alcalá?
¿Qué ha sucedido?

—¡Hay... hay un hombre...!

—Oiga ¿Qué le ocurre a esa persona? ¿Se encuentra bien?

—¡Está... está...! ¡En la Puerta de Alcalá... han crucificado a un hombre.

1

La tenía contra la pared del edificio, sujeta por las muñecas, todo su cuerpo la aplastaba contra el muro.

Miradas silenciosas, respiración acelerada y dos pares de ojos llenos de deseo, lujuria y pasión. Se fundieron en un profundo y largo beso, ella intentaba liberar sus manos... él, cedió. Se apresuró

a abrazarle con fuerza, levantó su pierna derecha sobre el escalón del portal, la falda era incapaz de cubrir sus piernas. Las manos masculinas ya habían colocado su camiseta por encima de sus pechos y bajaban con excesiva prisa por su estómago...

—Vamos arriba tía... ¡que no aguanto más!

Ella asintió aceleradamente,

tampoco aguantaba más y se bajó la camiseta dejándola sin ajustar. Un móvil sonó en la calle.

—¡Joder! ¡Quién coño me llamará a las seis de la mañana...!

Ni siquiera podía rebuscar en su bolso, no lo tenía encima. El móvil seguía sonando y ya se percató que estaba sobre el capó de su coche. Abrió el enorme bolso de tela que siempre llevaba cuando

salía de copas y encontró el aparato que seguía vibrando y sonando. Antes de contestar tuvo que retirarse de la cara parte de su melena que ya se estaba colando entre sus labios.

—Sebas... ¿es que tu mujer te ha puesto de patitas en la calle? ¡Qué coño quieres a estas horas, me estas jodiendo mi fin de semana antes de empezar!

—Hola Marta... yo también te deseo buenos días.

—¡Que tripa se te ha roto Sebas!

Miraba de reojo a su acompañante poniéndole cara de que no pasa nada y se aleja ligeramente de él para poder seguir hablando sin que escuche su conversación.

—Marta, donde estás ahora mismo.

—En la puerta de mi casa Sebas... ¿qué pasa?

—Tienes diez minutos para plantarte en la Puerta de Alcalá.

—¡Ni hablar de eso tío! Tengo a un maromo que está como un queso deseando meterme mano y te

aseguro que no tengo ninguna intención de pararle los pies. ¡Llama a Carrasco o a Sara!

Su cara comienza a pasar de enfado a esbozar una maliciosa sonrisa, se aparta el móvil del oído y le habla directamente, mientras pulsa el botón de colgar.

—¡Adiós...!

Se gira y mira directamente al chico, se le acerca insinuante, muy insinuante, levantándose ligeramente su minifalda para enseñarle parte de su muslo. Los dos sonrían, ya saben lo que se avecina...

—¡Mierda... mierda y mierda!...
¡Joder!

El móvil volvía a sonar. Levantando los brazos da un giro

completo sobre ella misma y con cara de decepción responde a la llamada con voz suplicante.

—Sebas... ¡por favor! no me jodas la noche...

—Ya no es de noche Marta, así que no te jodo nada, manda a tu semental a tomar por culo y vente para acá.

—Sebas... por favor... eres mi amigo... tú es que no sabes cómo está este tío...

Mientras hablaba con Sebas no dejaba de mirar de arriba a abajo a su futuro compañero de cama. Todo su cuerpo sudaba y ya no sabía si era por él o por lo que estaban a punto de quitarle.

—Marta... tengo un cadáver crucificado —el comentario hizo

que dejara de temblar como una quinceañera.

—Además... su cara está cubierta con un velo negro... ¿Suficiente para que estés aquí en diez minutos?

Su cara ya no es angelical, el semblante serio con el que mira a su acompañante hace que éste tuerza levemente el gesto; pero no lo suficiente para olvidarse de lo

que les espera en el apartamento de la chica.

—Vale tía... pasa del móvil y vamos arriba.

Se acercó a ella y le pasó un brazo por sus hombros mientras con la otra mano le aplastaba uno de sus pechos.

Con un brusco gesto le apartó la

mano sujetándola por su muñeca de tal forma que hizo que se inclinara y pusiera su rostro a la altura del ombligo de Marta.

—Lo siento cariño... tengo que dejarte... búscate una puta o aprovecha que no pasa nadie por la calle y libera tus tensiones.

Mientras hablaba, cogía de su bolso las llaves del coche y cuando las tuvo le empujó contra la pared,

se despidió lanzando un beso con la palma de su mano y se sentó al volante, no sin antes tirar de la puerta un par de veces.

—¡Maldita puerta...!

Contra la pared del edificio ahora sólo estaba el cuerpo de él, con cierta ira reflejada en su rostro mirando como el coche desaparecía por la calle. Lo único que le quedaba de la noche era mascullar

para sí:

—¡Será cabrona la puta caliente
pollas esta...!

2

Marta Castro, 32 años, resultona de cara, no es una gran belleza pero su metro setenta de estatura y sus estupendas piernas ya era suficiente para que los hombres se fijaran en ella y alguna que otra compañera de trabajo envidiara lo que su camiseta intentaba ocultar; pero es una maniática de las prendas ajustadas.

Consiguió “aparcar” su coche subiéndolo a una acera cercana a la calle Serrano. Cuando puso los pies en el suelo y giró la cabeza para mirar a la Puerta de Alcalá, su sangre se heló. Con la cara tensa y sus labios apretados perdió algunos segundos contemplando el espectáculo que ante ella se levantaba.

De un portazo lastimó nuevamente su coche y olvidando sus pensamientos se encaminó hacia

el lugar donde estaban sus compañeros.

Sebas la observó acercarse, con paso firme, como siempre, sujetando esa especie de bolso maletero que solía llevar, su pelo, entre revuelto y con media coleta casi deshecha posiblemente por su aventura nocturna, le caía sobre la cara. Miraba al frente, sin importarle quien estuviera a su paso y empujando a los que se interponen en su camino.

A pocos metros de Sebas, redujo un poco su paso y sus ojos no se apartaron de la visión que sería portada de todas las noticias.

—Hola Sebas...

—Preciosa... Ahí lo tienes. Dentro de una hora habremos abierto las puertas de un circo en pleno centro de Madrid.

—Me importa una mierda el circo... no vendas ninguna entrada. Dame permiso y no tendrás cámaras para que “esto” salga en las noticias.

Dando la espalda al suceso, sacó un cigarrillo del paquete que tenía en un bolsillo de su minifalda... Un brazo le ofreció fuego desde atrás con un mechero plateado de esos de tipo “*Zippo*”.

—¡Vaya, vaya! Roberto... ya se me hacía raro que no empezara a oler mal por aquí.

—Yo también te quiero Marta... ¿cada vez me recuerdas más a tu padre?

Esquivando el fuego de su mechero, encendió el cigarrillo con el que tenía en su paquete.

—Deja en paz a los muertos Robert. ¿No tienes mierda que olisquear por ahí? —Dándole la espalda siguió hablando con su jefe.

Sebastián Martínez, lleva en el cuerpo desde que tenía veinte años. Pelo castaño raspado por algunas canas y con un rostro alargado, como todo él. Vestía con un pantalón negro y bajo una chaqueta de pana marrón, probablemente de

cuando entró en la policía en su Valladolid natal, llevaba una camisa gris y una corbata azul con el nudo descolocado. No se puede decir que fuera un pincel vistiendo; pero siempre le habíamos conocido destrozándonos la vista con sus trajes.

Desde hacía tres años era el superior de Marta y entre ellos se ha creado un lazo de compañerismo muy especial. En numerosas ocasiones la había tenido que sacar

las castañas del fuego con la Administración; Marta no es muy amiga de los tecnicismos y los protocolos. Su trabajo está en la calle aunque a veces es muy amiga de entrometerse en asuntos políticos y de gestión que a ella ni le van ni le vienen.

—¿Alguien vio algo, Sebas?

—Sólo tenemos al barrendero, le tienes allí...

—¿Cuál de ellos?

—El que se está bebiendo la lata de cerveza.

—¡Joder... buen desayuno se está metiendo el tío! ¿Qué nos ha contado?

—Nada, que estaba limpiando, se acercó a la plaza y vio salir lo

que creía que eran unos gamberros.
¿Quieres que le interroguemos antes
de que la Brigada lo haga?

—No, ¡déjalo! Luego vamos,
dejemos que Roberto haga su
trabajo de carroñero y luego vamos
nosotros. Quiero ver de cerca el
regalito que nos han dejado para el
domingo.

—Vale Marta, como quieras.

Se acercaron unos metros a los arcos de la Puerta y ambos contemplaron el cadáver.

—Sebas... ¿Cómo demonios lo han colocado de esa forma y a esa altura? Unos tíos salen corriendo sin nada en las manos y dejan esto... Una de dos, o ya estaba ahí colocado o son unos prestidigitadores ¡joder!

—Ni idea Marta, ni puta idea;

pero el trabajo es de artistas.

Un hombre, piel blanca, vestido únicamente con un pantalón blanco tipo ibicenco, descalzo. La posición de su cuerpo recordaba al tipo ese que sale en las monedas de un euro italianas y que lo dibujó Da Vinci. Sus pies amarrados con unas cuerdas que separaban sus piernas hasta el punto donde podían arrancarlas de su cuerpo y que se anclaban en el suelo de la plaza con unos ganchos de metal a modo de

piquetas que sujetan los vientos de una tienda de campaña.

Sus brazos están en la misma posición pero la cuerda está clavada en las paredes del arco. Observan agujeros de bala en sus dos pies y en sus manos y otro con impacto directo sobre su corazón. Pero lo más espeluznante estaba sobre su cabeza. Le habían clavado una decena de clavos en su cráneo y sobre ellos, tapándole el rostro, un velo negro completamente

ensangrentado.

—¡Joder Sebas! Se te ponen los pelos de punta sólo con imaginar lo que tuvo que pasar ese hombre hasta morir.

—Yo creo que no tuvo que estar mucho tiempo con vida, si quitas los disparos de pies y manos, cualquiera de las otras heridas ya son mortales.

Marta no se movió ni un solo instante mientras observaba la escena. Sebas, la miraba de reojo de vez en cuando esperando que el rostro de ella dibujara un ligera mueca que ablandara su expresión. Nada. Seguía fría, distante, observadora, como siempre, como en todos los casos en los que había trabajado con ella. Pero sabía que no podía durar mucho esa entereza, tarde o temprano tendría que hacer la pregunta; si no, la haría él.

Los pensamientos de Sebas se desvanecieron cuando se acercó a ellos el coche forense, los dos se giraron y esperaron pacientemente al juez y al secretario.

—Hola Sebas... ¡Marta! Veo que os han dejado un buen regalito para el domingo.

—Juez —saludó Marta.

—Hola José Luis, todo tuyo, nosotros esperaremos a que termines.

—Voy a firmaros los papeles y ya podéis avisar a los bomberos para que lo bajen de ahí.

El juez y el secretario, acompañados por dos miembros de la Policía Local se encaminaron a los pies del muerto. Casi rozándose con ellos se acercaba Carlos,

compañero de Marta cuando ésta se lo permitía.

—Hola chicos, os traigo unos cafés.

—Buenos días Carlos, gracias.

Sebas tomó los dos vasos de plástico y le acercó uno a Marta que en lugar de beberlo lo utilizó de cenicero para apagar la colilla que

tenía entre sus dedos. Sebas empezaba a intuir que el momento se acercaba. Y su instinto no le falló.

—Sebas...

—Dime Marta...

—Tu llevas muchos más años que yo en la policía...

—¡Vaya!... que novedad...

—Déjate de sarcasmos... tú ya habías visto algo parecido antes. ¿Verdad?

—He visto muchas cosas Marta... demasiadas... no puedo acordarme de todas.

—Sebas, no te hagas el tonto. Tengo en mi mente una imagen muy

parecida, de cuando yo era niña. Siempre intentaron ocultármelo... —Carlos, sin entender nada de lo que Marta decía, miraba con una cara un poco absurda a Sebas—... sé que el día que tuve esa visión ya no volví a ver más a mi tío, era tu compañero y desde entonces mi padre cambió por completo. Se pasaba horas y horas en la comisaría, casi no le veíamos por casa...

El juez interrumpió la

conversación... —Todo vuestro, los bomberos ya están preparados para bajarlo. Que lo lleven al Anatómico y me vayan pasando los informes.

—Muy bien José Luis — comentó Sebas y empezó a dar órdenes a diestro y siniestro.

—Carlos, Marta, acercaros al cadáver, que los bomberos no empiecen hasta que los técnicos

hayan barrido toda la zona y después que lo bajen como si fuera un bebé.

Mientras Sebas daba las instrucciones se estaba acercando el Capitán Galilea, un tipo sacado de una película de Pajares y del que nadie sabía cómo había podido llegar a jefe.

—¡Martínez... Castro! ¡Buenos días!

—Buenos días jefe —saludó Sebastián.

—Capitán —masculló Marta—. Con su permiso voy a continuar con mi labor.

—Por supuesto Castro... ¡por supuesto! —No dijo nada más mientras Marta se marchaba con los técnicos y espero a que estuviera a

una distancia prudencial—. Sebas, no quiero que Castro se encargue de este caso, haz lo que se te ocurra pero mantenla alejada.

Dicho esto, se alejó para hablar con los miembros de la Brigada. Sebas se mordía el labio inferior. Contaba con que esta situación se iba a producir. Movi6 la cabeza y entre dientes, mientras se tomaba el café se decía...

—¡Porqué ha tenido que volver a pasar? ¡Me cago en mis muertos!

3

La M-40 estaba casi vacía a esas horas de la mañana del domingo. Un monovolumen con cinco personas en su interior circula en dirección a la Carretera de Valencia. En la radio, una sintonía cualquiera avisaba de la hora... Las seis de la mañana. Nadie hablaba en su interior. El conductor cambió el dial del aparato y lo detuvo en una cadena de música. Con sus dedos comenzó a

tamborilear sobre el volante.

Los tres ocupantes de la parte trasera hablaban entre ellos en un tono muy bajo, y en una lengua de algún país del medio oriente. El conductor y su acompañante, de rasgos españoles se mantenían indiferentes a lo que ocurría detrás de ellos. Durante algunos minutos se mantuvieron en silencio escuchando la canción que sonaba en la emisora de radio.

—No tomes la siguiente salida, continúa por la M40.

—¿No vamos a la nave? —
Comentó el conductor.

—No, vamos a ir a la parcela de Ramón, la que tiene en Loeches, tenemos que cerrar el asunto de hoy definitivamente.

—¿Crees que se lo habrán

tragado?

—¿Quién, la policía? No lo sé. Pero la prensa se encargará de que todo el mundo crea lo que nosotros queremos que crean.

Asintiendo con la cabeza y esbozando una media sonrisa el conductor abandonaba la autopista para encaminarse al nuevo destino que le había indicado su compañero Esteban. Había realizado algunos

trabajos con él, un hombre duro, sin remordimientos en sus acciones y difícil de provocar. Lleva la cabeza completamente rapada y tatuado en su cuello, en el lado izquierdo, una cruz celta.

Tiene fama de poco hablador y poco se sabe de su pasado, según algunos ha estado en cárceles de varios países, en algunas de ellas, casi es preferible morir a ingresar allí y sin embargo, Esteban ha salido ileso de todas ellas. Hablan

de que tiene unos protectores muy poderosos y que siguen confiando en él porque es el mejor. Sus pensamientos se desvanecieron cuando oyó gritar a Esteban.

—¡Eh... vosotros! ¿Queréis dejar ya de cuchichear en raro y que os entendamos?

—Pedimos disculpas jefe. Hablamos de nuestras familias.

—Pues hablar de vuestras familias en cristiano, quiero saber siempre lo que se dice donde yo estoy.

Los dos hombres de las ventanillas miraban a su compañero, que siempre era el interlocutor con Esteban, esperando su aprobación para obedecer. Nunca hacían nada sin una orden suya. Con un leve movimiento de cabeza autoriza a todos a hablar en castellano. El más alto, fue el

primero en continuar con la conversación.

—Pues mis padres me han llamado el viernes.

—Los míos me han llamado el jueves. —Comentó el otro y los tres saltaron en enormes carcajadas.

—A mí eso me suena a cachondeo Esteban.

—Pasa de ellos Fede, casi prefiero que sigan mascullando en su idioma, Sus risas me dan ardor de estómago.

Durante los siguientes veinte minutos la calma y el silencio fueron constantes en el interior del monovolumen. Estaban cerca del lugar de destino y Fede apagó la radio.

—¿Cuál es la entrada Esteban?

—Dos calles más abajo, donde los cubos de basura.

Fede tomó la dirección indicada y continuó carretera abajo hasta el final de la calle. Esteban salió del coche y abrió la verja de acceso a la parcela. Volvió a subirse y con la mano le indicó a Fede a donde dirigirse. El coche dio la vuelta al recinto y se situó detrás de la

pequeña nave donde Ramón guardaba las herramientas y su camioneta. Todos bajaron del vehículo y abrieron el portón de acceso. Esteban entró primero, encendió las luces e indicó a los demás que entraran.

—Fede, da la vuelta al coche. Vosotros recoger aquellas cajas y subirlas al maletero.

Se encaminaron a cumplir las

órdenes de Esteban excepto Fede que permaneció a su lado. Los tres hombres cargaron las cajas y se encaminaron hacia la puerta de salida de la cochera. El primero de ellos empuja levemente a Esteban y suelta una sonora carcajada que contagia a sus compañeros. Cuando llegan a la puerta y se dan cuenta que el monovolumen está en el mismo sitio se giran para preguntar pero sus bocas quedan mudas.

Enfrente, Esteban y Fede les

apuntan con una pistola con silenciador. No hubo reacción, tres disparos, dos disparos más, los tres caen retorciéndose de dolor. Lentamente, se acercan a los caídos y con una mirada fría y una sonrisa enorme Esteban les dispara a los tres hasta darlos por muertos.

—Cuando llame tu familia el lunes no podrás atender la llamada. Gilipollas.

Ayudados por las ropas de los muertos quitan el silenciador de sus armas. Esteban apaga las luces y cierra la puerta del garaje

—Primera parte del trabajo acabada. Ahora le toca mover ficha a la policía. Fede, haz la llamada.

Con una ligera sonrisa, Federico Santos, empresario de éxito en las tiendas de moda de Madrid, marcó el número de la

policía en su móvil.

—Guardia Civil, ¿en qué podemos ayudarle?

—Buenos días, acaban de matar a tiros a tres hombres en una nave de Loeches propiedad de Ramón Sastre.

Colgó el teléfono sin dar más explicaciones y se subieron al

coche para dirigirse a su nuevo trabajo.

4

Carlos Seoane, un policía perfecto para todo aquel que hablaba o trataba con él, treinta años y de pelo rubio, agraciado físicamente por su infatigable gusto por el gimnasio y con un rostro infantil. Siempre cuidaba su vestuario y no podía vivir sin su amplia colección de gafas de todo tipo de diseño y colores; algunas veces incluso irritantes para la vista de algunos, especialmente de Marta

Castro que siempre se metía con él por esa manía suya de cambiar de gafas constantemente y... bueno... realmente se metía con Carlos cada vez que tenía ocasión.

—Oye Carlos. Acércate al grupo que está interrogando al barrendero y no pierdas detalle de lo que le pregunte Roberto, yo me quedo con los técnicos para ver que encontramos aquí.

—De acuerdo, Marta.

Carlos atendió rápidamente la orden y al girarse se llevó por delante a Carmen que casi acaba en el suelo aunque no pudo librarse de un golpe en la nariz.

—Lo siento... los siento mucho Carmen... yo... no te había visto, ¿te he hecho daño?

Carlos era un cúmulo de despropósitos mientras intentaba disculparse con Carmen y a la vez, sujetarla. Marta levantaba la vista al cielo y abría los brazos implorando ayuda para poder soportar a su compañero. Carmen, con las manos en la nariz y los ojos cerrados levantó una mano para frenar a Carlos.

—¡Vale ya! Déjalo estar Carlos, no me ha pasado nada, estoy bien.

—Pero Carmen, no te he visto
y...

—Carlos —intervino Marta—
que lo dejes ya.

Vete de una vez que van a
terminar el interrogatorio antes de
que tu llegues.

—Sí Marta... voy... Carmen,

yo... bueno, enseguida vuelvo.

Ahora sí que Carlos se alejaba definitivamente, Marta comenzó a sonreír pícaramente mientras abrazaba a Carmen. Compañera de su unidad y amigas desde la academia. Habían pasado muchas noches “especiales” las dos juntas y compartían muchos secretos de chicas, aparte del piso donde vivían.

—¿Cómo está mi pequeña y adorable contusionada?

—Te juro Marta que un día de estos me lo cargo, antes de que él acabe conmigo.

—Carmen... está loquito por ti y se pone muy nervioso cuando te ve —contestó Marta riéndose.

—Pero ¡joder! ¡Si estaba de

espaldas!

—Es que ya te huele cuando estás a menos de cinco metros de él —riéndose otra vez—. Bueno, que te parece el panorama que tenemos aquí.

Carmen contempla la escena y se acerca a la víctima saltando por encima de las marcas que los técnicos iban colocando en el suelo. Se gira hacia Marta y vuelve hacia

ella.

—Pues... que se han pasado un huevo con el muerto.

Sebas se había ido acercando a las dos, con una mano en el bolsillo del pantalón y con el vaso de café, ya casi frío, en la otra.

—Hola Carmen. Veo que te has enterado pronto del incidente.

¿Andabas cerca?

—Hola jefe. Me mandó un mensaje Carlos y no quería perderme la escenita. Menudo como lo han dejado, parece que estamos en Semana Santa.

Marta sonrió con el comentario de Carmen; pero Sebas tenía que mantener la compostura, además, era creyente y no le hacía mucha gracia ese tipo de bromas.

—Déjalo ya Carmen, sabes que no me gustan esos comentarios. Me viene bien que estés aquí, ahora, tengo que pedirte que te encargues del caso, avisa a Raúl y que venga lo antes posible, mientras te voy poniendo en antecedentes con lo poco que tenemos.

Marta había ido cambiando la cara y tuvo que intervenir.

—¿Pero bueno, Sebas? ¿Cómo que Raúl y Carmen se van a hacer cargo del caso? ¿Si me has hecho venir hace media hora para que yo lo llevara?

—Ahora hablamos Marta.

—¡Por supuesto que hablamos ahora! ¿A qué se debe ese cambio de opinión?

—He dicho que ahora hablamos
Marta.

Tan tajante fue en su tono que Marta quedó sorprendida, le había visto ponerse en plan jefe muchas veces; pero ahora estaba bastante serio. Incluso Carmen abrió los ojos exageradamente cuando le oyó hablar. Sabía que entre ellos dos había una muy buena relación, que la conocía desde niña; pero esa salida de tono no era normal en Sebas.

—Espérame en el coche, tómate un café y fúmate un cigarro, enseguida voy para allá, en cuanto ponga a Carmen al día.

Marta se giró notablemente enfurecida y desconcertada con la actitud que había tomado su superior. Sebas la contempló unos instantes, agachó la cabeza y enseguida se recompuso para hablar con Carmen.

—A ver, Carmen, tenemos muy poco...

—Sebas, ¿Qué te pasa? No es normal que le quites un caso a Marta y se lo des a otro así por las buenas y en cinco minutos.

—No me pasa nada Carmen, sólo que necesito que Raúl y tú os ocupéis, Marta y yo tenemos

pendientes un par de casos que no podemos dejarlos mucho más. El jefe nos achucha bastante con ellos.

—Sebas, somos un equipo cojonudo y nos conocemos todos, nos llevamos genial y te digo que no me trago nada de lo que me dices; pero bueno... tú eres el jefe y cuando quieras hablar ya nos contarás.

—Eso es... ya os contaré,

ahora, encárgate de que lleven a nuestro “crucificado” al Anatómico, reúne toda la información que te puedan facilitar los técnicos e interroga al testigo cuando acabe Roberto con él. Dile a Sara que la quiero en la oficina en una hora.

Dio media vuelta y se encaminó hacia donde estaba Marta sin dar opción a que Carmen le replicara de nuevo...

—¡Y llama a Raúl de una vez, que se incorpore ya!

—Sí, jefe, ¡joder como empieza la mañanita! —Era lo único que Carmen podía decirle mientras contemplaba como se alejaba de ella y tiraba el vaso de café al césped de la plaza.

Marta daba sorbos a su café mirando cómo se acercaba Sebas, aunque tuvo que girar la cabeza ante

el revuelo que se estaba produciendo a pocos metros, las televisiones ya estaban ocupando posiciones para lanzar la noticia a los cuatro vientos.

—Ahí los tienes ya, Sebas, como has dicho antes, tu circo va a abrir las puertas. Y ahora ¿puedes explicarme qué coño te pasa?

—Marta pequeña, hace un rato me suplicabas que te dejara libre,

que tenías un plan de muerte y ahora no te quieres ir.

—Hace un rato estaba a punto de tener un buen polvo; pero tú, me sacaste de mi paraíso diciéndome... ¿Cómo era?... ¡Ah sí! “tengo un cadáver crucificado y cubierto con un velo negro, ¿suficiente para que vengas...?”

—Marta...

—¡Déjame terminar! Por algún motivo quieres que yo esté aquí, hace un rato te pregunto si habías visto algo parecido antes y me contestas con evasivas. Y ahora, me quitas de en medio, ¿de qué vas?

—Marta, necesito que me escuches y te tranquilices...

—Estoy muy tranquila —le increpó Marta casi gritando.

—No estás tranquila ¡joder! —

Cortó Sebas la conversación en el mismo tono.

Hubo un silencio entre los dos, Sebas le metió la mano en el bolsillo de la falda y cogió el paquete de cigarrillos que llevaba dentro. Marta, más tranquila ahora le habló con otro tono.

—Pensé que habías dejado de fumar. La cosa no pinta bien si me

estás cogiendo un cigarro. ¿Qué pasa Sebas?

—¿Te acuerdas de la cafetería que hay en Goya donde hemos tomado café algunas veces para recordar historias de tu padre?

—¡Pues claro que sí!

—Te veo allí en una hora, con Carlos, dame ese tiempo, déjame

terminar de organizar este follón y te pondré al día de algunas cosas.

Marta estaba muy sorprendida de cómo estaba actuando Sebas, estaba claro que algo estaba ocurriendo y que tenía mucho con ver con ella y con este cadáver.

—¡Sebas!

—Dime Marta.

—Antes de irte... por lo menos devuélveme mi paquete de tabaco.

Su jefe y amigo, sonriendo, le entregó la cajetilla y la besó en la frente.

—Luego nos vemos Marta. En una hora.

Sebastián se alejó algo

apresurado hacia el escenario del crimen. Marta terminó su café de camino a su coche y cuando se sentó frente al volante buscó su móvil. Marcó un número rápido de esos que se tienen asignados a los contactos más importantes.

—Carlos...

—¿Marta? ¿Dónde estás?

—Tranquilo, estoy en mi coche. Deja lo que estás haciendo y nos vemos dentro de una hora en la esquina de Alcalá con Goya.

—¿Ocurre algo? Estoy viendo que Carmen está interrogando al barrendero...

—Luego te cuento. Allí nos vemos.

5

La pareja dormía plácidamente en una gran cama con dosel. El diseño era clásico, con unas preciosas formas en el cabecero y sobre él un magnífico cuadro, posiblemente copia de la “*Inmaculada*” de Murillo. La habitación, muy amplia, tenía un estilo impecable, no tanto como la ropa que estaba revuelta por todo el suelo enmoquetado. Sobre la lámpara de una de las mesitas de

noche colgaba un fino sujetador negro.

A la derecha, aún brilla la luz encendida de la estancia contigua, un gran baño donde no faltaba un solo detalle. El lujo se respiraba en todo su interior. Suelos y paredes de mármol rosa, un gran espejo sobre un lavabo dorado encastrado en el mismo mármol que el resto de la estancia y que reflejaba la posición de un inodoro del mismo todo dorado que el lavabo sobre el

que descansaba una tapa forrada en negro y sobre él, un gran crucifijo también negro.

Se notaba que en esa casa vivía sólo una persona, un cepillo de dientes, una toalla de cara, otra de ducha y necesariamente debía ser hombre, todos los artículos de aseo eran masculinos. Una colección completa de cremas, lociones y colonias de “*Old Space*”, maquinillas de afeitar y otros artículos colocados con mucho

cuidado y orden.

La puerta de entrada a la habitación, de doble hoja, se encontraba justo enfrente de la cama y recibía los primeros rayos de sol que se filtraban por el gran ventanal completamente libre de los grandes cortinajes de terciopelo rojo que colgaban sobre sus extremos. El amanecer dejaba ver a través de los cristales la silueta del Palacio de Oriente.

La mujer, se retorció levemente en la cama y retiró las sábanas que la cubrían, a pesar de la época, la temperatura en la estancia era muy agradable, incluso quizá, algo calurosa. Su cuerpo quedó al descubierto mostrando toda su desnudez. Rubia, de pelo corto, probablemente exagerada de pechos y en su cara se mostraban las marcas de una larga noche de sensaciones; el rojo de sus labios se había corrido por su cara y lo mismo ocurría con la exagerada

pintura de sus ojos. Algo más tuvo que ocurrir en esa habitación, aunque el semblante de ella era relajado las marcas en algunas zonas de su cuerpo evidenciaban ciertos gustos de la pareja. Por lo menos esa daba a entender el color rojo encendido que las nalgas de ella tenían.

A su lado dormía el dueño de la casa, un hombre muy corpulento, podría decirse que entrado en kilos, su cara era ligeramente pálida

aunque sonrojada en las mejillas y en su nariz, dientes perfectos, muy cuidados y su pelo era extraño. A distancia llamaba la atención, de cerca podía comprobarse que su cabello era injertado.

Un móvil comenzó a sonar en la estancia. Estaban profundamente dormidos y ni siquiera se daban cuenta de la música del aparato. El móvil seguía sonando sin que nadie le hiciera caso alguno. El hombre se retorció algunas veces en la

cama y quedó completamente desnudo, efectivamente está entrado en kilos y excesivamente colocados en su vientre. Bajo él, y entre sus piernas, no había nada que pudiera atraer a una mujer como la que tenía al lado.

El teléfono cesó en sus insistentes llamadas y pasados unos segundos comenzó a sonar de nuevo, esta vez sí despertó al hombre que perezosamente se incorporó y consiguió alcanzar a

duras penas su reloj de pulsera de la mesilla, un bonito Rolex de oro. Con gesto de bastante mal humor agarró el teléfono, comprobó el número en la pantalla y atendió la llamada.

—¿Se puede saber por qué me llamas a estas horas? No creo que haya nada importante que me puedas decir tú a estas horas de la mañana y en domingo.

—Su Excelencia, lamento mucho importunarle a estas horas.

—¿Qué lo lamentas? Vas a saber lo que es lamentar como sea una chorrada lo que me tengas que decir.

—Su Excelencia, por favor, es preciso que ponga la radio y escuche las noticias. Es importante.

—Que ocurre cariñito...

Su Excelencia Reverendísima Monseñor Julián Santos tapó el micrófono del teléfono y se giró hacia la chica.

—Nada preciosa, enseguida estoy contigo... voy a terminar con el impertinente que nos ha despertado.

Completamente desnudo se puso en pie y continuó con la llamada telefónica.

—Dime que es tan importante para que importunes la calma de mi descanso Ernesto...

—Su Excelencia, ha habido un asesinato...

—¿Y...?

—Pues que le han matado en la Puerta de Alcalá y...

—Y aparte de joder la preciosa vista de nuestro monumento, te vuelvo a preguntar ¿Y?

—Que al muerto le han crucificado y le han tapado la cara con un velo negro.

Sin decir nada más colgó el teléfono, lo tiró sobre la cama y se encaminó al baño...

—Vístete y lárgate, ya te llamaré.

—¿Pero qué ocurre cariñín?

—¡Que te vistas he dicho!
Lárgate de una puta vez, zorra.

En esos momentos su voz ya eran gritos, cogió el sujetador de la mesita de noche y lo tiró sobre ella.

—¡Fuera!

La rubia comenzó a recoger la ropa y vestirse apresuradamente, tanto que se puso primero la falda antes que su diminuto tanga, se abrochó el sujetador y salió rápidamente de la estancia con el resto de sus cosas en un brazo y

poniéndose los zapatos de tacón casi a saltos.

La radio sonaba fuerte en el baño y ahogaba el ruido del agua de la ducha. La emisora daba detalles del incidente de la madrugada de Madrid.

—Como venimos anunciando en los últimos minutos, se ha producido un crimen esta madrugada en pleno centro de

Madrid, allí tenemos a nuestra compañera Lucía.

—Buenos días, nos encontramos enfrente de la madrileña Puerta de Alcalá, hace aproximadamente una hora ha aparecido un cadáver colgado del monumento, un hombre de entre 45 y 50 años ha sido víctima, al parecer, de un ajuste de cuentas. El macabro asesinato ha podido producirse sobre las 4 de la mañana, estamos a la espera de

recibir más información por parte del portavoz de la Brigada Criminal del Cuerpo de la Policía Nacional...

La voz de la radio dejó de sonar, envuelto en un alboroz blanco, apagó el aparato y salió el cuarto de baño para buscar su móvil. Marcó un número y esperó impaciente a que alguien contestara.

—¡Levántate! Tenemos que

hablar. Reúne a todos y nos vemos a las nueve en la “cueva”. Ya ha empezado.

Cortó la comunicación y marcó el número de su secretario.

—Serafín, prepara todo, después de desayunar salimos. Que el coche esté listo.

Tiró el móvil sobre la cama y

se acercó al gran ventanal, apoyó sus manos sobre los cristales y dejó su vista enmarcando el edificio del Palacio de Oriente, tenía cara de preocupación, era un hombre al que no le gustaban las sorpresas y este suceso lo había sido. Estaban preparados para ello; pero hoy, no.

—¡Malditos idiotas! ¿A qué cojones viene ahora esto?

Se desprendió del albornoz

mostrando su absurda desnudez y se encerró en el baño dando un sonoro portazo.

6

Madrid comienza a despertarse lentamente en esta mañana de domingo. Ya se empieza a ver gente por las calles, buscando el periódico deportivo en los quioscos, o dando un paseo matutino con sus perros. A otros se les nota claramente que aún no han terminado su noche del sábado, sus risas y gritos se funden con la música de Joe Cocker, el “*Unchime my Heart*”, que sale desde el coche

aparcado en el reservado para minusválidos; dentro, Marta Castro, moviendo la cabeza y cantando a voz en grito la letra de la canción que en ese momento suena por los altavoces.

La puerta se abre y Marta interrumpe su interpretación dedicando una gran sonrisa a Carlos. Su compañero intenta hacerse hueco entre los trastos y papeles que hay en el asiento del coche para poder acomodarse.

Mira a Marta y ésta le canta el estribillo de la canción, Carlos, baja el volumen e intenta cerrar la puerta sin éxito.

—Dale más fuerte aguafiestas...

—¿Cuándo vas a comprarte un coche nuevo?

—El día en que te vea sin esas

horribles gafas que llevas puestas. Carlos... hace un rato eran amarillas y ahora llevas unas de color “puta”.

—No son de color “puta”... y no puedo llevar las mismas gafas para ser tu espía y escuchar los interrogatorios de otros, que para pasear por la calle Alcalá, son ambientes completamente distintos.

—¡Joder Carlos! Estas como

una chota.

—¡Bueno! ¿Hay alguna forma de que me entere de que es lo que está pasando?

—No nos hacemos cargo de este caso, se lo pasan a Carmen y Raúl.

—¡Genial! Un domingo para disfrutar, nada de trabajo, pienso

dormir hasta después de comer.

—Me parece bien, pero ahora te vas a venir conmigo a desayunar a aquella cafetería y me cuentas algo de lo que le ha contado el barrendero a Roberto y a Carmen.

—¿Pero no has dicho que no tenemos el caso? ¿Qué te importa lo que esté pasando allí?

—Tú cuéntame y vamos a la cafetería.

Los dos dejaron el coche y cruzaron la calle Goya. La cafetería estaba unos metros más abajo y dentro de ella estaban casi todas las mesas libres, buscaron una al fondo del salón para poder hablar tranquilamente.

—Pues nuestro amigo el barrendero no nos ha aclarado

mucho, dice que estaba limpiando y que vio salir a tres hombres de la plaza; que pensó que eran unos gamberros. Como ves nada importante.

—Buenos días, ¿les tomo nota?

—Interrumpió el camarero.

—Sí, buenos días, yo quiero un chocolate con churros y él también. Gracias.

El camarero se retiró terminando de apuntar en la comanda y haciendo una seña a su compañero de la barra indicándole el pedido que acababa de tomar.

—Odio el chocolate con churros, me encanta que pidas siempre por mí.

—No seas bobo Carlos, soy quien mejor lleva tu dieta. Yo sé lo que tienes que tomar y no esos

médicos a los que acudes después del gimnasio. ¡Venga, al grano! ¿Algo más de nuestro amigo el barrendero?

—No, nada importante que yo recuerde, sólo que se asustó bastante cuando le miraron desde el coche, dice que el moro tenía cara de malo, de muy malo —soltó un gran carcajada algo chillona—, esas fueron sus palabras, y que sus ojos le fulminaron hasta que desaparecieron.

—Parece que este tío ha visto muchas películas de terroristas y quiere algo de protagonismo.

—Sí, eso parece y no creo que sepa nada más, no le va a servir de mucho el testigo. A todo esto, Marta, parece que tenías mucha prisa en que nos viéramos aquí, y tenías que contarme algo. ¿Qué es?

—Ya te lo he dicho, que no llevamos el caso.

—¡Y una mierda! No me citarías aquí solo para decirme eso, a no ser que...

—A no ser que, Carlos, no te preocupes, no voy a dejarte la cuenta, hoy invito yo.

Carlos puso cara de satisfecho,

como siempre, su cabeza está en otras cosas ajenas al trabajo; pero rápido cambió su expresión, miró entre interrogante y cabreado a Marta y luego volvió su cabeza nuevamente a la entrada de la cafetería, efectivamente había visto a quien creía haber visto. Sebas estaba en la barra pidiendo algo y señalando a su mesa.

—Lo sabía...

—Qué sabías Carlos

—Algo pasa, me traes aquí y ahora aparece Sebas, ¿Qué tenemos, reunión secreta fuera de la oficina?

—¡Marta!... ¡Carlos!... ¿qué tal chicos?

—¡Sebas! —Saludó Marta.

—Hola Jefe, ¿qué inesperada sorpresa verte en esta cafetería...?

—¡Oh, por favor Carlos! ¡Déjalo ya! Había quedado con Sebas aquí y me dijo que te avisara también. No seas quisquilloso.

El camarero se acerca a la mesa y comienza a servir los desayunos. Los tres no esperan mucho para dar cuenta de los churros, mojándolos en el chocolate, el trabajo podía

esperar unos minutos; pero sólo eso, unos minutos, Marta, relamiéndose el chocolate que le quedaba en los labios reanudó la conversación.

—Venga Sebas, dinos que es lo que ha pasado para que estemos aquí.

—El Capitán me ha obligado a quitarte el caso.

—¡Valiente hijo de puta! Ese tío la tiene tomada conmigo.

—¡Esa boca, niña! —Intervino Carlos con la boca llena de chocolate y mojando el churro que tenía en las manos.

—No Marta, no es que la tenga tomada contigo, voy a contaros una historia que puede tener relación con el muerto de hoy y eso, preocupa a mucha gente, gente

importante.

—¿Quién es el muerto para que haya gente preocupada?

—No es quién es el muerto el que preocupa Carlos, es como ha muerto.

—Bueno, no creo que a este le dé por resucitar el miércoles.

—Joder Carlos, no seas bruto, ya sabes que Sebas es creyente.

—No te preocupes Marta. Escuchadme bien. Marta, tú siempre has tenido esos recuerdos que me comentaste antes en el escenario, la de una persona crucificada y siempre has creído que tenía relación con la muerte de tu tío.

La intriga hacia acto de

presencia en Marta, tenía el presentimiento de que por fin se abriría en su mente ciertas lagunas que la inquietaban demasiado. Sebas, continuaba con su relato.

—Efectivamente algo de razón hay. Hace algo más de veinte años, tu padre y yo investigábamos a una pandilla de camellos de poca monta pero que se habían asociado con el líder de un grupo mucho más serio y que traían la “mierda” desde Italia.

—Joder Sebas... hay que ser capullos, no podían ser muy serios, era mucho más fácil entrar por Málaga o por Cádiz.

—Es cierto Carlos; pero el objetivo principal de esta organización no era la droga, tenían puntos de mira mucho más altos. Junto con la mercancía habitual se mezclaba otro tipo de paquetes.

—O sea, que no sólo se

dedicaban a la droga...

—Sí Marta, la droga era la tapadera, a tu padre y a mí se nos pasó completamente por alto las otras actividades de la banda; pero tu tío, en una investigación paralela, coincidió con nosotros en una vigilancia y nos puso en antecedentes. Después de pedir permiso, decidieron que trabajáramos juntos los dos grupos. Tu padre siempre tenía más información de primera mano,

parece que en las reuniones familiares le solía poner en antecedentes de muchas cosas, tu padre y tu tío se llevaban como hermanos.

Sebas, relataba sin parar con una calma pasmosa, como desintoxicándose, como quitándose peso y años de encima y Marta, empezaba a sentir una excitación especial. Adoraba a su padre; pero tenía debilidad por su tío.

—Un mañana, tu padre llegó muy nervioso y me pidió que le acompañara a ver a una persona, hasta ese momento aún no sabíamos, o por lo menos yo no sabía qué tipo de mercancía llegaba junto con la droga. Hacíamos apuestas entre los dos...

—¿Y quién ganaba de momento jefe?

Sebas sonrió la ocurrencia de

Carlos y le contestó mirándolo directamente a los ojos y acercándose hacia el hasta casi tener a tiro el churro empapado en chocolate que Carlos tenía cerca de su boca.

—En las apuestas nadie gana, al final todos pierden. Recuérдалo Carlos, en nuestro trabajo eso te puede salvar la vida.

—¿Voy a recibir un tiro por

apostar? —Carlos siempre se tomaba muy en serio lo que Sebas le decía, y este comentario le pareció sobrecogedor.

—Carlos, no solo se muere perdiendo la vida; un policía de sangre también muere en vida.

Marta ya había comprendido que algo sucedió para que su padre perdiera el norte antes de morir.

—Sebas, por favor, continúa y deja que este gilipollas termine de inflarse a chocolate.

—Como os decía, Pau no nos comentaba el tipo de mercancía que se recibía...

—Espera, espera, Sebas... que me pierdo ¿Quién es Pau?

—Pau era mi tío Carlos y deja

las preguntas para el final ya...
¡joder! Como sigas interrumpiendo
nos van a dar las uvas...

—Dejad que siga chicos... Pau
nunca decía nada; pero estaba claro
que algo le había comentado a tu
padre. Nos dirigimos a ver al tipo
por el que estaba interesado tu
padre...

Abril de mil novecientos noventa y dos. La comisaría de Policía de la calle Luna era un hervidero de extranjeros haciendo cola para conseguir su visado haciendo casi imposible que nadie pudiera entenderse entre tanto griterío.

Un hombre se hacía paso entre la cola para poder entrar en el

edificio, subió corriendo las escaleras hasta el primer piso y se dirigió a la mesa que estaba junto a la ventana donde un policía de paisano aporreaba su máquina de escribir.

—Sebas... acompáñame por favor.

—Buenos días Pepe, espera, termino este informe y...

—¡Ahora Sebas, deja todo, ya, por favor!

Sebastián Martínez, policía desde hacía diez años y compañero de José Castro, al que todos llaman “*Pepe*”. Íntimos amigos desde casi su infancia. Le conocía perfectamente y si él decía que lo dejara todo, estaba claro que era una urgencia y grave, además, su cara evidenciaba mucho nerviosismo, incluso temor diría Sebas.

—¡Venga! ¿A dónde vamos?

—Vamos a ver a una persona y quiero que estés conmigo; pero antes vamos a pasarnos a recoger a Rodrigo.

—¿Rodrigo? ¿Al compañero de Pau?

—Sí. Va a acompañarnos.

—¿Algo relacionado con los italianos?

—Ahora te cuento en el coche.

Se tuvieron que abrir paso nuevamente por la ya deformada fila de inmigrantes, aquello era un apelotonamiento enorme que los compañeros de la comisaría se las estaba viendo y deseando para

controlarlo. Se dirigieron al aparcamiento y subieron en el coche de Pepe, un Renault 19, rojo, flamante, por su matrícula se deducía que no podría tener más de un mes.

—Escucha bien Sebas, al parecer va a entrar un cargamento por Gerona esta semana, Pau está coordinando con la Guardia Civil en estos momentos, creemos que lo que viene en el camión son objetos robados en el Vaticano.

—¿Robados en el Vaticano?
Venga tío, no hay ninguna
comunicación de un robo así.

—Cierto, por eso vamos a
reunirnos con Rodrigo, él nos
presentará al tipo que vamos a ver,
puede que tenga más información o
algo que nos aclare esta mierda.

—Con lo bien que estábamos

persiguiendo camellos en Callao y Plaza España y ahora tenemos que liarnos con un tema del Papa.

—Joder Sebas, Del Papa no, del Vaticano.

—¿Y dónde te crees que vive el Papa? ¿En el Retiro?

—Menos coñas Sebas.

—Vale, era broma tío, el Papa vivirá en el Vaticano; pero ¿Al que vamos a ver, dónde vive? Estamos saliendo de Madrid.

—Hemos quedado en Loeches, en un bar en la plaza del pueblo.

Durante el tiempo que transcurrió al llegar a su destino ya no medió palabra alguna. Pepe aparcó justo frente a un bar, de aspecto algo sucio. Al entrar, sólo

había una mesa con tres clientes. Pepe se encargó de presentarse, a él y a su compañero.

—Buenos días. Rodrigo como estás. Soy el inspector José Castro y este es el inspector Sebastián Martínez.

Dio un apretón de manos a las dos personas que estaban con Rodrigo Galilea, compañero de Pau. Lo mismo hizo Sebas que

saludó con una palmadita en la espalda a Rodrigo.

—Señores, me llamo Julián Santos y mi amigo es Paolo Siriani.

—¿Italiano? —Preguntó Sebas.

—Sí señor, mi amigo es súbdito italiano y miembro del Vaticano.

Pepe no quitaba ojo a ninguno

de los dos, les dio un completo repaso de policía, podríamos decir que les hizo una fotografía en su cerebro.

—Señor Santos, es posible que esté confundido; pero por sus manos, ademanes y forma de hablar, usted tiene pinta de cura. ¿El italiano también lo es?

—Vaya señor Castro, parece que no se le escapa casi nada. Sí,

pertenezco al clero, nada importante, un simple servidor de Dios y mi compañero...

—Yo puede decirse que soy...
¿Cómo dirían ustedes? ¿Civil?

—Algo así señor Siriani —
afirmó Pepe.

Los cinco hombres se sentaron en la mesa ante la invitación de

Santos. El primero en hablar fue Rodrigo Galilea.

—Señor Santos, estamos trabajando en una entrada de drogas procedente de Italia. En estos momentos, mi compañero se encuentra haciendo las gestiones oportunas con la Guardia Civil para controlar el envío. Según una fuente muy fiable, nos han indicado que debíamos hablar antes con ustedes. Al parecer la Iglesia tiene algo que decir.

—Señor Galilea...no sé cómo puede ocurrírseles el que desde el Vaticano se realicen envíos de drogas, eso es inverosímil.

—Señor Santos, no acusamos al Vaticano de amparar esos envíos, simplemente queremos escuchar lo que ustedes tienen que decir.

—Mire Galilea, el señor Siriani

está encargado de una investigación. Al parecer han desaparecido algunos elementos, digamos... ciertamente valiosos para nosotros. Cuando digo nosotros, me refiero a la Iglesia Católica Española, nada que ver con el Vaticano. Tenemos motivos para creer que “esos” elementos han sido sustituidos por unas burdas copias y que van a entrarlos nuevamente en España.

—¿Y ustedes creen que van a

aprovechar el envío de drogas para introducir sus... “elementos”?

Tanto Castro como Martínez observaban callados la conversación que mantenían Galilea y el cura. Castro tampoco quitaba ojo al italiano que se entretenía en colocar un crucifijo que tenía en la mano completamente boca abajo y golpearlo suavemente contra la mesa; y este, a su vez, tampoco perdía la mirada de Castro.

—¡Por supuesto que no, Señor Galilea! Pensamos que no tiene nada que ver y que simplemente es una coincidencia y que nuestros caminos se han encontrado. Por eso les pido, más bien les ruego, que nos dejen trabajar a nosotros, queremos interceptar ese camión para ver que pistas nos llevan hasta los originales.

—Señor Santos, usted nos pide que abandonemos una investigación de drogas solo porque su policía

católica quiere algunas vasijas y unos cuadros falsos.

—¡Por favor Señor Galilea, nada más lejos de nuestra intención! Ustedes deben cumplir con su trabajo; pero háganlo cuando nosotros terminemos. Digamos que... hagan la vista gorda en esta ocasión y todos suyos en la próxima. Nosotros mismos les daremos el chivatazo de cuándo será la siguiente entrega.

—Esta petición creo que ya llega un poco tarde, como le he indicado al principio, mi compañero está coordinado el trabajo con la Guardia Civil.

Siriani dejó de jugar con el crucifijo, se incorporó de la silla e intervino en la conversación.

—Una decisión muy inteligente sería avisar a su compañero y comentarle esta conversación.

Castro también se incorporó y Sebastián Martínez siguió a su compañero con el mismo gesto.

—¿Qué quiere decir Señor Siriani? —Comentó Castro.

—El Señor Santos lo ha dejado muy claro. Retírense, esto es cosa nuestra. No están preparados para este tipo de negocios. Y si aprecian

a su amigo, vayan a buscarle, estoy seguro que en estos momentos estará muy necesitado de su ayuda. Con su permiso señores...

Con asombro en sus caras por el comentario del italiano, vieron cómo se marchaban del bar y montaron en un “mercedes” negro con chófer que acababa de aparcar en la puerta. Rápidamente, Galilea se acercó al mostrador.

—¿Me permite el teléfono, por favor?

El camarero le indica con un gesto donde está colgado. Galilea se apresura a marcar el número de la Comandancia de la Guardia Civil donde estaba Pau. Martínez no entendía nada y Castro comenzaba a ponerse nervioso, algo no estaba yendo bien.

—¿Guardia Civil? Buenos días,

soy el inspector Galilea de la policía y necesito hablar con el teniente coronel Sánchez, está reunido con uno de mis compañeros el inspector Pau Guisols... — Galilea esperaba mientras le pasaban la llamada que había solicitado.

—¿Qué no se ha celebrado la reunión? ¿Quién la ha cancelado? Muchas gracias —colgó el teléfono y se dirigió hacia sus amigos con gesto de intranquilidad.

—Algo no va bien chicos. Pau no ha ido a la reunión y al parecer ha sido él quien la ha cancelado, me han comentado que tenía que resolver un asunto familiar muy importante en casa de su cuñado.

—¿En mi casa? —Se extrañó Castro.

—Eso parece y no me gusta

nada.

—Coge el coche Rodrigo y
síguenos.

Todos corrieron hacia sus
vehículos y a gran velocidad se
dirigieron al chalet que acababa de
comprar Pepe Castro en una nueva
urbanización en Rivas.

Después de conducir unos

quince minutos se adentraron en las calles no muy concurridas de la zona, con muchas casas aún sin habitar. Frenaron bruscamente frente al número 17 y salieron corriendo sin cerrar las puertas de los coches hacia el interior de la vivienda. Castro llamaba a su mujer y a su hija a gritos.

—¡Lourdes!... donde estás.

¡Lourdes! ¡Marta!...

Nadie contestaba, cada uno buscaba en una parte de la casa. Nada, parecía que en la casa no había nadie hasta que Sebas gritó.

—¡Pepe!

Castro bajó corriendo las escaleras y se dirigió hacia donde estaba Martínez, en el patio de atrás, cuando llegó contempló a su hija, Marta, inmóvil, de espaldas, mirando hacia la pared. La abrazó y

la miró a la cara, sus ojos no tenían vida, estaban completamente idos, en su cara... terror y restos de lágrimas, no dejaba de mirar hacia la pared donde su padre quería enseñarle a jugar al baloncesto. Castro se giró. Y ahí estaba, su cuñado. Los tres no podían articular palabra alguna. Castro fue el primero en reaccionar.

—¡Pau! ¡Cielo Santo! ¿Pero qué te han hecho?

Con la cabeza hacia abajo y los brazos en cruz, Pau Guisols colgaba de la pared, en su cuerpo varios disparos y su rostro, tapado con un velo negro.

8

El silencio era intenso en la cafetería de la calle Goya, Carlos no pestañeaba y Marta agachó su cabeza.

—Entonces... es cierto. Sí había visto esa escena antes de hoy.

—Si Marta, después de aquello estuviste ingresada algún tiempo, la visión te produjo un shock; pero

saliste completamente bien del hospital. Nunca volvimos a hablar de aquello, tu padre nos lo prohibió a todos.

—Y mi padre se dedicó en cuerpo y alma a averiguar qué es lo que pasó, se abandonó en su trabajo y se obsesionó con ello. ¿Es por eso que viajaba tantas veces a Italia? ¿Crees que el italiano y el cura tuvieron algo que ver?

—Nunca supe lo que pasaba por la cabeza de tu padre y cuando murió tu madre se terminó de desquiciar. Hay quien dice que la pista italiana no tenía sentido. Pero él colaboró estrechamente con ellos en varias investigaciones. Y no te preocupes por el italiano, se hizo bastante amigo de Paolo. Murió en sus brazos.

—¿El italiano estaba en Madrid cuando dispararon a mi padre?

—Sí, estaban con unas de sus absurdas investigaciones, nunca supe muy bien lo que pasó y Paolo murió unos años después. Hubo un atentado en Roma y estaba tomando café en una terraza, el coche que llevaba la bomba explotó a pocos metros de él.

Carlos alucinaba con todo lo que estaba contando Sebas y tuvo que intervenir.

—¡Me cago en la puta, tío!
Nosotros para oír un tiro es cuando
estamos en la galería y ¡joder! Nos
estás contando una película de
Hollywood.

—No son películas Carlos,
nosotros somos simples policías;
pero hay unidades en las que su
trabajo te sorprendería.

—Pero el padre de Marta, no
estaba en ninguna unidad de esas

¿no?

Sebas no contestó, se quedó mirando por el espejo que tenía Carlos sobre su cabeza y vio entrar a dos hombres con pistolas en la mano, reaccionó rápidamente.

—¡Hostia puta! ¡Al suelo!

No dio tiempo a más, los dos desconocidos se liaron a tiros sobre

la mesa donde estaban ellos, Sebas se lanzó a la izquierda y se protegió con la columna mientras sacaba su arma, Carlos empujó la mesa y le sirvió de parapeto, el mármol de la misma hizo de escudo. Marta se agazapó echa un ovillo en el suelo mientras las balas rebotaban a su lado.

Vaciaron los cargadores y Sebas aprovechó para disparar mientras recargaban sus armas. Los desconocidos se separaron

protegiéndose de los disparos del policía.

Respondieron otra vez al fuego de Sebas. Marta ya se había rehecho del susto inicial y sacando su arma disparó contra el que tenía más cerca. Hasta cinco tiros salieron de su pistola. Carlos también respondió al fuego. El ruido de las cinco pistolas era ensordecedor dentro de la cafetería, los camareros se había cubierto detrás de la barra. El espejo que

estaba detrás de Carlos saltó en pedazos por los impactos de varios disparos y tuvo que protegerse nuevamente detrás de la mesa.

Otro hombre más entró en la cafetería con un subfusil y abrió fuego barriendo la zona donde se encontraban ellos. Los otros dos aprovecharon para salir mientras le cubría el fuego de su compañero. Rápidamente se subieron a un monovolumen que estaba en marcha subido a la acera frente al bar.

Marta salió corriendo disparando su pistola y Carlos la siguió. Cuando salieron el coche circulaba a gran velocidad calle Goya abajo. Quedaron quietos unos momentos, su respiración estaba entrecortada y la adrenalina por las nubes.

—¿Y Sebas? —Preguntó Marta.

Los dos entraron a la carrera en la cafetería y fueron al lugar donde Sebas se protegía de los disparos.

Allí estaba, tirado. Un charco de sangre se esparcía por el suelo. Marta se tiró sobre él y comprobó que respiraba, en una primera observación se dio cuenta que el disparo había sido en la pierna, por donde sangraba abundantemente y tenía otro en la cabeza, le había rozado pero le dejó sin conocimiento.

—Avisa a urgencias Carlos, rápido e informa de este maldito follón.

—¡Policía herido! ¡Repito!

Policía herido en Goya con Alcalá,
mandar una ambulancia cagando
leches y manda algunas unidades...
¡Date prisa, coño!

Carlos comunicaba por radio
con voz nerviosa mientras
contemplaba la escena. Y Marta
apretaba la pierna de Sebas, los dos
cubiertos de sangre.

—Venga Sebas, aguanta machote, no ha sido grave. Aguanta un poco más, ya vienen a por ti.

Carlos miraba hacia todos sitios en el interior de la cafetería, el destrozo había sido importante. De pronto sus ojos se clavaron en el suelo, cerca de la entrada, se dirigió hacia el bulto que había visto y lo recogió. Se acercó a Marta y lo tiró encima de Sebas.

Marta se quedó mirando, levantó la cabeza para mirar a Carlos y recogió lo que este había tirado. Una velo negro. Marta solo acertó a decir una frase antes de que entraran los compañeros del Samur.

—¡Serán cabrones!

Los sanitarios se lanzaron a toda prisa sobre el cuerpo de Sebas y comenzaron a estabilizarle, le

colocaron una vía y fijaron un torniquete sobre su pierna para intentar detener la pérdida de sangre que estaba sufriendo. Uno de ellos intentaba reanimarle para que recobrará el conocimiento.

La otra unidad de sanitarios que acababa de llegar, apartó a Marta del cuerpo de Sebas donde trabajaban sus compañeros y comenzaron a reconocerla para comprobar sus heridas.

—Estoy bien, chicos, no tengo nada, sólo es sangre de mi compañero.

No le hacían ni caso, ellos continuaban con el reconocimiento, era muy normal que un policía, bajo el estado de tensión después de un tiroteo y con un compañero herido, dijera que se encontraba perfectamente.

—¡Qué estoy bien, joder!

Dejadme de una vez.

—Vale, vale, tranquila, ahora mismo te dejamos, solo queremos evaluarte un momento. Te vamos a poner un pequeño pinchazo para tranquilizarte un poco.

—¡Ni de coña, tío! A mí no me pinchas. Estoy muy tranquila... ¡que no me pinchas joder!

Marta, de un manotazo, apartó la mano del sanitario que intentaba ponerle el tranquilizante mientras les seguía increpando. Carlos tuvo que intervenir.

—Vale chicos, dejarla tranquila, está perfectamente, ya me ocupo yo.

—Como quieras, toda tuya.

—Marta, ¿Cómo estás?

—Jodida Carlos, le acaban de pegar un tiro a Sebas.

—Se pondrá bien, me lo acaba de decir el médico, en principio la herida es limpia, van a intentar estabilizarle y cortar la hemorragia en el hospital.

—¡Marta!

Carmen Cano gritaba su nombre desde la puerta, entró corriendo en la cafetería junto con Raúl Soto, su compañero.

—¡Marta! ¿Cómo estás? ¿Estás herida?

—No Carmen, estoy bien cariño, estoy bien. Han herido a Sebas.

—Íbamos a comisaría y hemos oído el aviso por la radio, ¿qué ha pasado?

Mientras Marta ponía al día a Carmen de los sucedido, Raúl conversaba con Carlos.

—¡Joder Raúl! Han entrado tres hombres pegando tiros a diestro y siniestro.

—Ya lo veo Carlos, han dejado el local hecho una pena. ¿Cómo está Sebas?

—Jodido, le han dado en la pierna y tiene una hemorragia bastante importante. Ahora iremos al hospital y esperaremos a ver que nos cuentan los médicos.

—¿Necesitáis algo?

—No Raúl, gracias. Yo me quedaré con Marta hasta que sepamos algo y luego iremos a comisaría para intentar explicar lo que ha pasado aquí.

—¿Os sonaba la cara de alguno? ¿Estáis metidos en algún caso fuerte?

—¡Que va Raúl! Precisamente

ahora estamos limpios de curro.

—¿Y algún caso antiguo?

—¡Ni idea tío! Luego, con más calma, Marta y yo analizaremos esto. ¡Joder! Todavía estoy acojonado.

La cafetería se había convertido en un bullicio de policías y sanitarios, ya habían acordonado la

calle y el furgón de los técnicos descargaba su material para evaluar la zona. Raúl y Carlos continuaban su charla y algunos policías de uniforme interrogaban a los camareros del local.

Carmen y Marta salieron fuera a fumar un cigarrillo y a respirar un poco de aire fresco, en el interior aún se respiraba ese olor que queda después de un centenar de disparos.

—Carmen, me marcho al hospital hasta ver como se encuentra Sebas.

—Deberíamos de ir a casa primero, date una ducha y cámbiate de ropa, eso hará que te relajés un poco y luego te acompaño al hospital.

—¿No tienes que preparar el informe del “crucificado” para el capitán?

—Luego lo hago, no se va a morir por entregárselo un par de horas después. Que le dé explicaciones a los jefes más tarde.

—Va a tener que explicar mucho el capitán. Un muerto en la Puerta de Alcalá y un tiroteo en la calle Goya. ¡Menudo domingo hemos tenido!

—Sí, la Alcaldesa debe estar que trina —Carmen soltó una fuerte carcajada.

—¡Qué se joda la Alcaldesa!

—Anda Marta, vamos a casa. Te llevo en mi coche.

—No cariño, llevo el mío, lo tengo ahí enfrente y si no me lo llevo lo va a hacer la grúa por mí.

—¿Puedes conducir?

—Sí, no te preocupes, dile a Carlos que vaya al Hospital y que luego vamos nosotras. Te veo en casa Carmen.

—Vale cielo.

Marta cruzó la calle hacia su coche, saludó a un par de

compañeros que le preguntaban por su estado y se encendió un cigarrillo. Apoyó una mano sobre el capó y agachó un poco la cabeza, intentando despejar su mente de lo que acababa de ocurrirles; pero algo no le cuadraba. Carlos la llamó desde el otro lado de la calle.

—¡Marta! ¡Marta!... te veo en el hospital.

Marta asintió con la cabeza y

levantó el brazo saludando a su compañero. Se metió en el coche, tiró el cigarro a la calle y cerró la puerta de varios golpes.

—¡Maldita puerta!

Se recostó sobre el asiento y metió la mano debajo de su camiseta. Sacó un velo negro y se quedó un rato mirándolo. Carlos asomó por la ventanilla del coche.

—Marta, antes de irme quería saber si aún llevabas el trapo que te he dado antes.

—Hoy he visto dos velos y he oído hablar de otro. ¿Qué coño está pasando?

—No sé qué está pasando Marta pero... ¿quién sabía que Sebas, tú y yo, estábamos tomando café aquí?

—Estaba a punto de follarme a un guaperas y Sebas me obliga a dejarlo para ir a ver al “crucificado”. Galilea nos quita el caso, después, Sebas nos cuenta lo que pasó hace años con mi padre y mi tío y tres hijo putas con pinta de árabes nos intentan freír a tiros. Creo que vamos a pasar del Capitán y nos vamos a meter de lleno en este berenjenal. Te veo en el hospital Carlos.

—Vale, allí nos vemos.

—¡Ah! Carlos.

—Dime Marta.

—¿Y tus gafas de color “puta”?

—Menos coña Marta, menos coña.

Marta arrancó su coche y se

marchó de la zona aliviando sus tensiones con una gran carcajada.

9

El “*mercedes*” negro circulaba a cierta velocidad por el Paseo del Prado, vacío de tráfico a esas horas de la mañana del domingo. Cruzó la plaza de la “*Diosa de Madrid*” y continuó hasta llegar a la entrada del lujoso hotel donde se detuvo. Serafín, el chófer, salió del coche y abrió la puerta trasera por donde salió hablando por el móvil Julián Santos.

Se dirigió hacia la entrada del hotel sin ni siquiera darle instrucciones a su empleado. Entró al hall y se encaminó hacia el mostrador de recepción. Ya había guardado su móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Vestía traje oscuro con camisa negra, sin corbata.

—¿La cafetería por favor?

El recepcionista le indicó

amablemente como llegar y Julián Santos se dirigió hacia el lugar sin darle las gracias. Buscó una mesa junto a la cristalera y esperó a que el camarero le atendiera. Su rostro denotaba impaciencia y cierto enfado.

—Buenos días señor. ¿Qué desea tomar?

—Tráigame un té.

—¿Desea comer algo el señor?

—No deseo nada más, tráigame el té.

—Muy bien señor, ahora mismo se lo sirvo.

Con un leve gruñido contestó al camarero y observó cómo entraban en la cafetería tres hombres. El más bajo se sentó en la silla frente a él y

los otros dos mantuvieron cierta distancia, uno mirando fijamente la mesa y el otro, de espaldas a ellos, se quedó observando la entrada.

—Buenos días Julián, te veo un poco alterado.

—Buenos días Santiago, yo a ti te veo demasiado tranquilo y muy despierto ya para ser tan temprano y en domingo. ¿Llevas trabajando toda la noche?

Santiago Largo, sonrió levemente a Julián a la vez que el camarero servía el té que este había pedido.

—Por favor, ¿es tan amable de servirme un café con leche?

—Por supuesto señor, enseguida se lo traigo.

Esperaron a que el camarero se retirara de la mesa para continuar con su conversación.

—Julián, en mi negocio un hombre no puede permitirse a veces el lujo de dormir. El mundo está desamparado y hay que protegerle continuamente.

—¿Y para proteger al mundo tienes que colgar a un hombre en la Puerta de Alcalá de Madrid?

—Julián... Julián, amigo mío; ¡pero qué cosas tienes! Si yo tuviese que colgar a un hombre en Madrid lo haría en tú Catedral y no en mitad de una plaza.

El camarero interrumpió nuevamente la conversación para servir el café de Santiago Largo.

—Muchas gracias caballero,

apúntelo en mi habitación, mi secretario firmará la nota —señaló hacia el hombre más cercano a la mesa y el camarero con un breve asentimiento se retiró.

Santiago movía lentamente su café, dejó la cucharilla y tomó unos sorbos de la taza.

—Ahora, Julián, cuéntame por qué te preocupa que haya aparecido un cadáver. Ya me he informado de

lo que ha ocurrido. No hay nada que a la policía le indique hacia nuestra dirección.

—Querido Santiago, no me preocupa para nada la policía, tú dirás que no has tenido nada que ver con lo ocurrido; pero es la firma de la Orden. No me digas que hay más gente por ahí suelta que se dedica a crucificar hombres clavándole un velo negro en la cabeza.

—Nuestra organización no ha tenido nada que ver. Te lo aseguro. Tengo que reconocer que al principio me sorprendió un poco; pero no hemos sino nosotros. No pondría en evidencia mi estancia en España con un suceso así.

—Es posible que no hayas tenido nada que ver Santiago; pero estoy seguro que dispones ya de mucha más información que la policía.

—Algo hemos investigado Julián y lo que son las casualidades, los primeros en llegar fueron Sebastián Martínez y la hija de Castro.

—¿La hija de Castro? ¿Y dices que la policía no va a investigar una relación con nosotros? A esa zorra hija de puta no la para nadie cuando se le mete algo entre los ojos.

—Tranquilízate Julián, ya le

han retirado del caso, Galilea la ha quitado de en medio.

—Hay que tener cuidado con esa mocosa, por mucho que Galilea la aparte ella siempre va por libre. Es un puto grano en el culo.

—Julián por favor, cuando te pones nervioso tu vocabulario es asqueroso, compórtate como lo que eres. Aunque pensándolo bien, siempre te comportas como lo que

eres.

—Guarda tus menosprecios Santiago, tengo una posición...

—Tienes un posición que te hemos dado nosotros Julián, nunca lo olvides, te podré aguantar muchas cosas; pero recuerda siempre que yo te puse ahí. Recuérдалo, Santiago Largo te dio el poder y no tu Papa ni tu Dios...

La conversación se vio interrumpida cuando uno de los hombres que acompañaban a Santiago se le acercó y le comentó algo al oído. Con un breve asentimiento le indicó que volviera a su posición.

—Bueno Julián, parece que sí vamos a tener que preocuparnos algo de este tema.

—Qué ha sucedido ahora.

—Han tiroteado a Castro y a Martínez en una cafetería, esto cambia la cosa.

—¿Han caído?

—No; pero al parecer Martínez se ha llevado un tiro en la pierna, no muy grave. Está en el hospital.

—Pues ahí tienes los motivos

para que esa zorra llegue hasta el final. Y esa es capaz de encontrar un hilo hacía ti.

—Hacia nosotros Julián. Hacia nosotros. De todas formas no creo que Castro pueda encontrar nada. No queda nadie que vincule las investigaciones de su padre y Siriani. Martínez nunca se enteró y Galilea es una persona muy agradecida con aquellos que le ayudan.

—Espero que tengas razón Santiago. Por el bien de todos.

—Siempre tengo razón. Ahora, si me disculpas, voy a ver quién ha organizado todo este desaguizado y tú deberías de ir a misa y confesarte ¿Sigues acostándote con jovencitas?

—Deja esas ideas preconcebidas que tienes.

—¿Preconcebidas? —Santiago abandonó la cafetería riéndose. Rápidamente los dos hombres que le acompañaban le flanquearon nuevamente.

Julián se quedó sólo, durante unos minutos apuró su té. Tomó el móvil y marcó un número.

—Serafín... trae el coche a la puerta, nos vamos a la “*cueva*”, tenemos una reunión a las nueve.

10

El agua de la ducha caía sobre su cuerpo desnudo, Marta estaba apoyada contra la pared de la ducha, su vista fija sobre sus manos aún manchadas de la sangre de Sebas, reacciona y comienza a frotarlas para limpiarlas. El teléfono comenzó a sonar pero ella no oía nada, el agua y la puerta del baño lo impedían. Pasados unos segundos dejó de sonar.

Carmen entró en la casa y mientras dejaba su bolso en el sofá volvió a oírse el timbre de llamada del aparato.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Buenos días, ¿eres Marta?

—No, soy su compañera ¿quién eres?

—Un amigo, ¿sabes cuándo llegará?

—Ahora está en la ducha, espera... ¡Marta!

Dejó el teléfono y fue a buscarla, abrió la puerta del baño y Marta seguía bajo la ducha.

—Marta cielo, te llaman por teléfono.

—¿Quién es Carmen? —

Respondió Marta asomando la cabeza por las cortinas de la ducha.

—Ni puta idea tía, dice que es un amigo tuyo. A mí no me suena. ¿A lo mejor el guaperas con el que quedaste anoche?

—¡Joder! Dile que llame en diez minutos, ahora salgo.

Por la mente de Marta se paseó el momento de la despedida de... ¿Cómo se llamaba? Ni ella misma se acordaba de su nombre; pero ¡madre mía! Estaba buenísimo. Bueno, en cuanto volviera a hablar con él lo arreglaría todo y quedarían para otro día.

Salió de la ducha y se puso el albornoz que había dejado caer antes sobre el lavabo. Sobre su

cabeza se colocó una toalla a modo de turbante y salió hacia el salón de su piso. Carmen estaba comiendo un trozo de tarta que aún les quedaba en la nevera.

—¡Joder Carmen! Luego te quejaras de que no te puedes meter en los vaqueros.

—No me quejo tía, me puedo permitir estos lujos. Estoy buenísima.

En eso tenía razón Carmen, tenía un cuerpo escultural, guapísima, rubia natural con un pelo corto que hacía que la redondez de su cara brillara. Tenía unos ojos azules enormes y los labios más deseados del cuerpo de policía de Madrid. Además siempre presumía que era el policía que más fantasías provocaba entre sus compañeros.

Marta, sonriendo, se acercó al

frigorífico y saco una botella de zumo.

—¿Qué te ha dicho el chico con el que estuve anoche?

—Que ahora te llamaría. ¿Qué tal te fue? No apareciste por aquí.

—¡Bueno...! Estuvimos cenando, luego fuimos a tomar unas copas...

—¿Acabaste en su casa?

—¡Qué va tía! Veníamos para acá cuando me llamó Sebas, por cierto, me visto rápido y nos vamos al hospital.

Marta fue a su dormitorio cuando el teléfono sonó nuevamente, Carmen dejó la tarta sobre la mesa y atendió la llamada.

—Dime...

—¿Marta?

—No tío, no soy Marta, espera que te paso con ella.

Marta ya estaba frente a ella y Carmen le pasó el teléfono.

—Hola cielo, disculpa por lo de anoche, de verdad, me llamó mi jefe y...

—¿Marta Castro?

Marta se quedó extrañada, estaba claro que quien llamaba no era el tío con el que estuvo a punto de acostarse un par de horas antes.

—Sí, ¿quién eres?

—Hola, no me conoces, me llamo Francesco Siriani y necesitas verme.

—¿Perdona? ¿Qué necesito verte?

—Sí, tenemos que quedar.

—Mira tío, la verdad es que eres original, intentar conseguir una

cita por teléfono sin conocernos de nada está bien; pero paso...

—No te estoy pidiendo una cita, tenemos que vernos para hablar del caso que estás investigando.

—¡Oye tú! ¿Quién coño eres? Soy agente de policía y te puedes estar metiendo en un tremendo lío.

—Se quién eres de sobra Marta,

si lo deseas puedes venir acompañada de tu compañero Carlos. Es preciso que escuches lo que tengo que decirte. Si te parece bien podríamos quedar cuando salgas del hospital y te pongas al día del estado de tu jefe.

—De acuerdo, has llamado mi atención. Podemos vernos en comisaría, dime dónde estás y mando a unos compañeros a recogerte.

—Te agradezco tu ofrecimiento; aunque creo que es mejor que no nos veamos en tu trabajo. Y tranquila, atiende a tu jefe. Yo te llamaré al hospital y decidimos donde nos vemos.

Francesco colgó el teléfono y Marta se quedó mirándolo unos instantes, estaba algo desconcertada, un tío que sabía perfectamente quién era y estaba al día del tiroteo y de la herida de Sebastián. Desde luego que había

acaparado toda su atención. Carmen la sacó de esos pensamientos.

—¿Quién era Marta?

—Ni idea tía pero sabe bastante de todo lo que está pasando esta mañana.

—¿Vas a ir a verle?

—¿Ir a verle? Más bien él me

encontrará. Estaré con Carlos cuando le vea y averiguaremos quién es y que sabe. Voy a terminar de vestirme y nos vamos.

—Luego voy yo al Hospital, veo que estás de puta madre voy a esperar a Raúl y vamos juntos.

—Vale preciosa.

Marta terminó de vestirse con

unos vaqueros y un jersey blanco ajustado, se colocó la pistola en el cinturón y cambió sus cosas de bolso. Mientras se ponía la chaqueta se despidió con un beso de Carmen.

—Hasta luego cielo.

—Ciao guapa. Abrígate que hace fresco.

—Tranquila, tengo el chaquetón en el coche. Hasta luego.

Salió de su casa y pulsó el botón del ascensor. Mientras esperaba se entretuvo en comprobar si había recibido algún mensaje en el móvil. La puerta del piso de al lado se abrió y salió un tipo... bueno... “un tipazo” se dijo Marta.

—Buenos días. ¿Acaba de mudarse? No nos habíamos visto

antes.

—Buenos días, sí, acabo de mudarme Marta.

—¿Cómo sabes mi nombre? —
Marta estaba muy extrañada.

—He pensado que en lugar de vernos después del hospital, mejor te acompañaba a ver a tu jefe.

Marta dio un paso atrás y su mano se movió hacia su cintura buscando su arma. Él levantó ligeramente las manos justo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Tranquilízate, estoy seguro que lo que tengo que contarte te va a ayudar bastante en tu investigación. Por cierto, soy Francesco. ¿Tomamos el ascensor?

Marta relajó su postura y asintió con la cabeza. Francesco le cedió el paso aunque ella insistió en pasar la última. Los dos se estorbaron al intentar pulsar el botón de bajada. Finalmente quién lo hizo fue Marta.

—Eres más guapa en persona que en fotografía.

—Mira tío, una cosa. Yo te escucho y tú no ligas conmigo. ¿Vale?

—Vale; pero no te preocupes no pienso ligar contigo.

¿Cómo que no pensaba en ligar conmigo? Pensó Marta, vale que no le conociera y que la forma de presentarse ha sido bastante extraña pero ¡joder! Está como un queso. El ascensor se abrió y cruzaron el portal. Ya en el coche de Marta y camino al hospital, intentó sacar alguna información de su nuevo

vecino.

—Francesco ¿italiano?

—Sí, soy italiano. De Roma.

—Pues no tienes ningún acento.

—Se me dan muy bien los idiomas.

—¿Trabajas aquí, o estás de vacaciones?

—¿Si tú estuvieras de vacaciones alquilarías un piso para vivir?

—Bueno, depende el tiempo que vaya a estar de vacaciones en Madrid. Y como me has dejado claro que no estás de vacaciones ¿A qué te dedicas?

—Investigo.

—¿Ah? Investigas. Muy bien.
¿Qué investigas?

—Lo que me piden que investigue.

—¡Vale tío! ¡Me doy por enterada! No piensas responderme a nada.

—Te estoy respondiendo.

—Vale, déjalo.

Marta seguía conduciendo y Francesco no decía nada, estaba en silencio. Unos minutos después Marta deja el coche estacionado en el parking del hospital y se encaminan hacia el edificio lateral donde estaba el acceso a urgencias.

No tuvieron que preguntar dónde se encontraba Sebastián, al llegar al interior divisaron a Carlos que estaba recostado en uno de los asientos leyendo un periódico.

—¡Carlos!

—¡Marta! —Carlos dejó la lectura y se levantó de su asiento.

—¿Qué me cuentas? ¿Cómo está

Sebas? Por cierto, este es Francesco.

—Hola Francesco, soy Carlos
—los dos se dieron un apretón de manos.

—Hola Carlos, encantado.

—Sebas está estable, ha recuperado el conocimiento y le han detenido la hemorragia, nada grave.

El tiro fue limpio.

—¡Joder que alivio! ¿Sabes si podemos verlo?

—Sí, no hay problema, estaba esperando a que llegarás para entrar. Ven conmigo.

Se encaminaron al pasillo de la derecha y enseñó la placa al vigilante que estaba en la puerta.

Antes de entrar se detuvo un momento.

—Perdona Francesco, esto es cosa nuestra, si quieres puedes esperar a Marta sentado, te presto mi periódico para que te entretengas.

—¡Ah, sí! ¡Disculpad! Me he movido por inercia, os espero sentado.

Carlos inclinó ligeramente la cabeza y junto con Marta traspasaron la puerta de acceso a urgencias. A pocos metros se encontraba el box donde estaba Sebastián, se asomaron tras la cortina y encontraron a Sebas incorporado en la cama y algo espabilado.

—Sebas. ¿Cómo estás?

—Hola Marta... Carlos... esta

vez me he librado de algo gordo.

Marta se acercó a la cama, le tomó la mano a Sebas y le dio un beso.

—Gracias por avisarnos, ninguno les vimos entrar. ¿Duele la pierna?

—Duele pequeña pero la bala salió limpiamente, me he ganada

una baja.

—¿Y la cabeza?

—Muy dura.

Los tres reían relajadamente cuando entró en el box casi llorando Martina, la mujer de Sebas.

—¡Sebas cariño! Cómo estas...

oh Dios mío... ¿Cómo estás? —Se abalanzó rápidamente sobre él y le abrazó fuertemente obviando el gesto de dolor de Sebas ante el saludo tan efusivo de ella—. ¿Cómo estás cariño, que te han hecho?

—Estoy bien cielo, estoy bien, no te preocupes, no es nada grave, ahora me tocará estar en casa durante bastante tiempo.

—¡Joder Sebas! Cuando me llamaron me asusté muchísimo.

—¿Y los niños?

—Se han quedado en casa con mi madre. No les he comentado nada. Hola chicos, no os he dicho nada.

—Tranquila Martina, lo entendemos, Carlos y yo nos vamos

a ir ya, os dejamos solos. Ya hemos visto que Sebas está perfectamente.

Martina asentía sin decir palabra pero Sebas quería decirles algo antes de que se fueran.

—Martina cariño, avisa a la enfermera, creo que se me ha acabado la bolsa esta que me tienen pinchada.

—Voy cariño —Martina, como mujer de policía, sabía perfectamente cuando debía retirarse unos minutos, salió del box en busca de la enfermera.

—Marta, el tiroteo tiene algo que ver con el muerto de hoy, estoy seguro, tener mucho cuidado y extraoficialmente quiero que estéis pendientes del caso. En mi chaqueta está la llave del cajón de mi mesa, ahí está la contraseña de mi ordenador, hay un directorio que se

llama “Loeches”. He ido recabando información durante varios años, cópialo y revisa todo lo que hay para ver si te puede servir de algo.

—De acuerdo Sebas, lo miraremos. Ahora descansa, cuando estés en planta volveremos a verte.

—Como queráis, de aquí no pienso moverme de momento.

Los tres rieron cuando entró Marina. Les dio un beso de despedida a Carlos y Marta y se sentó junto a su marido.

—Nos vemos Martina, da un beso a los niños.

—Gracias Marta. Tener cuidado, si Sebas se ha llevado un tiro la cosa es seria.

—Tranquila Martina, hasta luego, descansa Sebas.

—Lo intentaré chicos. Hasta luego.

Salieron del box y se encaminaron hacia la entrada de urgencias, Carlos aprovechó para preguntar por el nuevo acompañante de Marta.

—¿Y el maromo que hemos dejado fuera?

—Ese tiene que contarnos muchas cosas ahora, no le pierdas de vista en ningún momento. ¿No llevas gafas de repuesto?

—Muy graciosa.

—¡Francesco! Ya estamos aquí.

—¿Cómo se encuentra Sebas?

—Bastante bien, se recuperará pronto, no es la primera vez que recibe un tiro.

—Me alegro. ¿Os parece que os invite a algo en la cafetería del hospital?

—Nos apetece mucho que empieces a largar todo lo que nos

tienes que decir Francesco, nos da igual en la cafetería que en comisaría.

—Mejor tomando un café, vamos.

Subieron la calle para dirigirse al módulo anexo del Hospital, donde se encontraba el acceso por el metro. Se sirvieron unos cafés y buscaron una mesa tranquila donde poder hablar.

—Bueno Francesco, tú dirás —
comentó Marta.

—Iré directo al grano, soy
investigador en el Vaticano y me
dedico a investigar...

—¿Eres de los que investigan
milagros? —Soltó Carlos.

—No —contestó riéndose—,

esos son otros investigadores, yo velo por la seguridad de la biblioteca del Vaticano, de sus libros y documentos y estoy encargado de la seguridad personal del Papa y los Cardenales del Colegio Cardenalicio.

—Me parece mucha casualidad que tú te cruces hoy en nuestras vidas, que vivas en mi edificio y todo ello a menos de tres horas de haber encontrado a un hombre “crucificado” en mitad de la Puerta

de Alcalá. ¿Qué se nos escapa Francesco?

—De momento se os escapa mucho Marta. Te puedo asegurar que lo que sí es una casualidad ha sido el asesinato de hoy; pero ese hecho ha precipitado la orden que tenía de entrevistarme contigo.

—¿Ha precipitado? Yo ya he visto dos muertos así ¿Tenéis un asesino en serie en el Vaticano?

—No, no tenemos un asesino en serie pero esa forma de ejecutar es la firma de una “curia”, no tengo detalles de este asesinato pero me da la impresión de que no han sido ellos, me gustaría entrar en más detalles del caso, podemos estar ante una “curia” contraria o alguien que busca un enfrentamiento con ellos.

—Bueno, a mí que los malos se

maten entre ellos no me molesta, lo único que me jode es que lo hagan en mi ciudad, ¿Por qué no os crucificáis en Roma y nos dejáis tranquilos a nosotros? —Intervino Carlos en la conversación.

—¿Qué es una “curia” Francesco?

—En origen, Marta, una curia era una subdivisión del pueblo, después pasó a ser el lugar donde

se discutían los asuntos, en una mala comparación podríamos decir que era el lugar donde se reunía el Senado romano.

—Bonita lección de historia, y ahora Francesco ¿Qué es una curia en el siglo XXI?

—Una organización que intenta derrocar a la Iglesia Católica y no le importa para nada que para ello tengan que enfrentarse nuevamente

en una guerra de católicos contra musulmanes.

—De esas hay muchas todos los días Francesco, no es nada nuevo y no creo que en España vayan a realizarse actos de este tipo y a ese extremo.

—Me refiero a nivel mundial Marta, organizados, con dinero, mucho dinero, con una estructura repartida por todos los países, a la

que pertenecen personas de mucho poder, muy importantes.

—¡Vaya! ¿Quieres decir que volvemos a las “*Cruzadas*”?

Marta y Carlos soltaron una gran carcajada. Francesco se mantenía serio y aprovechó para dar unos sorbos a su taza de café.

—Carlos, el objetivo de las

cruzadas era restablecer el control cristiano en Tierra Santa, después se utilizaron para luchar contra los enemigos políticos de las Papas. Ahora el objetivo es distinto.

—¿Cuál es el objetivo de esta curia Francesco?

—Si usamos el símil de las cruzadas que ha dicho Carlos, su objetivo ahora es tomar el control musulmán; pero no en Tierra Santa,

quieren el Vaticano.

—Eso es una chorrada
Francesco.

—¿También te parecería una
chorrada que tomaran el control de
la Alhambra o de la Mezquita
Carlos?

—Lo que me parece una
chorrada es lo que nos estás

contando, estamos metidos en un asesinato y tú nos saltas con lecciones de historia. Lo que hay por ahí suelto es una pandilla de matones de la que me da igual sus creencias religiosas.

—Carlos tiene razón Francesco, sea quienes sean, los pillaremos. Lo que si es cierto es que nos gustaría saber contra que nos enfrentamos; pero no te pierdas en contarnos cuentos. Ve al grano.

—La investigación que llevo a cabo comenzó hace más de veinte años, cuando empezamos a tener constancia de lo que se estaba organizando. Todos aquellos que han investigado este caso están muertos.

—Pues ten cuidado chaval, si solo quedas tú lo tienes claro —
intervino Carlos.

—Mi padre fue el primero en

encargarse de esto, las pistas le llevaron hacia España donde descubrió que se encontraba el núcleo duro de la organización, Aquí llevaron a cabo su primera ejecución.

Marta tuvo que intervenir rápidamente.

—¿Hace veinte años?

—Sí Marta, lo siento, el primer ejecutado se acercó demasiado, era tu tío.

—¡Joder! —Resopló Carlos.

—¿Tú eres hijo de Paolo?

—Sí Marta, Paolo Siriani era mi padre y junto al tuyo se encargaron de la investigación durante mucho tiempo, hasta que los

mataron. He venido a buscarte para que te unas a mí. Tengo instrucciones muy claras del Vaticano para facilitarte toda la información que necesites.

Marta no articulaba palabra, no daba crédito a todo lo que estaba oyendo, primero Sebas, ahora Francesco. Los dos hablando de la muerte de su tío y de su padre y probablemente los mataron las mismas personas.

—Me imagino lo que estás pensando Marta, los siguientes en caer, sin tener nada que ver hubierais sido vosotros. Os habéis librado de casualidad...

—Francesco por favor... necesito estar sola unos minutos, disculpad, voy a fumarme un cigarrillo.

Marta se puso el chaquetón que había dejado sobre la silla de al

lado y tomó su bolso, salió a la calle y se encendió un cigarrillo. Francesco y Carlos la miraban a través de la cristalera. Marta cogió su móvil y llamó. El teléfono de Carlos sonó en ese momento.

—Dime Marta.

—Me voy a casa, pásate por el despacho de Sebas y copia el fichero que nos ha dicho. Averigua todo lo que puedas sobre el

“crucificado” y te veo en mi casa esta tarde.

—De acuerdo.

—No quiero a Francesco merodeando junto a ti, que se largue, de todas formas seguro que me lo encuentro en casa.

—Muy bien, así lo haré. Un beso.

Carlos colgó y guardó su móvil, se levantó y procedió a despedirse de Francesco.

—Bueno tío, un placer en conocerte, Marta me ha dicho que se va a casa y yo tengo que trabajar, aquí te quedas y gracias por invitarnos a café. Hasta luego.

—Hasta luego.

Francesco, negaba con la cabeza mientras sonreía, no había conseguido de momento que Marta le hiciera caso. Pero sabía que tarde o temprano se acercaría a él.

11

La estancia estaba ligeramente iluminada, el sol de otoño entraba por el vitral de las ventanas creando una extraña luz en el interior de la sala. Se notaba una casi total ausencia de muebles, el contenido se reducía a alguna alacena, esteras, cojines, arcas y una tarima con un colchón donde colgaba una cortina que la separaba del resto de la habitación. El único mueble no convencional con la

decoración era un gran sillón de cuero negro cerca de una de las ventanas, desde el que se podía divisar el pozo ubicado en el centro del patio de la casa.

Sentado en el sillón y fumando, estaba un hombre, de unos treinta o cuarenta años, de aspecto muy cuidado. Vestía pantalón negro y una camisa blanca. En una de sus manos sostenía una taza de té.

Junto al sillón había una pequeña mesa cuadrada de madera donde se encontraba el plato de la taza de té, un cenicero, un móvil y una cajetilla de cigarrillos sobre la que descansaba un excelente mechero de oro. El hombre fumaba relajadamente y sus penetrantes ojos oscuros no apartaban la vista de los andares majestuosos de un gato que paseaba por los muros de su casa.

El móvil comenzó a sonar; pero

no le hizo apartar la vista del gato, si siquiera un ligero sobresalto. Nada. Dejó sonar varias veces el teléfono, después lo miró y lentamente lo recogió de la mesa y pulsando la tecla oportuna contestó la llamada.

—Buenos días, Esteban. ¿Tus tareas han finalizado?

—No todas señor.

—¿Qué has dejado pendiente Esteban?

Su rostro no cambiaba la expresión sea cuales sean las respuestas de Esteban, había dejado la taza de té sobre el plato; pero seguía con el cigarro en la mano y aspiraba el humo relajadamente mientras escuchaba las explicaciones por el móvil.

—Su infiel ha sido sacrificado

tal y como usted ordenó, envié a sus amigos...

—A mis soldados Esteban... a mis soldados —le interrumpió.

—A sus soldados señor. Envié a sus soldados a recoger la mercancía a la casa franca; pero alguien los estaba esperando. Los tres cayeron acribillados y están muertos.

—¿Tienes alguna pista de quién los ha matado?

—No señor; pero le garantizo que los tendrá ante usted de rodillas en breve.

—Eso no lo dudo Esteban, si no, serás tú quién pose de rodillas ante mí. Antes de que el sol salga otra vez los quiero aquí.

—Así será señor, tiene mi palabra.

—No quiero tu palabra, Esteban. Quiero tu vida o la de los asesinos de mis soldados.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y se incorporó del sillón, se asomó por la ventana para continuar observando los movimientos del gato que seguía paseando por su patio.

—¿Y el otro encargo, Esteban?

—No ha concluido aún señor.

—Esteban... me estás decepcionando... me habían recomendado tus servicios. Dicen que eres el mejor y no has terminado dos sencillísimos encargos. Esteban. ¿Qué ha sucedido? ¿Tan difícil es matar a un

hombre en este asqueroso país?

—No señor. He seguido sus órdenes y he aceptado a sus soldados como ejecutores. Ya le indiqué que para esta acción me hubiese gustado contar con hombres contratados por mí.

—Nunca dudes de mis hombres, si necesitas más me los pides. Tienes un ejército entero para elegir. ¿He tenido más bajas?

—No señor, siguieron al inspector Sebastián Martínez hasta una cafetería en el centro de Madrid. Cuando entraron a por él no estaba solo, le acompañaban dos inspectores más. Tengo constancia de que Martínez ha sido herido y está en el hospital.

—¿Con quién estaba el señor Martínez?

—Con dos de sus hombres, Carlos Seoane y Marta Castro.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Marta Castro, la hija de ese asesino de José Castro? Parece que al final vamos a tener un golpe de suerte inesperado.

—¿La conoce, señor?

—Que los hombres terminen la

tarea en el hospital, quiero a Sebastián Martínez muerto antes del mediodía y voy a encargarte a ti una misión muy personal.

—Usted manda señor. ¿Qué debo hacer?

—¡Mata a Castro y crucificala!

—¿Dónde quiere que sea mostrada al mundo?

—La quiero desnuda y apedreada frente a la Catedral, en las verjas del Palacio.

—Señor, esa zona está muy vigilada...

—Esta noche —interrumpió con mucha determinación la frase de Esteban y finalizó la llamada.

Tomó nuevamente la taza de té y se sentó en el sillón. Mientras daba otro sorbo en su cara se dibujaba una gran sonrisa.

—Marta Castro. ¡Qué voy a hacer contigo!

12

El reloj de la Puerta del Sol marcaba las nueve la mañana y sus campanadas rompían el silencio de la madrileña plaza. Ya se notaba cierto bullicio de gente que iba de un lado para otro. A pesar de ser domingo, los establecimientos comerciales estaban abiertos. A la altura del intercambiador de autobuses se detuvo el “*mercedes*” negro de Julián Santos que descendió de él sin esperar a que

Serafín le abriera la puerta.

—Aparca el coche y sube.

—Si Excelencia.

Julián caminó con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo hacia la calle Arenal. Su mente iba fija en los acontecimientos de esta mañana y no prestaba atención a la gente que

se movía a su alrededor.

Se detuvo frente a un portal y llamó al timbre de portero automático. No se oía nada al otro lado en cambio el dio su nombre.

—¡Soy Julián!

La puerta se abrió al momento y entró en el edificio. En lugar de llamar al ascensor descendió por

las escaleras que bajaban a la planta sótano. En el descansillo sólo había una puerta que se abrió en cuanto que él se acercó a ella.

Dio los buenos días a la persona del servicio que le permitió la entrada y cruzó el pasillo hasta llegar a la estancia principal. Era una sala grande, con una mesa ovalada donde estaban sentadas diez personas que mantenían fija sus miradas sobre él. Nadie se levantó ni soltó palabra,

simplemente esperaban y estaba claro que le esperaban a él.

Se quitó el abrigo y lo entregó a la misma persona del servicio que le abrió la puerta. A continuación tomó asiento en el único sillón vacío que había en la mesa. Su posición era clara. Presidía la reunión.

—Buenos días señores.
Comencemos esta reunión

extraordinaria. Cumplamos las normas. Veo que falta uno.

¿Alguien sabe dónde está Junio?

—Tengo un mensaje en el móvil, se excusaba por un asunto familiar —le contestó uno de los asistentes.

Julián Santos llamó al servicio, Serafín Suárez, su secretario

particular.

—Diga Diciembre.

—Corre las cortinas y disponte a tomar nota.

—Como ordene.

Serafín colocó las cortinas tal y como le había ordenado Julián, al que ahora llamaba Diciembre,

nombre en clave dentro de esa organización. Se sentó en una mesa aparte frente a un ordenador y asintió con la cabeza a su jefe.

—Bien, me imagino que ya os habréis enterado, ha aparecido un cadáver crucificado esta mañana. No sabemos quién es el muerto y me han asegurado que no ha sido obra de la “*Orden de la Luz*”.

—¿Has hablado con el

Maestre?

—En efecto Abril, me he reunido con el Maestre esta mañana y asegura que ellos no han sido por lo que tenemos un grave problema entre manos. Alguien o algo, está utilizando los métodos de la Orden, deben estar al tanto de nuestros proyectos y han precipitado los hechos con este asesinato.

Tomó la palabra otro miembro

de la mesa, en este caso era Enero. Cada uno de ellos era llamado como los meses del año para mantener en secreto sus identidades. No todos eran españoles, de los doce, sólo Diciembre y Abril lo eran, el resto tenían diversas nacionalidades. El origen de Enero probablemente fuera ruso o de algún país cercano.

—Lo primero que tienes que ordenar es que averigüen la identidad del muerto, eso nos

ayudaría bastante y nos daría pistas para saber quién es la tercera organización que entra en este juego sin nuestro permiso.

—La Orden están trabajando en ello Enero, y nosotros también, uno de nuestros fieles trabaja en la policía y nos mantendrá al tanto en cuanto tenga los informes en su mano.

—Si os parece bien —intervino

Abril—, sería conveniente que cambiarais de hotel hoy mismo, aumentar vuestra protección y estar alerta. No podemos arriesgarnos a un mínimo descuido. Este caso está generando bastante revuelo y no necesitamos ahora tener a la policía española haciendo investigaciones sobre alguno de nosotros.

Julián Santos —*Diciembre*— se levantó de su sillón y se acercó a la mesa de Serafín, recogió unas carpetas y volviendo al sillón se

sentó pesadamente. Con relativa calma buscó una en particular y ojeó los documentos que había en el interior. Se detuvo en un grupo de folios cogidos con un clip. No tenían pinta de que hubieran sido escritos recientemente, se notaba en el tono del papel que eran archivos relativamente viejos y que habían sido revisados varias veces. Se habían incluido con posterioridad anotaciones a mano sobre algunos de los párrafos de lo que, claramente, parecía ser un informe.

Se detuvo en un folio en particular y después de releerlo, levantó la vista hacia el resto de los asistentes a la reunión.

—Abril, la policía no nos debe de preocupar, nunca ha sido un problema grave para nosotros. Cada vez que se han acercado la Orden de la Luz ha cumplido con el acuerdo y nos los han quitado de encima. Lo que me preocupa, es que Marta Castro se ha metido por medio.

—¿Marta Castro? ¿Quién es esa mujer? —Preguntó uno de los miembros de la mesa.

—Es una policía miembro de la unidad de Sebastián Martínez, bastante irreverente y que nunca deja ningún cabo suelto en sus investigaciones. Es igual de tozuda que su padre —quién respondió fue Abril, se notaba que es el segundo en la jerarquía de esa mesa.

Diciembre tomó el relevo y continuó respondiendo al que llamaban Marzo.

—La persona que más dolores de cabeza ha dado a esta organización y a la Orden de la Luz. José Castro. Nos llevó bastante tiempo quitárnoslo de encima, a él y a su amigo Paolo. Siempre estuvieron muy cerca pero nunca consiguieron nada; afortunadamente, hace quince años que decidieron reunirse con nuestro

Creador y purgar sus pecados
contra la Iglesia.

—¿Y qué temor te puede
producir la hija de un muerto?

—Siempre mantuvimos vigilada
a la familia de Castro y cuando su
hija decidió entrar en la policía no
quisimos nunca perderle la pista.
Tenía una relación muy estrecha
con Sebastián, el que ahora es su
jefe y antiguo compañero de Castro.

No nos produce temor Marzo; pero no es bueno que ande cerca y tome el relevo de su padre. El azar le llevó hasta nosotros; y ese mismo azar puede atraerla a ella.

—Entonces lo mejor es no dejar nada al azar y pensar en que se reúna con su padre.

—Es una opción que hay que evitar de momento Marzo. No podemos permitir que aparezca

alguien y se pregunten porqué todos los miembros de esa familia y sus allegados mueren de forma violenta. Su tío, su padre, el italiano y hasta a su madre tuvimos que quitarla de en medio. De momento, no ha llegado su hora; pero llegará.

—¿Y qué me dices de su jefe?

—¿Sebastián Martínez? Nunca fue un problema. Jamás investigó

nada sobre la muerte de su
compañero. Su vida ha sido...
digamos que... ha sido bastante
aburrida. Nunca ha tenido casos
importantes en la policía.

—Entonces... ¿por qué te
preocupa? A la vista no hay nada
que indique que se puedan acercar.

—Me preocupa porque aparte
de ser una fisgona tozuda como ha
dicho Abril, han sufrido un tiroteo

esta mañana. Es muy posible que hayan sido los mismos que han llevado a cabo la ejecución esta mañana. Y Sebastián Martínez ha caído herido.

En ese momento Abril tomó nuevamente la palabra para dirigirse a todos los miembros de la mesa.

—Es por eso, entre otras razones, por lo que antes os he

dicho que vigilemos nuestras espaldas y no debemos realizar ninguna acción que nos involucre en nada. Estaremos atentos a los sucesos y lo más lejos posible de Marta Castro.

—¡Bien, señores! Hagan lo que Abril les acaba de decir y estén atentos a mi llamada. Faltan pocos días para que alcancemos el éxito en esta misión que nos ha encomendado Dios nuestro Señor. Buenos días.

— Intervino Diciembre.

—De esta forma, Julián Santos, daba por terminada la reunión. Serafín le acercó su abrigo y le ayudó a ponérselo, mientras se lo ajustaba debidamente, Abril se le acercó.

—¿Quieres que me encargue de Marta?

—¡No! Sigamos de momento igual, me da la sensación que nuestros nuevos enemigos van a hacer ese trabajo. Llámame cuando tengas la identidad del cadáver de esta mañana y haz una visita al hospital para ver a Sebastián Martínez, es lo que tienen que hacer los compañeros ¿No crees Roberto?

13

Marta estaba sentada en su coche dentro del aparcamiento del hospital, dando vueltas a todo lo que Francesco le había contado. Conspiraciones que parecían sacadas de novelas o de películas. Eso a ella le importaba bastante poco, lo que ocurriera entre las iglesias era problema de ellas, siempre y cuando no se llevaran por delante a inocentes. Además, ella no era católica y no estaba de

acuerdo con la Iglesia; pero Francesco había tocado una tecla que sí despertó su interés. El asesinato de su tío y la muerte de su padre.

Tenía que volver a hablar con Sebastián, debía preguntarle por más detalles de lo que ocurrió hace veinte años. Salió del coche y se dirigió nuevamente hacia urgencias del hospital. Cuando atravesó el hall de acceso enseñó su placa al vigilante de la puerta y entró en los

boxes. La cama de Sebastián estaba vacía y preguntó a la enfermera que tenía más cerca.

—¡Disculpe! Soy la agente Marta Castro de la policía nacional —ensañando su placa— ¿Dónde está el herido de este box?

—Le han subido a planta.

—¿A qué habitación?

—317.

—¡Gracias! ¿Dónde están los ascensores?

—Saliendo de los boxes, en la entrada principal junto a información.

Dio nuevamente las gracias y siguió las indicaciones de la

enfermera. Localizó los ascensores con la vista y se detuvo. Allí estaba. Sentado en las sillas de la sala de espera.

—¿Vas a seguirme continuamente Francesco?

—No, si me permites acompañarte.

—¡Eres una mosca cojonera!

¿Lo sabías?

—¿Qué es una mosca cojonera?

Marta se llevó las manos a la cintura y sacudió su melena agachando la cabeza.

—Está bien. Vamos. Quiero hablar con Sebastián.

El ascensor abrió sus puertas y

Marta entró dentro. Francesco tuvo que ser rápido porque las puertas se estaban cerrando y ella no hizo nada por evitarlo.

—Gracias por mantener abiertas las puertas.

Marta le devolvió una sonrisa forzada y cruzó sus brazos sobre su pecho sujetando el bolso. En un momento el ascensor se detuvo en la tercera planta del hospital.

Salieron y buscaron el pasillo donde estaba Sebastián. La habitación estaba al final del corredor y por el camino se encontraron con Martina, la mujer de Sebastián.

—Hola Marta, ¿aún no te has ido?

—No Martina, quería hablar un rato más con Sebas, ¿está ahora despierto?

—Sí, está perfectamente, lo único que hace es quejarse. Estos hombres no aguantan nada. Un tirito de nada y mira cómo se ponen.

Las dos mujeres soltaron una carcajada y se abrazaron ante la mirada de Francesco.

—Me alegro que tú también estés bien Martina.

—Gracias Marta; pero ya sabes que la procesión va por dentro, ¡anda! Pasa y tranquilízame a mi chico, yo voy ahora tengo que hablar con el médico.

—Muy bien, estaremos dentro cuando vuelvas.

Marta se quedó mirando cómo se alejaba la mujer de su jefe.

Francesco sonreía ante la escena que acababa de contemplar.

—¡A ver curita! ¿Y a ti que te ha hecho gracia?

—Ya te he dicho que no soy cura.

—No serás cura; pero estás muy cerca de ellos y todo se pega. Vamos dentro, anda.

Marta se giró para entrar en la habitación pero algo hizo que cambiara su cara y volvió rápidamente su rostro hacia la entrada del corredor.

Acababan de entrar tres hombres y había reconocido al primero de ellos. Era uno de los que les habían disparado en la cafetería de la calle Goya. Rápidamente tiró su bolso y su

mano buscó la pistola que lleva en la cintura. Apartó bruscamente a Francesco y arma en mano se dirigió a ellos.

—¡Policía! ¡Quietos donde estáis!

El corredor estaba vacío, nadie se encontraba fuera de las habitaciones y eso era un alivio para Marta, esos tres tipos eran unos matones y estaba segura que

no la iban a hacer mucho caso. No se equivocó, ellos también sacaron sus pistolas pero esta vez Marta tenía ventaja y no iba a esperar a que dispararan primero.

Hizo un primer disparo y alcanzó al que estaba más adelantado. No tenía ni idea de donde le había dado pero ese no iba a molestarla de momento. Rápidamente se dejó caer a un lado justo a la entrada de una de las habitaciones para esquivar los

disparos que ya venían hacia ella.

Francesco se protegió con un carrito metálico de medicinas que tenía cerca de él y sacó un arma del interior de su chaqueta. Sin asomar la cara y el cuerpo protegido por su parapeto improvisado sacó la mano y disparó varias veces en dirección a los dos hombres que quedaban en pie.

Marta aprovechó esa fugaz

cobertura para asomarse y ver como caía otro de los matones, el tercero dio media vuelta corriendo; pero esta vez no iba a permitir que ningún matón se fugara. De rodillas, extendió su brazo armado y disparó.

El proyectil penetró desde atrás por el cuello del tipo y cayó al suelo como un trapo. Los disparos ya habían cesado, sólo se oían los gritos de las enfermeras y las visitas que estaban en el hospital. Alguien gritó por encima de todos

que llamaran a la policía.

Francesco se incorporó y se acercó rápidamente a los tres caídos apuntándoles aún con su arma. Tras él le seguía Marta sujetando con su mano izquierda la mano que sostenía su pistola. Cada uno de ellos comprobó el estado de los dos cuerpos más cercanos. Francesco había matado al suyo de un disparo en el pecho, se levantó y fue hacia el más lejano, el disparo de Marta efectivamente le había

entrado por el cuello; pero en línea ascendente y le había reventado la cara en su salida.

—¡Francesco! ¡Este está vivo!
¡Que alguien llame a un médico! —
Gritó Marta.

Francesco enseñó su placa y también gritó al público histérico que se empezaba a agolpar a su alrededor.

—¡Somos de la policía!
¡Avisen a los médicos y que alguien
llame a la comisaría!

Algunos sanitarios ya se
acercaban corriendo haciendo
ellos.

—¡Soy médico, abran paso!
¡Soy médico!

—¡Soy agente de policía,

doctor!, este aún está vivo y le necesitamos así.

—Llevarlo al quirófano, ¡rápido! Enfermera dé aviso que lo preparen todo, yo me encargo de atenderle.

Francesco comenzó a hurgar en la ropa de los caídos buscando una identificación o algo que les sirviera, entonces se percató de que Marta estaba de pie, inmóvil y con

el arma aun en su mano. Se acercó a ella y le ayudó a enfundar la pistola.

—¿Te encuentras bien, Marta?

—No, no me encuentro bien.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué que me pasa? —Marta explotó.

—¿Qué que me pasa dices?
Estoy acojonada, en lo que va de mañana he tenido dos tiroteos y han estado a punto de matarme. Francesco, ¿dime tú lo que pasa? ¿Quién es esa gente? Yo soy policía de Madrid, mi trabajo es atrapar camellos y delincuentes de poca monta.

—Tranquilízate Marta.

—¡Y un huevo me voy a tranquilizar! He pasado de recuperar bolsos robados a señoras a ser una especie de Harry el Sucio. Allá por donde voy parecen escenas sacadas de una película americana. ¡Joder Francesco! ¡No me digas que me tranquilice!

Sebas había salido de su habitación cojeando y ayudado por su mujer y se fue acercando entre el barullo al lugar donde estaba Marta.

—¡Marta!

—¡Sebas!

Ahí ya se derrumbó Marta, le dio un abrazo a Sebas y comenzó a llorar como una niña.

—Sebas... por Dios... qué coño pasa... en mi vida he pasado tanto miedo.

—Lo has hecho muy bien mi pequeña... muy bien... ahora tranquila, relájate. Eso es, tranquilízate.

Ahora quien la abrazaba era Martina que tampoco podía aguantar sus lágrimas. Sebas miró a Francesco e intentó ir hacia él; pero rápidamente se le acercó para que no intentara andar con su herida y le sujetó.

—No sé quién eres chaval; pero muchas gracias por ayudar a Marta.

—No se preocupe señor Martínez, estoy aquí para eso.

—Gracias otra vez...

El barullo de gente y la histeria fue disminuyendo, sobre todo cuando comenzaron a llegar los

compañeros de Marta y de Sebas. Todos preguntaron cómo se encontraban y se fueron saludando. Sebas indicó a uno de ellos que se acercara al quirófano donde estaban atendiendo al herido y que no le dejara ni a sol ni a sombra.

—Veo que sigues ejerciendo de jefe aun estando ingresado en el hospital Martínez.

—¡Capitán! No esperaba que

acudiera.

—¡Joder Sebas! Te han herido esta mañana en un tiroteo y ahora me organizas otro en una planta del hospital, ¡Tengo que estar aquí! Sobre todo cuando te indiqué que no quería ver a Castro cerca de la investigación.

—Señor, Marta ha venido a visitarme y se ha encontrado de cara con esta situación ¿qué quería

que hiciera, es policía?

—Voy a ordenar una investigación, ahí fuera dicen que ella disparó primero y que al otro le mató por la espalda. Eso no lo hace un policía. ¿Te encargas tú o me encargo yo?

—Se encarga usted Señor, no pienso participar en esta caza de brujas.

Se notaba que Sebas estaba bastante irritado con la actitud del Capitán Galilea y se quedó mirando lo que iba a venir.

—¿Castro?

—¿Capitán? —Respondió

Marta aun sollozando.

—En base a las informaciones que hemos recabado, se va a abrir

una investigación.

—Sí señor.

—Y hasta que se aclare todo este embrollo vas a entregarme tu placa y tu pistola.

—¿Señor? —Marta se había quedado de piedra y completamente asombrada.

—Tu placa y tu pistola ahora, y te vas a comisaría y redactas un informe completo del lío que has montado.

—¿Del lío que he montado? Capitán, uno de esos hombres estuvo esta mañana en el tiroteo de Goya, y ahora se presentan en el hospital y estoy segura que no venían a traerle flores a Sebastián.

—¡Castro! tu placa y tu arma.

Sebastián ayudado por Francesco se acercó a Marta e intervino en la conversación.

—Marta, obedece al Capitán, entrega tus credenciales.

—¿Sebas? —Le imploraba con su mirada.

—Marta, ahora.

Marta sacó su pistola, quitó el cargador y vació la bala de la recámara. Se la entregó a Sebas. Se fue hacia su bolso que estaba en el suelo unos metros atrás, lo recogió y rebuscó en su interior, tomó la placa y se acercó al capitán. Cuando estuvieron frente a frente Marta levantó su mano con la placa y Galilea hizo lo mismo para recibirla; pero Marta la estrelló contra el suelo.

—¡Arrodíllate y recógela tú, eso sabes hacerlo muy bien!

Empujó al compañero de uniforme que estaba junto a ella y se fue del lugar en dirección a los ascensores. Francesco la siguió y dejó a Galilea ordenando a un policía que la recogiera y volviéndose para hablar con Sebas, aun alejándose escuchó lo que le decía.

—Sebas, a tu protegida se le va a caer el pelo, le voy a meter un puro que la voy a joder de por vida.

—Capitán, siempre supiste que en algún momento...

—¡Cállate Sebas! Tenías que haber impedido todo; pero no, para ti siempre el deber lo primero. Jodiste a Pau, fuiste tan cobarde que también jodiste a Pepe y luego quieres arreglarlo todo poniendo

bajo tu protección a Marta. ¿Qué es lo que pretendías? ¿Redimir tus pecados?

El Capitán Galilea dio media vuelta y comenzó a retirarse del lugar dando algunas instrucciones.

—Recoger el arma y la placa de Castro y llevarla a mi despacho. Que los técnicos procesen el lugar lo antes posible. Quiero dos hombres con el herido, día y noche.

Y volviéndose nuevamente hacía Sebas se acercó a él.

—Sebas, ni te acerques por tu oficina aunque sea de visita. No llames a nadie del departamento para interesarte por las investigaciones. ¡Estás fuera! ¿Me oyes? ¡Fuera!

—¿Es lo que te prometieron? ¿Dirigir el departamento? Así siempre estaríamos controlados

¿verdad?

—¡No sabes ni una mierda, Sebas!

—Tienes razón Rodrigo, no sé ni una mierda, nunca he sabido ni he querido saber nada; pero eso no quita que sienta asco por los policías que se venden y que reciben órdenes del otro poder.

—Te estas metiendo en terreno feo Sebas, ten mucho cuidado a partir de ahora. Tienes una familia que cuidar.

—Toca a mi familia y te mato yo mismo.

14

Francesco alcanzó a Marta cuando las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse.

—Vaya, empieza a ser costumbre que las puertas de los ascensores intenten atraparme.

La cara de Marta era una mezcla de llanto y rabia, intentó esbozar una sonrisa al comentario

de Francesco pero no le salió.

—Francesco.

—Dime Marta.

—Gracias por tu ayuda.

—No te preocupes.

—Estaba aterrorizada.

—Pues para estar aterrorizada lo has hecho muy bien.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron con dirección a la calle.

—En ese momento no pensaba en nada, era una sensación extraña, lo único que había en mi cabeza era parar al que nos disparó esta

mañana y los que tenía delante, simplemente, me estorbaban.

—¿Habías matado antes?

—Ni siquiera había disparado contra nadie.

—Pasarás unos días algo extraños, con sensaciones que tal vez nunca hayas sentido; pero luego se pasa.

—¿Y tú? ¿Has matado?

—Sí.

—¿Antes de hoy!

—Sí.

—¿Cuántos?

—Esa cuenta no se lleva, Marta.

Continuaron unos metros en silencio, estaban cerca del aparcamiento del hospital y sonó el móvil de Marta. Era Carlos.

—Dime Carlos.

—Marta, tengo el fichero. Y bastante a tiempo, por cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada más salir del despacho de Sebas, han entrado unos tipos del Ministerio y han comenzado a recoger todas sus cosas.

—¡Sal de comisaría y vete a casa! Luego nos vemos como habíamos quedado.

Marta colgó el teléfono y lo guardo nuevamente en el bolso, se detuvo un momento y miró a Francesco.

—¿Conoces el Retiro?

—No, no lo conozco.

—Hace una mañana perfecta para pasear por él. ¿Me acompañas?

—No pienso despegarme de ti,
ya lo sabes.

—Sube al coche y si te apetece,
luego me invitas a comer.

—¿Te invito?

—¿Eres el chico, no?

—¿Y la igualdad?

—Eso queda para cuando me interese.

Entre risas, entraron los dos en el coche y salieron del aparcamiento. De momento, Marta tenía claro que tendría unas horas tranquilas por delante. Y se fueron al gran parque de Madrid.

—Tenías razón Marta, la mañana es estupenda para pasear y el Retiro es precioso.

—¡Venga Francesco! Vienes de Roma. Seguro que toda ella es espectacular.

—Roma es mi ciudad; pero tengo que reconocer que Madrid cautiva.

—¿Has viajado mucho?

—Bastante.

—¿Cuál es la ciudad que más te ha gustado?

—No sabría decirte, cada una de ellas tiene algo especial.

—Dime una.

—París es increíble, muchos de mis mejores momentos los he pasado allí.

—¿Con alguien especial?

—No, a Paris se va de dos formas, o sólo o acompañado.

—¡Toma! ¿Cómo a todos los sitios?

—Quiero decir que Paris te enamora de las dos formas. Yo siempre he ido solo a perderme, a descansar, a disfrutar de Paris y de mi soledad. Hasta ahora no he encontrado a la persona que me acompañe.

Cuando dijo esa frase miró fijamente a los ojos de ella. Marta sintió cierto calor en su vientre y algo encendió sus mejillas. No estaba acostumbrada a esas sensaciones. Para ella los hombres

eran juguetes puntuales, no le gustaba atarse a ninguno en más de dos ocasiones. Siempre decía que tres polvos con un mismo tío le abrían las puertas de tu casa.

—¿Y tú, alguien en especial?

—No, nadie, soy chica de aventuras cortas. Francesco...

—Dime.

—¿Por qué no me cuentas más sobre tu misión? ¿Qué investigas, para que me necesitas? Ponme más al día.

—¿Seguro? Estábamos muy bien hablando de cosas que no fueran trabajo. Además, contarte todo me llevaría mucho tiempo.

—Habías quedado en invitarme

a comer ¿No? Tenemos mucho tiempo.

—Como quieras, ¿nos sentamos en algún sitio?

—Sí, tomemos unas cervezas en esa terraza.

Tomaron asiento y esperaron a que el camarero les tomara nota de sus consumiciones. Pidieron dos

cervezas. No tardó mucho en servir las, sólo les había dado tiempo a que ambos se encendieran un cigarrillo.

—Gracias.

—De nada señorita.

—Pensé que no fumabas Francesco.

—Ocasionalmente, me gusta disfrutar de un cigarro después de comer y en alguna ocasión esporádica.

—¿Soy una ocasión esporádica?

—¡No! —Dijo sonriendo— ¿Tú no eres la ocasión esporádica! El que estemos relajadamente tomando una cerveza si me parece una buena ocasión para disfrutar de un cigarro

contigo.

—¿Siempre tienes las palabras perfectas para todo?

—Esto parece un interrogatorio sobre mi persona.

—Me gusta saber cosas de las personas que no van a separarse de mí en un tiempo. ¿Eso has dicho, no?

—Eso he dicho Marta.

—Y ahora... ¿Por qué no me cuentas algo que aumente más mi atención?

—Como ya os dije antes pertenezco a una unidad de investigación del Vaticano. Investigo posibles problemas que puedan surgir con la custodia de

documentos y otras cosas.

—¡Vamos! ¡De secretos de los curas!

—Podíamos decir que sí, de alguna forma velo por la seguridad de esos “*secretos*”. Pero además tengo la tarea de que el orden establecido se mantenga.

—¿El orden establecido? Joder

Francesco, eso suena muy político y muy vertical.

—Me refiero a que en el Vaticano hay unas normas que todos deben cumplir, desde el Papa hasta el último de los obispos. Además, la Iglesia ha tenido muchos enemigos históricos y aunque suene extraño, los sigue teniendo. Y ahí entro yo y también tú.

—¿Yo? Vamos Francesco, no

creo que haya llegado a oídos del Papa que yo soy enemiga de ellos.

—No es por ti, Marta. Es por tu padre.

—Esa es la parte que más me interesa, sobre el pasado de mi padre pesa un oscurantismo que nadie ha sabido o querido explicarme. ¿Me lo vas a aclarar tú?

—Para eso necesito que abras tu mente, que no te cierres a tus ideas preconcebidas de tu animadversión contra la Iglesia Católica, es preciso que sepas escuchar y que no catalogues a las personas por sus hechos o por sus creencias.

—Mi padre tampoco creía en la Iglesia.

—Tu padre fue uno de los

grandes defensores de la Iglesia.

—Eso me cuesta mucho creerlo, recuerdo sus charlas en casa y habré leído montones de veces las cartas que me mandaba cuando se encontraba fuera. Siempre hablaba mal de la cúpula católica.

—Tu padre se vio envuelto en la reorganización de las Herejías y de las Órdenes Mendicantes.

—¿Mande?

—Toda la información que tengo proviene de los archivos de tu padre y del mío, fueron socios en esta investigación y el Vaticano les brindó toda la ayuda que necesitaron y ahora, yo estoy al frente.

—¿De cuántos hombres dispones en tu unidad?

—¡Bueno!... Digamos que no es una unidad muy grande pero que mantiene un gran operativo.

—¡Ya! ¿Y eso cómo se come? Francesco, ¿estás solo en este trabajo?

—El Vaticano piensa que este tipo de unidad debe estar formado por una o dos personas como mucho, hay informaciones muy sensibles que no pueden andar de

mano en mano.

—Y por lo que intuyo te han autorizado a que yo tenga acceso a esa información.

—Ha costado; pero sí. En un principio eran reacios; pero gracias a la fama de tu padre consintieron en que te ofreciera la posibilidad de que me ayudaras. Tenemos que operar en Madrid y tú lo conoces como el que más.

—Pues mira curita, vamos a dejar la parte más enrevesada para cuando estemos comiendo, me ha entrado ya hambre.

—Ya te he dicho que no soy cura.

—¡Anda vamos! Paga las cervezas y piensa que te apetece comer.

—¿También tengo que pagar las cervezas?

—¿Tienes que convencerme de muchas cosas, no? Empieza pagando tío.

Francesco se dirigió a la barra y abonó las consumiciones. Después continuaron el paseo por el Retiro en dirección a donde

tenían aparcado el coche. Marta se encontraba mucho más relajada, estaba a gusto con Francesco, estaba empezando a caerle bien.

—Dime Francesco, ¿Cómo mi padre pudo asociarse al tuyo? Estoy segura que no tenían nada en común.

—Mi padre le salvó la vida al tuyo.

—¡No jodas! Nunca tuve constancia de ello, jamás nadie me comentó que mi padre hubiera estado a punto de perder la vida. Antes de morir ¡claro!

—Nuestros padres se jugaron la vida infinidad de veces.

—¿Cómo ocurrió?

—No tengo informaciones muy

concisas sobre aquello, me consta que tu padre fue detenido por una organización que se hacen llamar la Orden de la Luz. Tienen una forma muy peculiar de ejecutar a sus enemigos. Los crucifican boca abajo y les tapan la cara.

—¡Con una velo negro!

—Así es.

—¿Quieres decir que los que mataron a mi tío y los que han matado al tipo de esta mañana son la Orden de las luces?

—La Orden de la Luz, Marta.

—¡Como coño se llamen! ¡Da igual!

—A tu tío lo ejecutaron, efectivamente, y fue la Orden de la

Luz. Al de esta mañana estoy seguro al cien por cien que no fueron ellos. Hay otra organización mezclada en este lío y me da la impresión que es mucho más peligrosa.

—Continúa con lo de mi padre.

Marta y Francesco ya habían llegado al lugar donde tenían aparcado el coche, entre historia e historia el paseo se les había pasado volando.

—¿Quieres que te siga contando mientras conduces o esperamos a llegar al restaurante?

—No vamos a coger el coche, el restaurante es ese que tenemos ahí enfrente.

—¿Un italiano?

—¡No! ¡Jamás se me ocurriría

entrar a comer a un italiano con un italiano! Vamos al de al lado, al Burger.

Francesco se quedó parado, sonriendo. Marta ya había cruzado la calle.

—¿Vienes o qué?

Francesco se metió las manos en los bolsillos, se encogió de

hombros y cruzo la calle para entrar en el Burger con Marta. Pidieron sus menús y se acomodaron en una mesa ligeramente apartada del posible bullicio que podría formarse en un rato, cuando el local comenzara a llenarse de gente. Francesco, dando un sorbo a su cerveza se soltó a Marta:

—Nunca pensé que la primera vez que te invitara a comer sería una hamburguesa.

—Para todo hay una primera vez curita.

—Eso espero, Marta.

La forma en que pronunció esa frase le pegó un latigazo por la espalda. Francesco tenía una forma muy especial de hablar y una mirada que cautivaba, daba igual si te hablaba de conspiraciones contra el mundo o si te hablaba de una hamburguesa. Marta se recompuso

rápidamente y mientras se comía las patatas fritas le pidió que continuase con su historia.

—¡Venga Francesco! ¿Qué ocurrió con mi padre? Continúa.

—A tu padre le detuvieron en Granada, estaba siguiendo una pista absurda sobre una organización de origen musulmán. Él decía que no seguían el Corán y que Alá no les importaba.

—Entonces no eran musulmanes, se poco de religiones; pero no veo a un musulmán renegando de Alá o del Corán.

—Ahí estaba la absurdez de la pista, tu padre decía que se amparaban en la religión musulmana; pero su objetivo no era religioso y al parecer se habían ganado bastantes enemigos entre los líderes musulmanes. El caso es que,

estando en Granada...

15

Granada, 1.994. La tarde era muy calurosa, el sol de agosto hacía arder las calles del centro de la ciudad. El mejor lugar para estar en esos momentos era cobijado al amparo del aire acondicionado de la habitación del hotel.

José Castro estaba recostado en la cama, repasando unos expedientes que tenía en la mano

mientras de fondo, se escuchaban las noticias que pasaban por la televisión. A su lado tenía extendido sobre las sábanas un mapa de la ciudad con algunas zonas marcadas; cada vez que leía algo en los informes que tenía ante él, marcaba en rojo un nuevo lugar.

Rascándose la cabeza intentaba despejarse y buscar una explicación a toda la información que tenía en su poder. Su vista se quedó quieta unos momentos sobre el mapa. No

dejaba de observarlo, se incorporó violentamente y tomando el mapa lo extendió sobre la mesa de la habitación del hotel.

—¡Que hijos de puta!

Sólo tenía puestos unos calzoncillos, sobre una silla descansaba el resto de su ropa. Después de vestirse se acomodó la pistola por encima del tobillo, debajo de su pantalón. No había

otro lugar donde pudiera llevarla, con el calor que hacía era una barbaridad ponerse chaqueta. Salió de la habitación sin nada más, dejando los expedientes y el mapa esparcidos por la cama y la mesa. Tomó el ascensor y se acercó a recepción a depositar su llave.

—¿El teléfono por favor?

—A la derecha lo tiene caballero.

—Muchas gracias.

Castro se acercó a la cabina que le habían indicado e introdujo unas monedas en el aparato. Marcó un número que conocía de memoria.

—¿Paolo? Lo he encontrado. Conozco el objetivo. Reúnete conmigo en la Plaza de Isabel la Católica —Castro colgó el teléfono

y salió del hotel, esperó unos momentos en la puerta y detuvo un taxi libre que se acercaba por la avenida. Una vez dentro, indicó al conductor su destino.

—Están de obras en Colón, ¿le importa que de un rodeo?

—¡No, por favor! Usted es el que conoce Granada.

El taxista arrancó el coche y puso rumbo a la dirección que le había indicado. En el trayecto, Castro observaba la ciudad, Granada era un lugar que siempre le había entusiasmado.

—Bonito lugar ¿Dónde estamos?

—En el Realejo, señor.

—Parece un lugar encantador.

—Lo fue señor, lo fue.

—¿Lo fue?

—Al barrio habría que volver a llamarlo con el nombre original.

—¿Y cuál era?

—Este lugar volverá a ser
Garnata al-Yahud.

—Garnata... ¿qué significa?

—Señor, significa “Granada de
los judíos”

Castro quedó tenso después de
oír aquello, el taxi se detuvo y se
abrieron las dos puertas traseras
del coche. Se subieron dos

hombres, uno por cada puerta apuntándole con pistolas. El taxi reanudó la marcha y se perdió por las calles de Granada.

Paolo se protegía del sol granadino con un sombrero de paja y paseaba por la plaza tomándose un helado. Miró la hora en su reloj de pulsera y se dirigió a un banco al que le llegaba un poco de sombra

de un árbol cercano. Ahí estuvo durante más de media hora. Su cara empezaba a denotar preocupación; había quedado con Castro y este no llegaba. El hotel donde se alojaba no estaba muy lejos de allí así que, no era normal tanta demora.

Se encaminó a una cabina telefónica que vio al otro lado de la calle y después de insertar una moneda marcó el número del hotel.

—Buenas tardes, ¿por favor con la habitación de José Castro? — Esperó unos momentos a que le pasaran con la habitación.

—No responde nadie señor, y la llave del señor Castro se encuentra en recepción. Ha tenido que salir del Hotel.

—Muchas gracias.

Colgó el teléfono y decidió esperar un poco más en la terraza de la cafetería que estaba a su lado. Sólo aguantó un cuarto de hora, se levantó y paró un taxi. Tenía que acercarse al hotel y ver qué es lo que le había pasado a su compañero.

Tardó diez minutos en llegar al hotel, lo que hizo que se preocupara aún más, había transcurrido demasiado desde que le llamó por teléfono para verse en la Plaza de

Isabel la Católica. Subió a su habitación sin pasar por recepción, no necesitaba la llave para entrar, siempre que trabajaban juntos se entregaban una copia de cada habitación.

Cuando entró, no vio nada anormal, los documentos que le entregó para que los revisara estaban encima de la cama. La habitación no tenía aspecto de haber sido registrada, tampoco había signos de violencia. Lo que

hubiese sucedido tuvo que ser en el trayecto hacia la plaza. Se detuvo a revisar el mapa que estaba sobre la mesa y observó con detalle las marcas que había señalado Castro. Nada, no veía nada anormal. Se atusó los cabellos y dio varias vueltas por la habitación, le había citado en la Plaza de Isabel la Católica. ¿Por qué ahí? ¿Qué tenía de particular ese lugar?

Se inclinó otra vez sobre el mapa, sea lo que fuere que

averiguara debía estar señalado ahí. Dijo que había localizado el objetivo. ¿Dónde es Pepe, dónde? Se preguntaba mientras revisaba una y otra vez las marcas. ¿Qué coño has visto en este mapa? Estaba a punto de desistir, no veía nada que le indicara que había descubierto...

El taxi se detuvo frente a un

edificio no muy cuidado, la calle era estrecha y no se veía ni un alma alrededor, el calor era demasiado asfixiante. Los dos hombres abrieron las puertas traseras del coche y salieron.

—¡Vamos fuera!

No tuvo que salir por sus medios, según le hablaban le arrastraron fuera del coche y le empujaron hacia el portal que tenía

enfrente. La puerta era estrecha, con barrotes negros y en algún momento tuvo que tener unos cristales, ahora, en su lugar, había unos cartones. No había portero automático, tampoco hacía falta, a la puerta le faltaba la cerradura.

Le empujaron nuevamente y entraron en el edificio. El interior también era estrecho, se veía una puerta a la derecha que debía ser del piso bajo. Al fondo otra puerta completamente abierta que daba a

un patio interior y la izquierda de esta una escalera de subida. Subieron dos plantas y llamaron a una de las puertas del descansillo.

Castro se mantenía sereno, obedeciendo en todo momento lo que sus secuestradores le indicaban. La puerta se abrió. Detrás otro hombre. Ninguno de ellos tenía aspecto musulmán por lo que deducía que no tenían nada que ver con su investigación. Atravesaron la entrada y le sentaron

en una silla de anea que había en la estancia. El único mueble que se podía ver. Por otra puerta apareció un cuarto hombre, este se distinguía de los demás en su forma de vestir. Trajeado a pesar del calor, buen corte de pelo, lustroso y las manos muy cuidadas.

—¡José Castro! Por fin tengo el gusto de conocerle.

—¿Quién es usted?

—Una persona sin importancia.

—¿Sin importancia? Yo no diría lo mismo viendo el séquito que le rodea.

—Sin importancia para usted señor Castro.

—¿Y yo? ¿Soy importante para usted?

—Muy buena pregunta, sí señor, muy buena.

Sinceramente, usted tampoco debería ser importante para mí. Pero últimamente ha estado incordiando demasiado en mis negocios.

—No tengo ni la más remota idea de cuáles son sus negocios.

—De eso estoy seguro señor Castro, usted no tiene ni puta idea de nada. Va por ahí investigando, creyendo que ha descubierto algo y todas sus pistas le llevan a ninguna parte. Como le digo, usted no tiene ni puta idea de nada. Pero sus acercamientos a mi... digamos, organización, si están atrayendo a otras personas mucho más interesantes que usted e igual de indeseables.

—¡Vaya! Eso quiere decir entonces que mi ignorancia me está acercando a algo o a alguien.

—Eso, señor Castro, quiere decir que usted es un estorbo. Le podría pedir que abandone sus investigaciones y que volviera tranquilamente a Madrid y se dedique a su familia y a su antiguo trabajo de policía; pero según mis informes usted es muy cabezón y nunca me haría caso.

—Veo que está muy bien informado. ¡En todo!

—Por eso querido amigo, no tengo más remedio que ordenar que le quiten de en medio.

—¿Van a matarme?

—Nosotros no matamos Señor Castro, nosotros ejecutamos. ¡Lléváoslo!

Los tres hombres que le acompañaban en la estancia se acercaron a él. Castro se levantó rápidamente e intentó golpear a uno de ellos, no le sirvió de nada. Antes de alcanzarle recibió un golpe en el estómago que le dejó sin respiración y completamente doblado sobre sí mismo.

Le condujeron escaleras abajo, hasta la calle. El taxi había

desaparecido, en su lugar había una furgoneta. Abrieron la puerta de atrás y le empujaron dentro.

En el hotel, Paolo se decidió a salir de la habitación, seguía sin tener ninguna pista que pudiera indicarle el lugar donde estaba su amigo. Pero algo le llamó la atención, el mapa que estaba sobre la mesa era uno de esos que

entregaban en las oficinas de turismo e indicaban todos los monumentos de la ciudad.

Todos ellos estaban marcados, todos menos uno. La Catedral estaba marcada; pero la Capilla Real de Granada, no. Salió rápidamente de la habitación del hotel, ya sabía dónde dirigirse y debía darse prisa, algo le decía que su compañero estaría allí y seguro que no habría ido por sus propios medios.

Los Reyes Católicos eligieron como lugar para ser enterrados la ciudad de Granada y mandaron crear la Capilla Real, un edificio de estilo gótico que se comenzó a construir un año después de la muerte de la Reina y se terminó un año antes de la que el Rey muriera.

La Capilla atrae a numerosos visitantes, unos por interés turístico y otros buscan una fuente de sentido y valor; pero en ese momento la soledad imperaba en el interior de la misma, el culto mantenía cerradas las visitas al templo hecho que no impidió que cuatro hombres arrastraran a otro hacia el interior de la Cripta.

Dejaron caer sobre uno de los féretros de plomo a un maltrecho José Castro, que mantenía en su

cara las marcas de los golpes que debieron propinarle dentro de la furgoneta. Jadeante, observaba como tres de los hombres colocaban cuatro sogas en determinadas esquinas del acceso al lugar. El otro manipulaba una pequeña caja a la que estaba conectando una serie de cables.

—¡Vaya! Así que no me equivocaba... Pensáis volar la Capilla Real.

—¡Cállate! —Le gritó uno de los hombres.

En ese momento entró en el lugar su jefe, mantenía la misma tranquilidad que en la habitación donde le llevaron antes y no perdía la cínica sonrisa de su cara

—Castro. Como te he dicho antes, te acercas demasiado a dónde no debes.

—Y me vas a hacer desaparecer junto con los restos de los Reyes.

—Desaparecerás; pero después de ser ejecutado.

—¡Ah. Sí! Se me olvidaba ese pequeño detalle, quieres ejecutarme ¿igual que hicisteis con Pau?

—Otra pequeña molestia que se

acercaba demasiado.

—Lo que no entiendo es por qué queréis volar este sitio. Mis pistas me llevan a otra organización. ¿Quiénes sois vosotros?

—Nosotros estamos aquí para acelerar los sucesos. Están siendo demasiado lentos en sus fines y nos interesa que avancen un poco más deprisa.

—Así que le queréis colocar el muerto a los musulmanes.

—¡Señor Castro, por favor! Usted sabe perfectamente que no son musulmanes, es lo que quieren que todos crean. Son una banda de ladrones aficionados que se han equivocado de casa en la que robar. Hay tesoros que no se pueden tocar.

—La Iglesia ¿verdad?

—Que mejor lugar para poner a los investigadores en su punto de mira que volar por los aires a la promotora de la reforma de la Iglesia Española, Isabel la Católica.

—Y la capitulación de Granada.

—Exacto Señor Castro, grandes iconos para ambos, por supuesto muy distinto para cada uno de los bandos.

—Pero usted, no es de la Iglesia. ¿Qué persigue?

—Ya le dije que se acerca demasiado Señor Castro. Y ahora si me disculpa, no suelo estar presente en estas situaciones. Que tenga un buen viaje a... ¡a donde coño sea

que vayan los muertos!

Con una sonora carcajada abandonó la cripta y le dejó solo con sus cuatro matones. Inmediatamente le ataron tobillos y muñecas con los extremos de las cuerdas y tirando de las superiores le dejaron colgado cabeza abajo. Después, tensaron las inferiores, las que sujetaban sus muñecas y quedó en cruz.

El hombre que manipulaba la bomba había terminado con ella y la depositó junto al féretro de plomo que teóricamente mantiene en su interior los restos de la Reina. Después de activarla se acercó a él y sacando un velo negro le tapó el rostro. Todo se hizo negro, ya no veía nada, sólo esperaba el momento de oír los disparos que acabarían con su vida.

Sonaron en sus oídos muy fuerte, atronadores; pero no sentía

impactos en su cuerpo. Paolo acababa de entrar en el lugar y sin tiempo para preguntas disparó su arma contra los agresores de Castro. Un disparo, un hombre y así hasta cuatro. José Castro dejó de oír los disparos. Seguía vivo. Le retiraron el velo negro de su cara y vio a su compañero y amigo Paolo Siriani. Sólo pudo soltar una risa medio histérica, no podía decir nada.

—Vamos chaval, voy a sacarte

de aquí.

—¡La bomba!

—¿Qué bomba Pepe?

—Debe estar en algún féretro, ¡desactívala antes!

Paolo se levantó y corrió hacia los féretros. Allí estaba, una pequeña caja llena de cables. Se

acercó a ella, no sabía qué hacer.

—¿Qué coño hago, Pepe?

—¡Ni puta idea! ¡Pero haz algo!

—Vale, tranquilo, hay cables de colores...

—Déjate de colores, esto no es una película, antes vi que lo que manipulaban era goma, arráncalos

todos.

Paolo respiró, cerró los ojos y tiró de ellos. No pasó nada, no hubo explosión, comenzó a reírse y fue corriendo a liberar a Pepe; cuando lo hubo hecho se fundieron en un abrazo.

—¡Gracias, tío! ¡Gracias por llegar a tiempo!

—¡Joder, Pepe! ¡Casi no llego!
¿No podías haberme dicho algo por teléfono en lugar de decirme que nos viéramos antes?

—La próxima vez lo haré, te lo juro. Y ahora tenemos que limpiar esto. Nadie debe notar lo que ha estado a punto de pasar aquí.

16

Ya habían dado cuenta de las hamburguesas y habían pedido helados y café que Marta saboreaba como una niña pequeña.

—¡Joder, Francesco! Menuda historia de acción me acabas de contar. ¿No sabía que mi padre estuviera metido en esos jaleos?

—Hay muchas cosas de tu

padre que no sabes.

El teléfono de Marta sonó dentro de su bolso interrumpiendo la conversación de ambos.

—Dime Carlos.

—Marta, ya sabemos la identidad del muerto.

—¿Quién es?

—Peter Horton, un empresario inglés que estaba en Madrid en viaje de negocios.

—¿Y a qué negocios se dedicaba el inglés?

—Banquero. Un pez gordo.

—Bueno ese ya no robará más a ningún desgraciado. Averigua algo

más sobre él y lo llevas luego a mi casa con todo.

—Ok, luego te veo.

—¿Ok?

—Venga tía, después de tanto tiro y tantos muertos no está mal comportarse como en las series de polis.

—¡Déjate de gilipollices!

Luego te veo —Marta colgó el teléfono y continuó disfrutando de su helado y de la compañía de Francesco.

—¿Alguna novedad?

—Ya tenemos la identidad del cadáver de esta mañana. Un banquero inglés.

—Peter Horton.

—¡Joder, bingo! ¿Le conocías?

—Sí, es parte de mi investigación. Creemos que tiene alguna relación, directa o indirecta con la Orden de la Luz.

—¿Qué sabemos de esa organización, a que se dedica?

—Cuando nuestros padres comenzaron a seguirles la pista fue debido a unos robos que se estaban produciendo en algunas de la Catedrales más importantes del mundo.

—Nunca he oído nada sobre ese tema.

—Porque realmente nunca se llegaron a denunciar los robos. Realmente lo que estaba ocurriendo

era que reemplazaban las obras por copias perfectas.

—¿Y tenéis constancia de cuantas se han podido reemplazar?

—Si hacemos caso a los informes de nuestros padres, más de mil. En la actualidad, yo estoy investigando alrededor de sesenta cambiazos.

—¡Joder! A este paso la Iglesia se va a quedar sin nada.

—La Orden de la Luz dicen que son la verdadera Iglesia y que realmente es a ellos a quién les corresponde todo, incluso ocupar el Vaticano. Tienen agentes infiltrados en todos los sitios. Policías de diversos países, políticos afines, banqueros, periódicos y millonarios. ¿Te sorprendería si te dijera que miembros de algunas Casas Reales europeas también

pertenecen a la Orden?

—Viniendo de ti, ya no me sorprende nada. ¡Y es una lástima, me encanta que me sorprendan!

Esta última frase de Marta ya no tenía el mismo tono que en el resto de la conversación. Su subconsciente le llevaba por otros derroteros completamente distintos; Francesco cada vez le parecía un tipo más que interesante.

—La Orden está muy bien organizada, es por ello que en más de veinte años nunca se ha detenido a ninguno de sus miembros y no tenemos constancia cierta de quienes la dirigen.

—¿Ni siquiera una leve idea Francesco?

—Evidentemente tenemos

algunas pistas que apuntan a ciertas personas; pero nada que les incrimine.

—Así que, tenemos una panda de iluminados que dicen ser la verdadera Iglesia. Como otros muchos, claro. Que se dedican a expoliar a la “*Católica*” de sus bienes más preciados y que quiere empezar una guerra para conquistar el Vaticano.

—Marta, aquí nadie ha hablado de guerras.

—Unos tipos que se dedican a ejecutar a sus enemigos no me parece que estén organizando rifas. ¿Y hablando de ejecutar? Antes me has comentado que la ejecución de esta madrugada no tenía pinta de que la hubieran realizado los de la Luz.

—El hecho de que el muerto sea

uno de los que le seguimos la pista por su implicación en la Orden ya es motivo para pensarlo. A no ser que se nos escape algo, no hay motivos actualmente para que ejecuten a nadie.

—¿Tienes alguna idea entonces de por dónde van los tiros?

—Debe ser la otra organización de la que hablaba tu padre, hay muchas cosas que encajan. Tenían

muy claro que los que intentaron matarle en Granada era la Orden de la Luz porque se estaba acercando demasiado a ellos investigando al otro grupo. La forma de la ejecución también apunta a ello.

—¿Qué diferencias hay entre una ejecución y otra?

—Cuando estemos en mi piso te enseñaré fotografías de las ejecuciones que tenemos constancia

de la Orden de la Luz y de otras que no se las hemos achacado a ellas. La Orden siempre cuelga a sus “*señalados*” boca abajo y posteriormente le disparan en el vientre para que muera lentamente. El rasgo significativo del velo negro es para cubrirles la cara, como una seña de su identidad y suele estar cogido con unas gomas o con pinzas al cabello.

—Así es como encontramos a mi tío. Y así es como iban a matar a

mi padre en Granada.

—¡Eso es! En cambio, los otros matan previamente al sujeto, le disparan en los pies, en las palmas de las manos y finalmente en el corazón. Le crucifican con la cabeza hacia arriba y el velo negro no lo utiliza para cubrirle el rostro; se lo insertan con clavos en su cabeza. ¿Te suena a algo?

—¡Claro! Me suena al tipo de

esta mañana, al inglés.

—¿Y no ves nada más?

Marta negaba con la cabeza, su rostro mostraba extrañeza por la pregunta, no encontraba ninguna relación con nada ni con nadie... hasta que... abrió los ojos enormemente y como una niña que acaba de darse la cuenta de la respuesta a una pregunta del profesor saltó:

—¡Jesús!

—Sí.

—¡Digo qué Jesús! Pero sí, también ese. Es la forma en que murió Cristo.

—El asesinato de esta mañana es una advertencia, una advertencia para la Orden de la Luz, han

eliminado a uno de los suyos con su método. También puedes tener razón en lo de antes, pueden estar iniciando una guerra.

—¿Para controlar qué? ¿Puede ser otra facción de la Iglesia que también quiera hacerse con el poder? ¡Joder con los Católicos! ¡Aquí todos queréis el pastel!

—Para eso te necesito. Esa es la misión que vengo a ofrecerte.

Que investiguemos juntos esta conspiración contra el Vaticano, como hicieron tu padre y el mío.

—Francesco, yo no soy creyente, se muy poco de vuestra iglesia y la verdad, tampoco me importa que se venga abajo.

—No te estoy pidiendo que defiendas a la Iglesia Católica, tampoco que acojas su fe. Eres policía y te propongo que

investiguemos unos delitos, la lista es muy amplia, extorsión, robo, asesinato... ¿O acaso cuando investigas una muerte te importa el color o religión del muerto?

—Eso es un golpe bajo Francesco.

—Eso es la realidad. Y si los culpables son miembros de la Iglesia, vamos a por ellos, que no mancillen esa religión.

—¡Eh, espera... espera! ¡Por ahí no vayas! Puedo investigar un delito de cualquiera, vale, me da igual quién sea; pero no por ser de la Iglesia voy a dejar marchar a un delincuente así por que sí. Y no me andes con frases de curas con eso de mancillar la religión. Con su religión pueden hacer lo que les apetezca. Yo cojo a los malos y ya está. Para hacer santos ya estáis vosotros.

—¿De acuerdo entonces?

—Vamos a tu piso y enséñame lo que tengas.

Los dos se levantaron de la mesa y salieron del Burger para recoger el coche. Francesco sabía que les esperaba una tarde muy interesante poniendo al día a su nueva compañera. ¿Quién lo iba a decir? Años después, el hijo de Paolo Siriani y la hija de José

Castro iban a trabajar juntos en el mismo caso que sus padres.

Marta también sabía, o más bien esperaba, que la tarde fuera bastante interesante; pero pensaba menos en la información que pudiera facilitarle Francesco y más en él, en el hombre. En solo unas pocas horas la había derretido y un manjar así no puede pasar delante de tus ojos y ni siquiera probarlo.

17

De camino a casa, Marta detuvo su coche frente a una famosa pastelería de Madrid y con el coche en marcha le pidió a Francesco que esperara. Poco después volvió con una bandeja de dulces.

—¿Qué has comprado?

—Mientras trabajamos te vas a chupar los dedos con las mejores

trufas de Madrid, lástima que no tengamos con que acompañarlas.

—No te preocupes por eso, tengo café hecho.

—¿Joder Francesco? Algo un poquito más fuerte... ¡Espera! En casa creo que tengo una botella fresquita de cava. Te va encantar, ¡cava y trufas!

—Veremos a ver como es de constructiva la tarde con lo que estás planeando. ¡Anda arranca y vámonos!

Con una sonora carcajada Marta sacó el coche de donde lo tenía aparcado y continuaron su marcha. Al llegar a su casa el tema del aparcamiento estaba algo complicado, sólo quedaba libre una plaza de minusválidos justo enfrente del portal de su casa.

Marta, sin dudarlo, aparca su coche en el reservado, saca una tarjeta de la guantera y la pone frente al parabrisas.

—Vamos sal y no pongas esas cara ¿En Italia no tenéis tarjetas de aparcamiento?

—Prefiero no decir nada.

Marta cerró la puerta de su

coche, como siempre en varias intentonas, estaba claro que si algún día no la arreglaba se quedaría con la puerta tirada sobre el asfalto. Sacó las llaves de su bolso y abrió el portal. Cruzaron el rellano hasta el ascensor sin decirse nada, bastaba con la sonrisa que cada uno de ellos llevaba en su cara.

—Francesco, espérame en tu casa, me pongo más cómoda y cojo el cava de la nevera. ¿Tienes copas?

—Creo que no.

—Bueno pues las llevo yo también. Tardo cinco minutos. Ahora te veo.

La conversación la tuvieron mientras el ascensor subía hasta su planta, Marta se perdió tras la puerta de su apartamento y Francesco quedó solo en el pasillo

con una bandeja de trufas en las manos. Sonrió nuevamente al ver a Marta tan relajada y contenta a pesar de los acontecimientos que habían ocurrido en la mañana de este domingo, Esperemos que siga igual cuando esté metida de lleno en el fregado que le iba a meter.

Francesco también se perdió por la puerta de su apartamento. Dejó los pasteles en la cocina y colgó su chaqueta del perchero que había en la entrada. El resto del

tiempo lo ocupó en preparar los informes que iba a compartir con Marta. Su móvil sonó. Comprobó quien era la persona que llamaba y su rostro se volvió serio.

—¿Monseñor?

—Buenas tardes Padre Francesco... ¿Cómo va todo por Madrid?

—Bastante bien Monseñor.

—¿Eso quiere decir que puede contar con la ayuda de Marta Castro?

—Sí, Monseñor.

—Recuerde que esta es la primera de las grandes batallas que vamos a luchar contra los herejes. Es muy importante que recupere o

borre toda la información delicada sobre nosotros que la Orden de la Luz tiene en su poder. Si esos datos se publicaran sería el fin de la Iglesia tal y como la conocemos y el fin de nosotros.

—Soy consciente de ello Monseñor y se hará de acuerdo al plan establecido.

—Es muy importante, como ya sabe, que esta información jamás,

repito, jamás debe caer en poder de Castro. Ella debe limitarse a la suplantación de las obras de arte sustraídas de nuestros templos.

—Es muy inteligente Monseñor y en cualquier momento puede sospechar que una de nuestras intenciones es recuperar las notas secretas de su padre.

—Será muy inteligente pero es una oveja descarriada Padre

Francesco. Y usted evitará por todos los medios a su alcance que pueda tener algún indicio de nuestras intenciones. Insisto, con todos los medios a su alcance, sean los que sean. A veces, en las misiones de Nuestro Señor tenemos que renunciar a algunos de nuestros votos.

—Estoy preparado Monseñor.

—Castro no es una policía de

acción, tiene muchas carencias en ese campo, debe mantenerla con vida a toda costa. Hasta que consigamos las notas.

—¿Hasta que consigamos las notas?

—Después de eso, es un peón irrelevante en nuestra lucha. Todos nosotros y Su Santidad estamos con usted y rezamos todos los días por el éxito de su misión. Le volveré a

llamar.

Después de decir esto, la comunicación se cortó. Francesco tiró el móvil sobre el sofá y se quedó pensativo. En pocas horas le había tomado aprecio a Marta, si no fuera por sus votos incluso diría que la atraía físicamente. Era una chica y una policía... ¿Cómo dirían en Madrid? ¡Legal! Pero él tenía una misión que cumplir y la Iglesia Católica estaba por encima de Francesco Siriani y de Marta

Castro.

El timbre sonó, era Marta. Abrió la puerta y allí estaba, resplandeciente con esa sonrisa tan especial que tenía, el pelo suelto que se le venía a la cara y le tapaba parte de uno de sus preciosos ojos. En una mano traía la botella de cava y en la otra dos copas. No tuvo que decirle que pasara, ella se abrió paso hasta el salón y depositó la botella y las copas encima de la mesa.

—Saca las trufas mientras sirvo el cava.

—Están en la mesa.

—¿Pues trae unos platos hombre?

Francesco salió del salón y fue a la cocina, Marta no le perdía de vista. La cocina era tipo americana

y podía ver a Francesco revolver las puertas de los muebles buscando lo que Marta le había pedido. Ante esa escena sonrió y llevó las copas y la botella al mostrador de la cocina.

—¡Anda! Déjame a mí. Trae las trufas.

—Sí, será lo mejor. Aún no sé dónde están las cosas.

—¿Pero cuantos días llevas aquí?

—Varios, pero no uso la cocina, suelo almorzar y cenar fuera de casa.

Sentados uno enfrente del otro y a cada lado del mostrador, disfrutaron tomándose una de las enormes bolas del manjar de dioses que Marta había comprado y brindaron con el cava.

—Por una fructífera relación,
Francesco.

Francesco se detuvo un momento antes de brindar, su mente le estaba haciendo pensar cosas que hasta ahora nunca se había permitido y ni siquiera se lo había planteado.

—¿Te ocurre algo, Francesco?

—No Marta, no me ocurre nada, pensaba en la relación que tuvieron tu padre y el mío y quiero brindar además para que sea muy duradera. No hay nada que más desee que poder seguir trabajando contigo después de esto.

—¿De esto? ¿A qué te refieres?
—Marta se retorció sugestivamente delante de él.

—De este caso, estoy muy a gusto contigo, ¡ojala haya más casos!

—Brindo por ello.

Después de agotar las copas de un trago Marta dio la vuelta al mostrador y acercándose a Francesco comenzó a llenar nuevamente las copas. Francesco la detuvo.

—¡Marta!

—¿Sí, Francesco?

—Tenemos trabajo.

El momento fue igual a cuando un gran espejo se cae al suelo y arma un estruendo de órdago. El ruido te vuelve a la realidad y los cristales rotos destrozan la magia que intentaba crear. Bueno,

tranquila, ya bajará sus defensas, se decía Marta.

—Sí, organicemos el trabajo, ponme al día de lo que tenemos que hacer y por donde va la investigación. Se fueron directamente al sofá, frente a ellos, en la mesa, todos los informes que Francesco había preparado. El móvil de Marta interrumpió el comienzo de sus tareas.

—¡Dime Carlos!

—¿Dónde estás? Estoy en la puerta de tu casa llamando y no me contestas.

—¡Ay, lo siento Carlos! ¿No me acordaba! Ahora salgo, estoy en casa de Francesco.

Mientras decía esto corrió a la entrada y abrió la puerta. Ambos se

miraron y colgaron sus móviles con una sonrisa y Carlos medio mosqueado. Se acerca a ella y muy bajito le comenta:

—¿No me dijiste que le mantuviera alejado?

—Sí.

—¿Y cómo quieres que lo haga si te has metido en su cama?

—Eso no es cierto.

—De momento Marta...

La conversación ya la continuó en un tono más alto para que Francesco pudiera oírla, pasó delante de Marta y se burló de ella señalando las absurdas gafas que llevaba puestas en ese momento.

—¿Francesco. Cómo estás? —

Y girándose hacia Marta continuó su frase—. Muy bien por lo que veo.

—¿Carlos, no te esperaba?

—De eso no me cabe duda. Habíamos quedado Marta y yo esta tarde para compartir información.

—Si Francesco no me acordé

de decírtelo, si te parece empezamos por lo que trae Carlos y luego seguimos con lo tuyo.

—Verás Marta, el acuerdo es contigo. Nadie me ha autorizado para que Carlos se una al grupo.

—Pues es una pena porque Carlos es mi compañero y él y sus gafas vienen conmigo a todas partes.

Carlos levantó su cara mostrando a Francesco sus gafas y con un aire orgulloso. Marta lanzó un desafío a Francesco, le dolería que no aceptara sus condiciones; pero sin Carlos en el grupo no había nada que hacer. Francesco se giró un momento, tomó su cajetilla de cigarros y se encendió uno.

Marta le había puesto en un gran dilema. Carlos tenía fama de ser un excelente investigador pese a lo extravagante de su comportamiento

y de su vestuario. Podría serles de muchísima ayuda y además, protegería a Marta incluso mejor que él.

—De acuerdo, Carlos está dentro.

—¡Bien! —Gritó Marta mientras le abrazaba y le dio un beso en la mejilla que hizo sonrojar un poco a Francesco.

—Pero Carlos, una cosa clara, en esta investigación las órdenes las doy yo y no Marta.

—Perdona Francesco, en nuestras investigaciones, por regla general, es Marta quién me da las instrucciones a seguir, no conocemos la palabra “órdenes”.

—Carlos, hay otro tema.

—¿Otro?

—Si Carlos, vamos a ayudar a Francesco a resolver un caso que le ha traído a Madrid, tiene varios hilos conductores con el nuestro, él nos ayuda y nosotros le ayudamos. Ahora, sentémonos y comienza a comentarnos lo que sabes.

—¿A parte de que Galilea no quiere verte ni en pintura?

—¡Un momento! —Intervino Francesco— ¿Os referís a Rodrigo Galilea?

—Si, al Capitán Rodrigo Galilea, es nuestro jefe y acaba de quitarla a Marta su pistola y su placa.

—¿Le conoces de algo Francesco?

—No, personalmente no le conozco; pero me suena su nombre. Ya averiguaremos luego de qué. El tema de la retirada de tu placa puede ser un inconveniente para nuestra investigación.

—¡Por eso no te preocupes, Francesco! ¡No es la primera vez que el Capitán Galilea le quita la placa y la pistola a Marta! — Terminó la frase con una fuerte carcajada — ¡Y le conociste en el hospital!

—Bueno chicos. ¡Al grano! —
Intervino Marta.

—A ver, lo que tengo hasta ahora. El inglés Peter Horton, llevaba en Madrid tres días, llegó el jueves y su billete de avión indica que tenía la salida para mañana lunes a las nueve de la mañana. Ha venido solo, ni secretaria, ni ayudante ni nada de nada.

—¿Un banquero en viaje de negocios y no le acompaña nadie?

—Sería un solitario desconfiado, Marta ¿Y yo qué sé? Bueno a lo que estaba. En lo que va de año ha venido en las mismas circunstancias una docena de veces. Siempre se ha hospedado en el mismo hotel. Está casado y tiene cinco hijos, personaje muy religioso y no le hemos detectado

que tuviera amantes o cualquier otro vicio. Sus cuentas están saneadas y no hay rastro de movimientos fuera de lo normal.

—Vamos, una joyita aburrida.

—Sí, Marta, te encantaría.

—Bien Carlos, lo primero que vas a hacer mañana es acercarte por el hotel y sacar información de los

pasos que daba mientras estaba en Madrid.

—Primer problema Marta. Mañana se van a acercar Carmen y Raúl con escopeta.

—¿Escopeta?

—Sí, según órdenes de tú Capitán, Roberto ha de acompañarles en todo momento.

—¡Joder! ¡Habrá que adelantarse!

—Si quieres me puedo acercar esta tarde.

—¡Genial Carlos! ¡Eres un amor! ¿Qué más tenemos?

—El velo que cubría su rostro es especial, tiene una marca en una

esquina, si es una referencia de origen podemos averiguar también algo por ahí.

—Oye, Carlos ¿podemos ver la marca que hay en ese velo? —
Intervino Francesco.

—Mejor aún, tengo una foto de la marca y ahora solo falta cotejarla con otro velo.

Carlos miró a Marta y esta asintió. Francesco estaba intrigado, vio como hurgaba en su bolso y sacó un velo negro que extendió sobre la mesa. La marca del velo que cubría el rostro de Peter Horton era idéntica a la que tenía el que ellos tenían en su poder. Marta se dirigió a Francesco.

—Ahora te toca a ti. ¿Esta es la misma marca que aparece en el resto de los velos?

—No, en las ejecuciones que tenemos constancia, incluida la de tu tío, esta marca no aparece, es completamente distinta.

—Bueno, pues se confirma una de las cosas, hay dos organizaciones. La que tú sigues por el robo de las obras de arte y por... —Francesco interrumpió a Marta, no quería que el resto de la información sobre el Vaticano llegara a Carlos.

—¡Cierto Marta! esto nos confirma esa idea y nos abre otros campos. Esta segunda organización tiene pinta de ser enemiga de la Orden de la Luz e imita sus ejecuciones.

—O... ¡Ejecuta a miembros de la Orden de la Luz con sus mismas armas!

—Lo que nos llevaría a un enfrentamiento entre ambas

órdenes, nos falta averiguar el motivo —intervino Carlos mientras miraba a uno y otro según hablaba. Aunque al que menos perdía de vista intentando detectar todo lo posible en sus expresiones era a Francesco. Por algún motivo no tenía mucha confianza en él.

—Esa será una de nuestras primeras líneas de investigación, averiguar que liga a las dos organizaciones, Marta y yo revisaremos toda la documentación

que tengo mientras tú estás en el hotel.

—Bien Francesco. Otra información que tengo que daros es que se han encontrado varios tipos de bala en el cadáver. La de los pies y las manos son de un 9mm; pero la del pecho es un 45mm y los chicos de la técnica me han dado una alegría. Esta última coincide con munición encontrada en el tiroteo de esta mañana en la cafetería.

—¡Joder con los científicos! ¡A eso se le llama rapidez! ¿Alguna coincidencia con la munición encontrada en el hospital, o es demasiado pronto?

—No, Marta, en el hospital no se disparó la misma arma; pero...

—Pero... ¿Carlos?

—Esta mañana se ha producido un triple asesinato en una finca de Loeches. Lo lleva la Guardia Civil y me he puesto en contacto con un amigo que tengo en Comandancia. Tiene pinta de un ajuste de cuentas. Los tres muertos son de raza árabe y en dos de ellos las balas coinciden con el arma del 45mm.

—¡Vaya mañana de domingo!
¿Pero en que se está convirtiendo Madrid, chicos?

—Desde que habéis aparecido tú y tus organizaciones habéis convertido esto en una Sicilia cualquiera.

—Tranquilo Carlos —Intervino Marta— ¿Tienes algo más?

—Si, en el caso de Loeches, han encontrado unas huellas recientes de un vehículo, tipo furgoneta o monovolumen.

Marta se levantó de la mesa, invitó a trufas a sus dos compañeros y dio un sorbo a la copa de cava, su cara resplandecía. Tomó un cigarrillo y se sentó nuevamente en el sofá.

—Empezamos a hilvanar esto un poco, compis. De madrugada asesinan a Peter Horton miembros de una Orden de la que aún no tenemos casi ninguna información. Según el barrendero, fueron cinco hombres que huyeron en un

monovolumen. Se dirigen a una finca en Loeches y dos de ellos suponemos que acaban con la vida de los otros tres.

—Vas bien Marta —Intervino Carlos—, leyendo con detenimiento la declaración del barrendero, los tres árabes iban atrás, por lo que podemos deducir que los cabecillas son los que los recogieron y acabaron con ellos. Luego se dirigieron a Goya y nos tirotearon. También tenían apariencia

musulmana.

—No todos, Carlos. Al que seguí fuera era de aquí, le oí gritar que arrancara el coche al conductor... ¡Espera! El coche en el que huyeron era una Carnival clara. El vehículo también coincide.

—Entonces tenemos una línea con los ejecutores y los que atentaron contra vosotros.

—¿Y qué pintábamos nosotros, Carlos?

—No lo sé, Marta. Pero por algún motivo querían algo de alguno, de ti o de Sebas. Yo no estaba en el hospital cuando volvieron, solo estabais Francesco y tú.

—Marta, en el hospital, los que abatimos llevaban subfusiles, ninguno llevaba pistola, por eso no

se han encontrado casquillos del 45. Eso quiere decir que nuestro hombre no estaba allí.

—O que les esperaba en el coche, Francesco.

—Bueno, yo ya os he dado toda la información que he podido conseguir.

—Muchas gracias Carlos, eres

el mejor compañero que he tenido.

—Sí, Marta; pero sólo cuando te apetece.

—Sabes que soy un poco solitaria y que a veces hago cosas que no quiero que te salpiquen.

—Si... ya, ya... bueno vale... ahora, si me disculpáis voy a acercarme al hotel. Quiero dejar

zanjado todo lo que podamos antes de que acabe el domingo.

—Muy bien, guapo, dame un beso. Y llámame cuando termines.

Marta y Carlos se abrazaron y le acompañó a la puerta del piso de Francesco para despedirle y aprovechar para comentarle algo por lo bajo.

—Carlos, intenta hurgar en el expediente de Galilea, no sé por qué me da que Francesco le conoce bastante bien.

—Esa impresión me dio también a mí, Ten cuidado con lo que te dice y hace, no creo que te esté dando toda la información, es más, creo que necesita algo de ti y no tu cuerpo precisamente preciosa.

—No te preocupes, Carlos.

Venga nos vemos.

Marta cerró la puerta y se acercó a Francesco; pero pasando por el mostrador de la cocina y tomando en sus manos las dos copas de cava.

—Bueno Francesco. Creo que se nos va abriendo la luz en este caso. ¿Revisamos ahora lo que tienes tú?

—Excelente. Tengo este informe que tiene prioridad, robaron una excelente pieza, el cuadro de la Magdalena de Giovan Pietro Rizzoli, Giampetrino, discípulo de Leonardo da Vinci y un Cristo Crucificado de Mateo Cerezo.

—¡Vaya! ¿En qué iglesia se encontraban?

—En la Capilla del

Condestable.

—¿Y... eso está en...?

—¡Marta, en la Catedral de Burgos!

—¡Hostias! Digo ¡Joder!
Perdón curita.

Francesco hizo caso omiso al desconocimiento cultural de Marta

y a sus tropiezos con el vocabulario cuando hablaba con él.

—Tenemos constancia que el reemplazo tuvo que realizarse hace un mes. Esto le da más importancia porque podríamos tener más pistas sobre el caso al ser más reciente y si averiguamos algo nos acercaría a los demás.

—¿Hay muchos?

—Muchos, Marta, y muy valiosos.

—¿De cuánto hablamos en el caso de la Catedral de Burgos?

—No se puede dar una cifra, su valor es incalculable; pero en el mercado negro, por la Magdalena podrían sacar más de cuatrocientos mil euros.

—¡Coño! Pues a esa media y con la cantidad de expedientes que tienes, es una pasta.

—Sí, de paso que expolían los tesoros de la Iglesia se financian para poder derrocarla.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Francesco?

—Dime Marta.

—He observado que el informe que me has enseñado tiene una marca amarilla, como el resto de todos los que están en esta masa. Por supuesto doy por hecho que todos se refieren a los robos.

—¡Pues claro, Marta!

—¿Entonces, Francesco, todos los que tienes en la cocina

marcados en azul, a que se refieren?

El silencio quedó en la estancia, mientras Marta esperaba la respuesta, Francesco pensaba rápidamente en qué o como contestarla.

18

Julián Santos sostenía en su mano una maravillosa copa de un finísimo cristal sentado en el sillón de su sala de recepciones. Esteban Rubio le servía una generosa cantidad de “*Cardenal Mendoza*”, procedió a llenar su copa y se sentó frente a él.

—Cuéntame Esteban, esta mañana en la reunión llegaste muy

apresurado, ¿se te agolparon los acontecimientos?

—Julián, tu sobrino Federico es un desastre; no sé cómo se te ha podido ocurrir que le formemos para que entre en la organización.

—Deja a un lado el tema de mi sobrino. ¿Cómo llevas tu misión en Amanecer Negro?

—Estoy muy bien introducido en esa organización; pero se esconden excelentemente. Hasta ahora todas las órdenes han sido por teléfono. En la ejecución de Peter no tuvimos ningún problema.

—¿Por qué escogerían a Peter para ejecutarlo y exponer a la Orden de la Luz, ahora?

—No lo sé Julián; pero me encargó acabar con Sebastián

Martínez, al parecer debe tener cierta documentación que le es muy valiosa para su cruzada contra la Orden de la Luz; pero lo que más le sorprendió fue enterarse de que Castro estaba allí. La quiere ejecutada esta noche.

—Eso no podemos permitirlo de momento. Tienes que evitarlo. Necesitamos a Castro viva. Lejos de este tinglado pero viva.

—Si no la mato esta noche, seré yo el muerto mañana por la mañana.

—Eso no me preocupa, sabrás evitarlo perfectamente, como siempre mi viejo amigo, como siempre. Vamos a mandar a algunos de nuestros hombres a la casa de Sebastián Martínez y la pondremos patas arriba para ver lo que encontramos, después puedes matarlo.

—¿Quieres que envíe a tu sobrino al frente de ellos?

—No seas sarcástico Esteban; pero si, mándale a él, que se vaya desfogando un poco más y que no sea tan rápido sacando la pistola, ese facha hijo puta que tengo por sobrino se cree un pistolero. Contrólamelo.

—Muy bien Julián.

—Llama a Ramón Sastre, si ya ha terminado con la Guardia Civil por los muertos que dejasteis en su casa, que le haga una visita a Marta Castro, necesitamos saber qué interés tiene tu otro jefe en ella... ¡y que la secuestre!

—¿Qué la secuestre? ¿Con qué fin?

—Así ganas tiempo ante los de Amanecer Negro y podemos

averiguar algo más.

—¿Cómo es posible que una mocosa como Castro sea punto de interés para los tres?

—¿Tres, a que tres te refieres? La Orden de la Luz, Amanecer Negro y ¿Quién es el otro?

—Pensé que estabas al día, Francesco Siriani está con ella.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Así que mi queridísimo Santo Padre ha mandado a su caniche a investigar?

—Estaban juntos en el hospital, entre los dos acabaron con los hombres que mandé.

—Pues dile a Ramón que tenga cuidado. Siriani no se anda por las ramas, que aproveche cuando

Castro esté sola.

Esteban asintió las palabras de Julián y se levantó a por un par de cigarrillos.

—Efectivamente tienes razón Esteban, ¿Qué interés tendrá también Su Eminencia con la señorita Castro?

—Su padre fue compañero de

Paolo, quizá, sin saberlo ella, tenga información de algún tipo de averiguaciones que hiciera entonces y que no llegaron a la Iglesia.

—O quizá no las tenga ella.

—¿Qué quieres decir Julián?

—El interés de Amanecer Negro por acabar con Sebastián. Puede que él sea quien tenga esa

información y si lo eliminan ya no podrá hacérsela llegar ni a ella ni a nadie más.

—Está claro que quieren atar todos los cabos sueltos antes de empezar la gran batalla.

—Y en esa misma tesitura se encuentra la Orden de la Luz, algo descubrió José Castro y ese algo lo quieren las dos mayores organizaciones eclesiástica que

conozco y que quieren controlar la Iglesia.

—Marta Castro está metida en un buen lío.

—Pero nos va a venir muy bien para nuestros intereses, cuando Ramón la secuestre, quiero que llegues tú y la liberes. Quiero que nos vea como los verdaderos salvadores de la Iglesia, las víctimas, me la traes aquí le vamos

a pedir su ayuda.

—¿Y qué le digo a Ramón?

—¿A Ramón? ¡Nada, mátaele!

—Siempre nos ha sido fiel.

—Sí; pero... lleva un mes sin venir a misa.

19

Carlos acababa de llegar a uno de los más lujosos hoteles de Madrid, en el Paseo de la Castellana, allí era donde estaba hospedado Peter Horton, esperaba poder entrar en la habitación y que sus compañeros no la hubieran dejado muy desordenada. Cruzó la gran sala y se dirigió hacia el mostrador de recepción. Sacó su placa y se presentó.

—Buenas tardes, soy Carlos Seoane de la Policía Nacional.

—¿Sí, agente? ¿En qué puedo servirle? Ya han estado aquí sus compañeros hace un par de horas.

—Lo sé; pero ya sabe cómo son estas investigaciones, un extranjero que muere aquí... nos movilizan a varios departamentos, ahora tenemos que dar explicaciones a la Embajada.

—A sus compañeros les atendió personalmente el Director y el Jefe de Recepción.

—¿Puede avisarles, por favor?

—El Director está ocupado en estos momentos con otro cliente, precisamente amigo de Míster Horton.

—¡Vaya! ¿Pensé que había venido sólo como en otras ocasiones?

—Sí señor, Míster Horton siempre viene solo pero suele reunirse con el señor Largo en todos sus viajes.

—Señor Largo —anotaba Carlos tranquilamente en su libreta — ¿Y su nombre de pila?

—Santiago, señor. Santiago Largo.

—¿Sabe usted a que se dedica el amigo del Señor Horton?

—La verdad es que aquí no disponemos de mucha información de nuestros clientes.

—¿Cómo se llama usted?

—Paco, señor.

—Verás Paco, admiro la confidencialidad con la que tratáis a vuestros clientes; pero estamos ante el asesinato de súbdito inglés, persona de relevancia en su país, necesitamos saber todo lo que podamos para dejar tranquilo al Embajador del Reino Unido. Ya te puedes imaginar los follones que esto nos trae a todos.

—Don Santiago Largo es un mecenas de la cultura, patrocina muchas galerías de arte y tiene varias empresas.

—¿Así que le va el tema ese de los cuadros y obras de arte?

—Sí, es una persona muy exquisita.

—Eso quiere decir que deja

buenas propinas ¿verdad?

—Bueno... también... es muy generoso con el personal del hotel.

—Ya, suele ocurrir en las personas “muy exquisitas”. ¿Tienes algo más sobre el señor Largo?

—Su esposa es una gran benefactora de la mismísima Catedral de la Almudena, de hecho,

alguna vez he visto al señor Largo reunirse aquí con Monseñor Santos. Esta misma mañana sin ir más lejos. Muy temprano por cierto y debía ser una reunión urgente por que Monseñor Santos tenía bastante prisa.

—¿Sobre qué hora se vieron Paco?

—Pues verá señor...

—¡Joder, deja ya lo de señor!
Llámame Carlos, tío.

Después de oír las últimas palabras de Carlos el recepcionista se relajó y acomodó sus codos sobre el mostrador acercándose confidencialmente a Carlos.

—Pues verás, Carlos, serían sobre las ocho de la mañana, se presentó sólo y le esperó en la cafetería. Al poco llegó el Señor

Largo con sus secretarios personales.

—¿Secretarios? ¿Tiene más de uno?

—Sí, Carlos. Suele ir siempre con sus dos secretarios, los lleva vestidos iguales. Da igual que sea invierno que verano, siempre con sus trajes negros. ¡Mira! Allí tienes uno, en la puerta de la cafetería.

—¿Y el otro?

—El otro siempre está cerca del Señor Largo, para firmar las notas, atender el teléfono, ya sabes, Carlos, cosas de secretario.

Carlos sonreía ante las explicaciones de Paco, no podía distinguir a unos simples secretarios de unos matones guardaespaldas.

—¡Si claro! ¡Cosas de secretarios! ¡Qué sabremos nosotros! ¿Verdad? —Los dos explotaron en una no muy sonora carcajada por el lugar donde se encontraban.

—¡Oye, Paco! Necesito que me hagas un par de favores.

—¿Cosas de la investigación? ¡Me encanta! Soy un lector asiduo de novelas policíacas.

—Pues me vas a venir como anillo al dedo para ayudarme un poco con la Embajada inglesa. Necesito que cuando el Director deje de estar reunido con Santiago Largo, me lo presentes; como si nos hiciéramos los encontrados.

—¡Perfecto! Eso no va a suponer ningún problema.

—Y ahora necesito subir a la habitación del señor Horton para ver que mis compañeros no se hayan dejado nada sin poner en el informe que me han pasado.

Paco se apartó del mostrador y se dirigió al ordenador que tenía junto a él, lo estuvo manipulando unos instantes y le entregó una tarjeta con un guiño.

—Por aquel ascensor,

habitación 707. ¡Suerte compañero!

—¡Gracias, Paco... digo compañero!

Carlos también le lanzó un guiño de complicidad con una gran sonrisa y se dirigió hacia el ascensor. En su mente un pensamiento: Estos tipos son los mejores para sacarles información, no hay nada como querer ser detectives en sus fantasías. Cuando

se abrió la puerta del ascensor tropezó con otros dos hombres con pinta de “secretarios” de Santiago Largo, le bastó rozarse un momento para detectar que uno de ellos llevaba un arma en la sobaquera, por lo que podría deducir dos cosas, la primera que todos iban armados y la segunda que trabajaban para el mecenas del arte.

Tras excusarse con ellos entró en el ascensor y pulsó la séptima planta. Mientras subía contemplaba

el interior de la cabina, ¡joder! Hasta los ascensores eran de lujo. El pitido le indicó que había llegado, se detuvo un momento para comprobar que pasillo debía tomar y fue hacia la habitación 707. Abrió la puerta sin ninguna dificultad.

En su interior la habitación estaba intacta. O una de dos, o sus compañeros no había tocado nada o el servicio de limpieza ya había realizado su faena, como es lógico, encargada por el Director del hotel.

Rebuscó en el armario y encontró el vestuario perfectamente ordenado, varias camisas, todas blancas, impecablemente planchadas, un par de trajes oscuros y tres corbatas muy austeras. ¡Típico de banqueros! Se dijo. En los cajones, la ropa interior y calcetines estaban también perfectos.

En el estante inferior cuatro pares de zapatos negros. Nada más... le llamó la atención que no había ningún abrigo o chaquetón y

viniedo del reino Unido es de suponer que algo de ropa de ese estilo hubiese traído; pero podía ser un hombre muy caluroso.

Algo apartada estaba su maleta y su porta trajes. De fina piel, estaba claro que su gusto era bueno. Cotilleó un poco en su interior, tres estupendas perchas para trajes y suave olor a elegancia...

—¡Un momento! ¿Qué tenemos

aquí viejo zorro? Tres perchas de traje y sólo tienes colgados dos. Bien, en algún sitio tiene que estar el traje que falta.

Se hizo cargo de esa deducción puesto que sabía que ese tipo de porta trajes normalmente usas las perchas que sueles llevar en tus viajes y viendo como era el tipo, si había tres perchas, tenía que haber tres trajes. Bien, ya tenía algo que buscar.

En la mesilla de noche no había tampoco nada, ni documentación, ni reloj, ni ningún tipo de joya o adorno. Miró en los cajones y nada, completamente vacíos. Seguir allí era una pérdida de tiempo. Habían limpiado concienzudamente la habitación. Antes de marcharse quiso mirar el baño y como no; impecable. Había un armario pequeño sobre una de las estanterías bajas donde se dejaban las toallas, lo abrió y por fin encontró algo, que le sirviera o no

era otro cantar.

Algunas medicinas. *Almax*, *Almax...* y más *Almax*. ¡Joder, su estómago no debía de estar muy tranquilo! Junto a ellas vio los restos de un blíster completamente vacío, lo giró y comprobó que era *Diazepam*. Algo muy corriente en estos días y en estos tipos.

Quiso dar otra vuelta por el armario, en todos los hoteles había

una caja de seguridad y este no iba a ser menos, se agachó para llegar al fondo del armario y comprobó si estaba cerrada. En efecto, ¡qué tontería! ¿Para qué iba a tener una caja de seguridad abierta? Al ir a levantarse encontró un cinturón en el suelo. ¡Es cierto! ¡Se le había pasado ese detalle! No había encontrada ningún cinturón. Lo recogió y lo puso sobre la cama, la hebilla era curiosa, le recordaba a algo. No sabía a qué pero lo había visto en algún sitio y averiguaría

donde; le hizo un par de fotos con el móvil para poder observarla después con más tranquilidad.

Se dispuso a devolverlo a su lugar pero al cogerlo, sus dedos notaron algo en el interior de la piel, palpó con mucho detalle y descubrió una abertura, de allí, sacó una tarjeta. No le decía nada los datos que figuraban pero también se la llevaba como prueba, Si no la habían encontrado antes, nadie la echaría en falta.

Dio por terminada su comprobación y se marchó de la habitación no sin haber dejado antes el cinturón en el lugar en el que lo encontró. Cuando llegó nuevamente a recepción buscó a Paco.

—¡Que pasa compañero, todo perfecto ahí arriba! Da gusto como tenéis todas las habitaciones.

—Estás en el mejor hotel de Madrid, la imagen es muy importante.

—Toma, te devuelvo la tarjeta de la habitación, no quiero que mi compi se vea metido en ningún lío.

—Muchas gracias Carlos.

Cuando le fue a entregar la tarjeta se dio cuenta que en el

bolsillo aún tenía el pendrive que había usado para copiar los datos del disco de Sebastián y no se lo había entregado a Marta. La llamaría para comentárselo por si quería verlo esta noche con calma. Había mucha información dentro.

—¿Qué me dices? ¿Puedo ver al señor Largo ahora?

—Aún está reunido con el Director, ¿quieres esperar en la

cafetería?

—Espero que no sea mucho tiempo, me esperan en comisaría; pero bueno, mientras tanto voy a hacer algunas llamadas.

—Perfecto Carlos, puedes acomodarte en aquellos sillones, dan bastante intimidad y desde ahí puedes comprobar cuando terminan la reunión.

—Gracias Paco, si se me escapa algo, dame un toque compañero.

—¡Descuida!

Carlos se acomodó y marcó el número de Marta.

—¿Marta? Estoy en el hotel. ¿Cómo lo llevas con el curita?

—Bien Carlos, estamos repasando los robos recientes, la verdad es que es una pasta gansa lo que se mueve en este negocio.

Marta, desde el piso de Francesco, se levantó del sofá donde estaban y se acercó a la cocina y así poder hablar un poco más tranquila con Carlos.

—¡Y no es cura, tío! ¡Bueno que has encontrado!

—Al mejor equipo de limpieza del mundo. Pero, incluso a los mejores siempre se les escapa una mota de polvo.

—¡Ese es mi chico! ¡Cuéntame!

—De momento sabemos que no se lo llevaron del hotel, falta un traje y el inglés apareció muerto en pantalones. Todos sus trajes van

con grabados con su nombre en el interior. Si encontramos la chaqueta, tendremos el lugar donde se lo llevaron.

—¡Genial Carlos! ¡Algo es algo!

—Nuestro amigo inglés, siempre que venía a Madrid se reunía con un tal Santiago Largo, y ¿adivina a que se dedica el señor Largo?

—¿Es su sastre?

—Muy bueno Marta, anda di algo sensato.

—No se me ocurre nada.

—Mecenas de arte o algo así, vamos que ya tenemos alguna relación con el tema de las obras robadas.

—Puede ser, esperemos que no sea una coincidencia, investigale.

—Estoy esperando que termine de hablar con el director del Hotel, llevan una vida reunidos. También nos encamina a cierta relación con la Iglesia. Su mujer es una gran benefactora de la Catedral.

—¡Vaya! Esto empieza a pintar

bien. Esa gente suele ser muy admirable y de fácil acceso.

—Pues no creo que ese sea el caso nuestro. Este tipo lleva ahora mismo a su alrededor cuatro matones armados.

—Éntrale con cuidado, no queramos levantar liebres que se nos vuelvan lobos contra nosotros, y menos sin estar oficialmente en el caso.

—No te preocupes, ¡ah! Dos cosas más, tengo una tarjeta que encontré, no entiendo nada de lo que dice, te mando una foto por el móvil y también el emblema que había en un cinturón que encontré en el suelo —Carlos manipuló unos segundos su teléfono para enviarle la información a Marta.

—Ya lo tengo Carlos, ahora lo vemos Francesco y yo.

—Oye Marta, antes no te entregué los ficheros del ordenador de Sebas, tengo el pendrive en mi bolsillo.

—¡Bueno, me lo das luego!

—¡Vale! ¡Pero como soy un desastre, voy a subir una copia a nuestro disco duro compartido! Me da la sensación que pueden quemar.

—Así los veo esta noche en la
cama

—¿Con Francesco?

—¡No, joder! ¡Ya me gustaría!
Pero este no creo que este por la
labor de tener una de las mejores
noches de su vida.

—Cómo andas Marta —Carlos

no puedo evitar reírse—, ¡madre mía! ¡Le has echado bien el ojo! Oye, te dejo, veo que nuestro amigo se queda libre y voy a abordarlo.

—¡Muy bien guapo! ¡Ten cuidado y llámame luego!

—¡Venga, adiós!

Finalizaron la conversación y se levantó hacia la recepción mirando

a Paco e indicándole con la vista que el Director se había levantado de la mesa. A medio camino le abordó uno de los guardaespaldas del Santiago Largo.

—¿Señor Seoane? ¿Carlos Seoane?

—Sí, soy yo —contestó Carlos muy sorprendido.

—Mi jefe, el señor Santiago Largo, quisiera verle un momento.

—¿Santiago Largo? No le conozco.

—¡Pero él a usted sí!

—Pues lléveme ante su jefe, será un enorme placer conocerle.

El guardaespaldas le cedió el

sitio y le indicó el lugar donde estaba la mesa de su jefe. Sitio que ya sabía de sobra donde era. ¡Pero bueno! Mientras se acercaba, su mosqueo fue subiendo mucho y comenzó a no perder de vista el lugar dónde estaba situado cada uno de los hombres de Largo, veía a dos y otro estaba detrás de él. A no ser que uno se haya retirado no lo tenía controlado; y estaba seguro que tenía que estar allí, siempre van de dos en dos.

Estaba a un metro de la mesa y Santiago Largo estaba de espaldas, ni se inmutaba y allí, junto a él, estaba el hombre que le faltaba.

—Señor, si es tan amable de sentarse.

—Gracias.

Miró fugazmente a Santiago Largo y se quedó mirando fijamente

a su guardaespaldas, cuando hubieron terminado los dos de observarse volvió la vista hacia su jefe que le esperaba con una cara sonriente.

—¡Señor Seoane! ¡Cuánto placer en conocerle!

—Lamento no estar dando saltos de alegría pero no tengo el gusto de conocerle a usted ni... ni a sus amigos.

—¡Oh, este es Gianni, mi secretario personal!

—Mucho gusto, Gianni. ¿Y usted es...?

—Santiago Largo para servirle a usted y a la Policía de Madrid en todo lo que pueda aportar a sus investigaciones por el desdichado suceso de esta madrugada. Aunque

pensé que ya no vendrían más policías, han estado toda la tarde aquí.

—¡Bueno! Ya sabe usted que siempre quedan flecos pendientes de última hora que solucionar. ¿No tenía ni idea que conociera usted a todos los agentes del Cuerpo de Policía de Madrid?

—¡No, por Dios! ¡Cómo voy a conocerlos a todos! ¡Sería

imposible!

Lanzó una carcajada que contagió a su secretario y a la que Carlos acompañó nerviosamente. De pronto la cara de Santiago Largo se volvió seria de repente y levemente volvió a esbozar esa media sonrisa cínica que tenía al principio.

—Pero conocer al compañero de Marta Castro siempre es un

placer.

Esa frase le desconcertó del todo, ellos conocían a Marta, estaban al tanto de que era su compañero y de que estaba allí en el hotel ¿Cuántas más cosas sabrían? Acertó de primeras, ese tipo no le caía nada bien y no era trigo limpio.

—¿Conoce a mi compañera?

—Personalmente no, aunque me gustaría. Sería una idea excelente que pudiera decirle de mi parte que me encantaría invitarla a comer y hablar de tiempos pasados.

—¿Tiempos pasados?

—Yo conocí a su padre, José Castro. Me asesoró estupendamente en unos temas sobre unas obras de arte. ¿Por cierto? No se lo he comentado, me dedico al Arte.

—Estupenda dedicación, Señor Largo. Yo no sabía que el padre de Marta también se dedicara al arte, era policía.

—¡Bueno, sí! Era policía, dejó de serlo, volvió a serlo... en fin... una persona un poco díscola con sus actividades pero muy buen investigador.

—Creo que esta conversación con quien debería tenerla es con Marta, ya que son temas familiares.

—¡Por supuesto, por supuesto, señor Seoane! Le ruego transmita a Marta Castro mi invitación para comer.

—Así lo haré caballero. Y ya que estoy aquí sentado con usted, ¿me permite una pregunta?

—No debería permitírsele; pero ya que es amigo de mi queridísima Marta, puede plantearla.

—¿De qué conoce usted a Peter Horton?

—Esa pregunta no se la respondería ni a la mismísima Marta Castro. Buenas noches señor Seoane, mi secretario le acompañará a la salida.

—Buenas noches.

Se levantaron de la mesa. Largo quedó en la misma posición, lo único que había movido mientras estaba sentado era su cabeza, el cuerpo seguía igual. Se le acercaron los otros tres guardaespaldas cuando llegó al acceso del hall.

—Da gusto salir bien

acompañado de los sitios.

—¡Recuérdelo Seoane! Es mejor salir así. Muy bien acompañado y completamente entero —le contestó Gianni.

Carlos quedó sólo en la puerta del hotel, miró hacia la noche madrileña. El domingo se acababa, había durado nada y se había hecho eterno. Tomó su móvil y llamó a Marta.

—Dime Carlos —contestó
Marta al otro lado de la línea.

—Santiago Largo sabe quién
eres y tuvo relación con tu padre,
¡joder! Sabía hasta mi nombre y que
yo estaba en el hotel. ¡Vigila al
italianito! Yo me voy ahora a casa,
mañana te cuento —colgó el
aparato y decidió dar un paseo.

20

En el piso de Francesco Marta acababa de colgar su teléfono.

—¿Todo bien, Marta?

—Si Francesco, era Carlos, que no tenía nada más y que se iba a dormir a casa. Y creo que yo voy a hacer lo mismo.

—¿Te vas?

—Sí, me has facilitado mucha información “nada apasionante” y tengo que digerirla.

—¿A qué te refieres con lo de “nada apasionante”?

—Qué llevas toda la tarde hablando de robos, de cuadros, de arte eclesiástico...

—¡Pero es nuestro caso!

—Sí, pero ¿Por qué tengo la sensación de que no me estás dando toda la información?

—¡Marta, por favor! Te estoy contando todo.

—¡Francesco! Hace un par de horas que te pregunté por las

carpetas de la cocina y solo me has dado evasivas.

—¡Marta...!

—Da igual, Francesco, no quisiera irme; pero creo que mañana va a ser un día también muy largo. Quisiera ir a primera hora a visitar a Sebastián al hospital, tendré que pasarme por comisaría para mis alegaciones a la retirada de la placa, en fin. Tendré lío.

—¿Cuándo nos vemos para continuar?

—¿A comer?

—¡Sí, pero esta vez elijo yo el restaurante!

—De acuerdo, nos vemos mañana.

—Descansa Marta.

—Gracias Francesco. ¡Ah! Y atiende a los mensajes que no han dejado de sonarte toda la tarde en el móvil. Alguien debe estar esperando noticias tuyas.

Francesco no dijo nada y Marta abandonó algo abatida su piso, no le preocupa cómo le daba la información; pero habría esperado más de él como hombre. ¡Joder, que

estoy buena! Se dijo. Cruzó el descansillo que separaba sus puertas y entró en su casa. Carmen ya había llegado.

—Hola preciosa, ¿Qué tal la tarde?

—Te puedes imaginar Marta, todos como locos. Galilea nos tiene fusilados, mañana tengo que ir al hotel donde se hospedaba el muerto ¿y sabes quién nos va a acompañar?

—Roberto.

—¡Joder, tía! A ti te da igual estar en activo que no, te enteras de todo.

—Esto es muy pequeño Carmen, muy pequeño.

—¡Esto es Madrid, joder!...
¿Qué te ocurre cielo? Te veo

abatida. ¿Es por lo de Sebas?

Marta se tiró en el sofá junto a Carmen y se colocó un cojín sobre sus rodillas.

—Sí, cariño, es por Sebas, por Galilea, por los recuerdos de mi padre, por todo. Carmen, el día se ha vuelto duro.

—Vete a descansar ¡anda! Yo

me encargo de lo que falte por hacer en la casa.

—¡No, aún no! Me voy al dormitorio pero quiere comprobar algunas cosas en el ordenador. Si me quedo dormida, ¡ni me toques! Pero antes, voy a darme una súper ducha.

Se levantó del sofá entre las carcajadas de las dos y se fue hacia el baño. Se fue quitando la ropa

cansinamente, iba a ser su segunda ducha del día; pero cambió de idea y comenzó a llenar la bañera, un buen baño relajante le sentaría mejor.

La bañera estaba ya por la mitad y ella envuelta en una toalla, se decidió a salir para prepararse una copa de vino blanco fresquito y que le acompañase en su baño. No vio a Carmen por ningún sitio, así que supuso que estaba en su dormitorio. Quería pedirle las sales

esas tan maravillosas que usaba ella, era una artista de las cremas cuando tropezó con uno de sus zapatos.

—¡Esta tía! Ya se deja hasta los zapatos por medio, Raúl le está quitando sus buenas costumbres.

Algo la detuvo de pronto. La lámpara de la mesita estaba tumbada, volvió la mirada y la puerta estaba entreabierta.

Retrocedió lentamente hasta la cocina. Se temía algo y sus armas estaban en el dormitorio; pero ella siempre guardaba otra en uno de los cajones de abajo. Tomó la pistola y cargándola silenciosamente se dirigió al baño. Mientras se ponía la camiseta y las bragas gritó a Carmen.

—¡Carmen! ¿Me puedes prestar tus sales de baño?

Esperó respuesta durante unos instantes, los mismos que el hombre que la amordazaba en su dormitorio le hizo una seña de silencio con el dedo y con los ojos le indicó que contestara.

—¡Carmen!

—¡Si tía, dime!

—Qué si me dejas las sales de

baño que tienes aquí, las del bote rosa.

—¡Claro, puedes cogerlas! Pero el bote rosa está vacío, hay un bote en tu habitación.

—¿Sólo hay un bote, Carmen?

—¡No Marta! ¡Hay dos botes! El otro lo tengo yo.

—Gracias preciosa, voy a por el de mi habitación.

Estaba claro que las dos se habían entendido perfectamente, le había indicado cuantos hombres había dentro y donde estaba cada uno, salió muy despacio del baño y se encaminó a su dormitorio, estaba a punto de abrir la puerta cuando...

—Muy listas señoritas, suelta la pistola Marta.

El hombre que sujetaba a Carmen salió del dormitorio apuntándola a la cabeza, Marta se giró lentamente y el segundo hombre apareció desde donde estaba oculto. Marta dejó lentamente la pistola en el suelo mirando a su compañera. De pronto, Carmen, hizo un movimiento brusco para desarmar a su oponente y Marta se revolvió contra el suyo. Era imposible, estaban muy bien preparados, Marta notó el golpe

frío del cañón de la pistola en su frente.

—¡Ni lo intentes!

Frente a ellos, Carmen consiguió que dejara de apuntarla con la pistola pero recibió un sonoro puñetazo en su cara que la dejó tumbada y sin saber dónde estaba. Ya en el suelo, le propinó una patada en el estómago y luego fue a pisarle la cabeza...

—¡Basta! —Le contuvo el otro hombre— Ya tiene suficiente, ni siquiera le dolerá ya.

Marta estaba temblando, acababan de entrar en su casa, habían conmocionado a Carmen en dos segundos y a ella la apuntaban con una pistola en la cabeza, y lo que es peor, estaba en bragas. El hombre que la apuntaba se dirigió a ella.

—¡Vístete!

La empujó hacia el baño y en presencia de él Marta terminó de ponerse los pantalones. No decía nada, solo observaba, miraba a su oponente, la pistola que llevaba, ¿una 45? No, no lo era, no podía ser el tipo que buscaban. No sabía que querían de ella; pero tenía claro que muy pronto lo iba a averiguar. Salieron del baño y permitió que

Marta se calzase los zapatos, le tiró su chaquetón y la empujó hacia la puerta.

Bajaron por las escaleras, tratando de no encontrarse con ningún vecino. Marta tropezó un par de veces y cada vez que le sucedía se llevaba un recuerdo en sus riñones con el cañón de la pistola de su amigo. Y ¡joder! El curita siempre aparece cuando ella salía de su piso y ahora ni aparece.

Llegaron abajo, un coche en marcha les esperaba con el conductor recostado sobre el volante. El otro secuestrador le avisó de que ya estaban aquí y no les respondió, al tocarle en la cabeza sacó sus dedos manchados de sangre.

Sonó un disparo seco, directo a su cabeza y cayó de espaldas contra el coche. El hombre que apuntaba a Marta la tomó de escudo y se giró hacia donde había notado el

destello del fogonazo. El tiro casi ni se oyó, el tirador oculto usaba silenciador. En un momento que el alejó el brazo de su pistola apuntando hacia un lateral, Marta le propinó un codazo en el estómago y se separó unos centímetros de él. Suficiente. Dos disparos secos a la cabeza, cayó fulminado sobre la acera. Ni un ruido, ni un gemido, una operación muy limpia de sea quien fuere su salvador. Ella se agachó rápidamente y tomó la pistola de su secuestrador.

—¿Señorita Castro? ¿Se encuentra bien?

—¿Quién es usted?

—¡Tranquila, voy a salir! Me llamo Esteban Rubio y pertenezco a la guardia privada de Monseñor Julián Santos.

—¡Salga de una vez, quiero

verle y con la pistola arriba y a mi vista!

Marta apuntaba con el revólver que tenía en sus manos hacia el lugar de donde provenía la voz. Esteban Rubio apareció tal y como ella le había indicado, sonrió y lentamente le mostró como guardaba su pistola en la sobaquera. Marta no dejaba de apuntarle.

—Puede guardar su arma señorita Castro.

—Puede seguir hablando señor Rubio, hasta que no me explique qué ha ocurrido aquí no la bajaré y convénzame rápido o la policía llegará en dos minutos.

—Estoy siguiendo a estos hombres desde esta mañana, les he visto involucrados en un par de tiroteos donde usted estaba

presente, por eso la he reconocido ahora.

—¿Y sólo con verme ya sabe mi nombre?

—¡No me negará que con todo lo que está ocurriendo hoy en Madrid su nombre puede pasar desapercibido!

—Pues debería, no estoy en el

caso, no soy relevante.

—En el lugar dónde yo trabajo tenemos mucha información sobre los agentes de todos los cuerpos de policía, una de mis obligaciones es coordinar la seguridad de Monseñor Santos y debo estar muy informado.

—Bien, ahora que ya sé que la Iglesia me tiene vigilada, ¿cuénteme lo que sepa de estos tipos?

—No mucho, teníamos un soplo de que intentaban realizar algún tipo de atentado en la Catedral.

Marta comenzó a relajarse y se guardó la pistola en el bolsillo del chaquetón.

—¿Un atentado contra el Cardenal?

—Arzobispo, señorita Castro, es Arzobispo.

—¡Lo que sea el cura ese! ¿Iban a atentar contra su vida?

—¡No! Aunque le parezca mentira no es una persona tan importante, lo que intentaban era robar alguna pieza de la Catedral o quizá el cuadro que Monseñor tiene en su dormitorio. No sabemos; pero lo que tenemos claro es que se

trataba de un robo. Últimamente, la iglesia está sufriendo muchos de estos.

—¿Últimamente? Con lo bien que guardan sus secretos y con lo que se oye por ahí, a ustedes les llevan robando veinte años.

—¡Bueno! Es cierto que hemos sufrido algunos casos aún sin resolver pero pensamos que estos hombres nos acercarían a alguna

pista fiable. Lo que no me imaginaba es que vinieran a su casa y a por usted. ¿Tiene alguna idea de porqué es su objetivo?

—¡No! En estas últimas horas estás pasando tantas cosas que soy incapaz de quedarme con nada.

—¿Señorita Castro, podría pedirle que me acompañara a la Catedral y hablara con Monseñor Santos? Quizá nos ayudemos

mutuamente en este lío en que estamos todos metidos.

—¡Vale! Deje que llame a comisaría para dar parte de esto, tengo que ver cómo está mi compañera y me gustaría que me acompañara un amigo.

—Su compañera está perfectamente, se lo puede asegurar, nos encargaremos de ello.

—¿Encargaremos?

—Nunca trabajo sólo, y cómo esto es un tema privado quisiera pedirle permiso para que mi... departamento se encargue de limpiar esta basura de la puerta de su casa.

No terminó la frase cuando llegó una furgoneta con varios hombres y en un momento evacuaron a los tres muertos y se

llevaron el coche de ellos. Oyó como le decía a uno de sus hombres que subiera y comprobara el estado de Carmen y que la llevara al hospital si fuera necesario.

—¡Son rápidos... en su departamento!

—Nuestra ropa sucia la lavamos nosotros. No se preocupe por su compañera, dejaré a uno de mis hombres cerca de su casa toda

la noche. En cuanto a su amigo, quisiera pedirle que lo evitara. Monseñor Santos no es una persona que se relacione con mucha gente, ya sabe, por la posición que ostenta.

Marta seguía recelosa pero ¡qué demonios! Le acababa de salvar la vida y le iban a dar explicaciones de lo que está sucediendo. Quería conocer a ese Monseñor, los peces gordos siempre saben bastantes cosas. Y el tema de Francesco...

¡que se quede a descansar en su cama! Marta Castro siempre ha ido de por libre y no iba a cambiar ahora por un bombón de tío por muy para comérselo que estuviera. ¡Pero, joder, como estaba! En sus pensamientos vio cómo se acercaba un mercedes negro y Esteban Rubio le abrió una de las puertas de atrás invitándola a entrar en el coche.

—Cuando termine con la entrevista la traeremos nuevamente a su casa señorita Castro.

—Muy amable. ¿Quisiera pedirle un favor?

—Dígame señorita Castro.

—Quisiera hablar con mi compañero, Carlos, ¡El que quiere evitar! Que como he podido suponer también tiene información sobre él —fue un comentario jocoso moviendo divertidamente su

cabeza que hizo sonreír a Esteban.

—Sí, también... menos; pero también.

—El caso es que me he dejado el móvil en casa, ya sabes con las prisas y eso... ¿me podría dejar el suyo? Será una llamada muy corta, habíamos quedado esta noche y si llega y Carmen le cuenta lo que ha ocurrido se va a preocupar mucho, empezará a llamar a todas partes, a

comisaría...

—¡Está bien... está bien! —
Tuvo que interrumpirla ante la
pesadez de esa mujer—. Tenga mi
móvil.

—¡Uy! ¡Muchas gracias!
¿Esto... como se enciende? Es que
soy muy bruta con esto de los
móviles.

Esteban se lo desbloqueó y lo preparó para una llamada, volvió la cara para la ventanilla para darla intimidad pero sin apartar el oído de la conversación que tuvieran.

—¿Carlos? Hola cariño, no tranquilo, te llamo desde el móvil de un amigo. ¡Qué no, tonto! No es el móvil del curita.

Marta le dirigió una sonrisa a Esteban que se acababa de volver a

mirarla. Tuvo que retirar la cara, odiaba ese tipo de conversaciones con los “cariño”, “cielito” y esas cosas.

—Veras Carlos, que digo, que no te pases esta noche por casa. Me olvidé de comprar las pizzas y sólo tengo fiambre.

Carlos desde el otro lado del teléfono intentaba seguir la conversación que había empezado

Marta.

—¿Pero qué te pasa tía? ¿Qué forma tan ñoña de hablar es esa? Si yo no he quedado a cenar contigo... Espera... ¿no estás sola?... sigue hablando...

—Pues eso, que como el fiambre no te gusta, pues que no vengas.

—Estas en un lío y hay muertos.

¿El curita?

—¡Qué no chiquitín, no te pongas celoso, yo ya no estoy con él! Carmen está cansada y tiene un terrible dolor de cabeza y yo me voy a ir a tomar un bocata de calamares al centro.

—¿Esta bien Carmen?

—Si Carmen está bien, nada que no puedan arreglar dos aspirinas tomadas como le gustan a ella en la terraza del tendedero, ya sabes que siempre le gusta entrar por ahí a tomarlas.

Esteban comenzaba a ponerse nervioso y le hacía señas de que cortara la llamada. Marta lo evitó durante unos instantes más.

—¡Bueno, que tengo que

dejarte! Nos vemos ya mañana, ya sabes, no llames a Carmen, déjala descansar y no me llames me he quedado sin batería y mi amigo tiene que irse a no sé dónde, por lo que no tendré móvil.

—Lo tengo grabado ya, me acercaré a ver a Carmen por la ventana de atrás. Te tendré localizada y vamos a buscarte.

—¡No, qué no tonto! ¡Que no

vengas a buscarme! Prefiero estar sola; pero te voy a hacer un encargo, pásate por la farmacia y compra aspirinas que seguro que no tengo en casa y de paso recoges mis medicinas. Cómpralas en la de la calle Bravo Murillo.

—¿Bravo Murillo? ¡Esa no la pillo tía!

—¡Qué sí tonto! ¡Las que me han mandado en el hospital! ¡Hijo

con tanto tiro hoy estás que no te enteras!

Se apartó el móvil y le habló a Esteban haciendo gestos raros con su cara.

—¡Mi compañero, que cuando oye un tiro se desquicia!

Reanudó la conversación con Carlos rezando porque se estuviera

enterando de todo lo que le contaba, no podía seguir insistiendo con tonterías, Esteban no tenía pinta de tonto y podría darse cuenta en cualquier momento si no lo había hecho ya.

—¡Tú también cariñín y no vayas sólo por esas calles a estas horas. Te quiero. Un besazo!

Marta le devolvió el móvil a Esteban con un sonoro, ¡gracias! La

cara de Esteban era un poema. ¿Esa era Marta Castro? ¡Si parecía gilipollas hablando! El “*mercedes*” negro se perdía por el túnel de la Calle Bailén para poner a Marta a disposición de Julián Santos.

21

Carlos salió apresuradamente de su casa y en su coche realizó varias llamadas.

—¡Raúl, te necesito! Vamos a por Carmen; pero no entres en su casa espérame en el bar de siempre dentro de un cuarto de hora. Luego te cuento.

Marcó otro número en su móvil

y espero la respuesta. Comunicaba. Lo intentó nuevamente mientras el mismo se animaba.

—¡Vamos, vamos! ¡Cógelo! ¿Rosita? Hola cielo soy Carlos, necesito uno de tus favores especiales... por favor... es muy urgente... te mando un número de teléfono, dime a quién pertenece e intenta localizarlo por GPS. Gracias amor, yo también te quiero.

Carlos estaba llegando al punto de encuentro con Raúl, ni siquiera tuvo que buscar un aparcamiento, subió el coche a la acera y ahí lo dejó. Vio llegar a Raúl apresuradamente y salió a su encuentro.

—¡Cuéntame, Carlos! ¿Qué pasa?

—Eso es lo que vamos a averiguar, ha debido ocurrir algo en

casa de Carmen y Marta.

—¿Están bien?

—Por lo menos Marta, sí, he hablado con ella jugando a las películas por el teléfono, he deducido que hay alguien en su casa y también deben rondar alrededor. Vamos a entrar por casa de Carmen.

Aunque Carmen y Marta vivían

juntas, realmente cada una tenía un apartamento cuando se conocieron; después de un incidente en un caso de violación en el que anduvo metida Carmen y con el que tuvo algún que otro problema, Marta decidió que se fuera con ella. Así llevaban varios meses y estaban encantadas y teniendo en cuenta que el apartamento de Carmen era justo el de al lado...

Raúl y Carlos entraron al portal y subieron por el ascensor hasta un

piso por arriba de donde vivían las chicas. No se percataron que alguien les observaba desde la calle; pero contaban con ello. Del ascensor sólo salió Carlos, Raúl descendió dos pisos para salir en la primera planta. Su intención era acceder al rellano por las escaleras y cada uno desde un piso con la idea de que nadie les sorprendiera en la puerta del apartamento de Marta.

Carlos se detuvo a medio

camino de la escalera y aguardó hasta que vio a Raúl subiendo, se hicieron señas y continuaron muy despacio. Desde sus posiciones podrían controlar todo el pasillo en ambas direcciones.

¡Nadie, todo vacío! Podían continuar tranquilamente aunque Carlos rezaba porque no se abriera la puerta de Marta en ese momento y se toparan de frente con quien estuviera dentro, si es que había alguien aún ¡claro! Tampoco perdía

de vista de vez en cuando la puerta del “*curita*”; ese siempre aparece cuando menos te los esperas.

Carlos, que sin saber cómo era el portador de las llaves de los apartamentos de todos sus compañeros, rebuscó en el llavero la de Carmen y entraron dentro. Un fuerte suspiro se le escapó cuando cerró la puerta.

—¡Joder! ¡Se me va a salir el

corazón, coño! ¡Qué día llevamos, tío!

Raúl, se encogía de hombros, era conocido por su torpeza y sobre todo cuando estaba cerca de Carmen; pero probablemente era el tío más templado de todo el grupo.

—¡Venga, Raúl vamos a la terraza!

Se asomaron por la barandilla para comprobar si había gente por la calle, intentaron divisar si alguien pudiera estar oculto; pero la posición del balcón era excelente y nadie les vería saltar a la terraza de Marta. La acción era sencilla, sólo las separaba una mampara con una puerta de acceso. ¡Y tenía la llave!

La luz del salón estaba apagada, aún no se atrevían a entrar, si Carmen tenía un acompañante podía estar sentado perfectamente en el

sofá a oscuras o en cualquier otro lugar. Comprobaron que por debajo de la puerta de la habitación donde dormía Carmen, estaba iluminada. Era el momento de entrar. Desplazaron lentamente la puerta corredera del balcón y agachados, cada uno se movió hacia una dirección.

Ya habían sacado sus armas. En el salón no había nadie. El apartamento no era muy grande así que era fácil de controlar. Dos

habitaciones, un baño, el salón y la cocina comunicada. Raúl abrió lentamente la puerta del baño y con una seña le indicó a Carlos que estaba vacío.

El siguiente paso era la habitación de Marta. Carlos, completamente agachado empujó la puerta que estaba entreabierta y se coló dentro. También vacía. Bueno, si había alguien con Carmen estaba claro que estaban los dos juntos. Carlos habló con Raúl al oído.

—Cada uno a un lado, tiro al suelo la figurilla y atento a cuando se abra la puerta, no le vayas a atizar a Carmen.

—¿Qué figurilla?

Carlos miró a su alrededor y comprobó que no había nada que se pareciera a una figurilla cerca de él. Con un gesto de desesperación,

le señaló el cuadro que estaba a su lado. Raúl asintió y le puso cara de que se aclarase cuando diera instrucciones.

—De acuerdo, tranquilo, a la de tres.

—¡Venga! ¡Uno... dos... tres!

Carlos tiró al suelo el cuadro. No hizo mucho ruido pero

suficiente para que desde dentro de la habitación se produjeran movimientos. Los dos estaban tensos, atentos a ver quién salía desde dentro. La puerta se abría muy despacio... demasiado despacio... A Carlos ya se le podía notar el sudor por toda su cara y Raúl respiraba profundamente.

La puerta ya estaba completamente abierta y nadie salía de la habitación. Ninguno se atrevía a moverse. Fueron unos segundos

largos, muy largos. Había que tomar una decisión y quién la tomó fue Raúl, se giró de golpe apuntando con la pistola hacia el interior y... quedó clavado de rodillas. El dolor que acababa de sentir era insufrible, había soltado su pistola y se retorció por el suelo con las manos sujetando fuertemente su entrepierna. Acababan de darle una señora patada en los huevos.

Carlos le miraba mientras se guardaba la pistola y miraba al

agresor de Raúl. Ahí estaba Carmen, cambiando la expresión de su cara. Pasando de la tensión del momento a la extrañeza de la situación y al cabreo monumental cuando comprobó quién era el que se retorció en el suelo.

—¿Seréis gilipollas? ¿Cómo se os ocurre entrar así?

—¿Cómo estás Carmen? —
Preguntó Carlos.

—¡Ahora mismo, mejor que Raúl! Ayúdame a levantarlo.

—Aprovecha y dale unas friegas...

—¡Las pelotas se las tocas tú!
—Acabaron por tumbar a Raúl en el sofá dejándole que siguiera retorciéndose de dolor. Serían unos minutos más, ya se le pasaría.

Carlos y Carmen se acercaron a la cocina y tomaron un par de cervezas de la nevera.

—¡Cuéntame, Carmen! Ya he hablado con Marta y me ha puesto un poquito al corriente; pero... ¿qué ha pasado aquí?

—¿Marta está bien?

—¡Sí, está bien!

—Pues va a dejar de estarlo. Aquí ha habido un lío tremendo, al final ya no sé quiénes son los malos. Entraron unos tipos a por nosotras, yo me he llevado una buena paliza, aún me duelen las costillas.

—¡Si, tu cara también lo dice! Deberías ponerte algo en esa ceja

—Carlos le tocó levemente con sus dedos el corte que tenía, con la

sangre ya coagulada y con un increíble moratón en su mejilla.

—A partir de ahí, ya no recuerdo nada. Luego entraron otros dos tipos, que se identificaron como agentes de no sé qué, y me dicen que venían a ayudarme, que Marta se encuentra bien y que la llevaban a ver a su jefe.

—¿Dijeron algún nombre o algo?

—¡Ni me enteré, Carlos! Pero tampoco son de fiar.

—¿Cómo no nos llamaste antes?
¡Te has llegado a quedar sola!

—Me dijeron que para proteger a Marta y a mí, que no me moviera de la habitación. Abajo iban a dejar a dos agentes suyos. Después me quitó el móvil y tiró de los cables

del rúter y del teléfono.

—¡Sí, Marta me dijo que probablemente habría alguien fuera! Por eso hemos entrado por tu apartamento.

¡Bueno, vamos a buscarla!

—¿Con este así? —Carmen señaló al pobre Raúl que seguía tirado en el sofá.

Carlos lanzó una pequeña sonrisa y se acercaron a él para ver su estado.

—¡Venga, Raúl! ¡Que ya se está pasando! Perdona tío, no quería haberte dado tan fuerte —Carmen intentaba relajarle un poco.

—Hay algo que me dijo Marta que no acabo de entender...

—¿Qué fue, Carlos?

—Me dijo que antes de nada me pasara por la farmacia de la calle Bravo Murillo para recoger las medicinas que le habían mandado en el Hospital. ¡Ese acertijo no lo he pillado aún! ¿Qué hay en la calle Bravo Murillo?

—¡Ni puta idea, Carlos!

Raúl, bastante mejorado y haciendo saltitos sobre el suelo del salón para intentar bajar lo que teóricamente estaba subido, les contestó como si nada.

—Pues, en Bravo Murillo vive Sebas, ¿Cómo no sea eso?

Los dos se miraron y en el rostro de Carlos comenzó a notarse

mucha preocupación, Sebas ha estado en el punto de mira de los matones todo el día. Algo más ha debido averiguar Marta para que le indicara que fuera al domicilio de Sebas. Sus pensamientos se interrumpieron con el sonido de su móvil.

—¡Dime, Rosita!

—¡A ver, Carlos! El teléfono que me has dado antes está

registrado a nombre de una empresa. Inmobiliaria Estrella; y no me preguntes donde está, no existe, no hay datos de ella en ningún registro.

—¿Y has podido localizar su posición?

—¡Sí...! Más o menos está en Bailén, por la zona de la Catedral.

—¡Gracias preciosa, eres la mejor ¡te cuelgo y mañana te cuento, un besazo!

—¡Bien, chicos... hora de irse! Vamos a casa de Sebas y luego a buscar a Marta. Como nadie nos ha visto entrar saldremos los tres juntos. Los que están fuera no deberían de sospechar nada.

Salieron del apartamento hacia el ascensor. El descansillo de la

escalera quedó en silencio y el automático de la iluminación se apagó dejando completamente a oscuras el rellano.

Alguien más salió detrás de ellos, esperó sobre la barandilla de la escalera hasta que salieron por el portal, se giró y manipuló la puerta del apartamento de Marta. Sabía de sobra que no aparecería nadie por allí en un buen rato y tendría tiempo de sobra para todo. Francesco Siriani abrió la nevera de la cocina

de Marta y se sirvió una cerveza.

El “*mercedes*” negro se introdujo en un aparcamiento subterráneo de la Catedral que ella no había visto jamás. Nunca pensó que esa puerta era de acceso a vehículos. Se detuvo a unos metros y Esteban Rubio la invitó a salir del coche.

Sólo iban ellos dos, atravesaron una puerta y tomaron un ascensor

que los subió a la tercera planta. La estancia era impresionante, immaculada, con una gran cantidad de cuadros religiosos en sus paredes y salpicada de muebles que serían de los siglos esos que llevan muchos números romanos. A lo largo del pasillo estaban colocados cuatro hombres. Todos vestían igual, traje negro, camisa negra, corbata negra, ¡Joder! Se dijo Marta, ¡el sastre de estos tipos es un innovador!

Llegaron al final del pasillo y uno de los hombres les abrió la puerta. Cuando entraron vio como se le acercaba rápidamente otro hombre con una enorme sonrisa y los brazos abiertos dispuesto a darle un abrazo.

—¡Señorita Castro! ¡Cuánto me alegro que se encuentre perfectamente! No nos conocemos, permita que me presente, Me llamo Julián Santos. ¡Por favor, siéntese!

Marta no decía nada, le acompañó hasta la mesa del escritorio y se sentó en un cómodo sillón frente a él.

—Mucho gusto señor Santos, estoy un poco desconcertada. Como podrá imaginar... todo esto es muy extraño.

—¡La entiendo señorita Castro, la entiendo! Permítame que le de algunas explicaciones.

—¿Algunas, señor Santos? Creo que debería explicarse muy bien, soy policía, han intentado secuestrarme en mi casa hace menos de una hora, me han... ¿salvado? Unos hombres que al parecer trabajan para usted...

—Por favor, señorita Castro...

—Julián Santos interrumpió a Marta— Voy a explicarle todo lo que nosotros sabemos, sé que es

policía y queremos colaborar en todo lo que podamos.

—¡Señor Santos, por favor! ¡No me trate de idiota! Sea lo que sea lo que ustedes sepan tienen un protocolo de actuación con el Ministerio, usted puede dirigirse directamente al Ministro, al Secretario de Estado, al Director General de la Policía... en fin, a cualquier persona con rango suficiente y toma de decisiones antes que a mí. ¿Qué pinto

realmente yo aquí? ¿Qué quiere de mí?

—¿La verdad? —Santos se puso serio.

—¡La verdad, señor Santos!

—Lo cierto es que tenemos un problema interno que no ha salido a la luz, si se publicará ocasionaría bastantes dolores de cabeza a la

Iglesia.

—Soy policía señor Santos, no católica. Hable claro.

—¡Nos están robando! Desde hace unos años hay una organización dedicada al expolio de obras de arte de la Iglesia Católica. No podemos permitir que salga a la luz. Tampoco sabemos el fin que persiguen, quizá el enriquecimiento de algunos

coleccionistas; el caso es que esa banda de ladrones es perfecta. Nadie sabe nada de ellos, y sus operaciones nos están dejando con el culo al aire.

—Me alegra su sinceridad señor Santos, algo había oído sobre esos robos.

—Como podrá comprobar, señorita Castro, estamos intentando solucionar esto nosotros mismos,

con nuestros operativos. Pero no avanzamos nada. Necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? Por favor señor Santos, lo estaba haciendo muy bien.

Julián Santos miró a Esteban y le hizo una seña con la cabeza para que comenzara a hablar.

—Señorita Castro, permita que sea yo el que a partir de ahora la ponga en antecedentes. Esta mañana estábamos siguiendo una pista, intervinimos una conversación de uno de nuestros principales sospechosos. Su nombre salió en esa conversación.

—¿Mi nombre? ¿Y quién era ese sospechoso?

—Para usted es una persona

irrelevante. Montamos el operativo para seguirles y acabamos en su casa. El resto ya lo sabe usted.

—¡O sea, qué... yo estoy aquí de puñetera casualidad!

Marta no se estaba tragando nada de lo que estaba escuchando pero tenía que reconocer que estaba divirtiéndose una barbaridad.

—¡Señorita Castro! —Intervino Santos— ¡No es una casualidad, es una señal divina!

—¡Por el amor de Dios! ¿Señal divina, señor Santos?

—¿Por el amor de Dios, señorita Castro?

—¡Ya que estoy aquí, hablo su idioma por deferencia a usted,

señor Santos!

Esteban volvió a tomar las riendas de la conversación.

—Casualidad o no, señorita Castro, usted estaba allí y por algún motivo que desconocemos. Como compañeros en la protección de la ley que somos usted y yo, mi obligación era rescatarla, la pena es que tuvimos que eliminar a sus agresores y hemos perdido la pista

a la que nos llevaban. ¡Pero está usted!

Marta les contemplaba mientras Esteban hablaba; del cura no se creía nada de lo que decía, tenía la sensación que estaba jugando con ella; pero de Esteban... ese si le preocupaba, frío, le había visto actuar y sus explicaciones podían llegar a ser convincentes.

—¡Vuelvo a repetir! ¿Y qué

pinto yo?

Julián Santos se levantó de su sillón y se acercó a Marta sentándose en el borde de la gran mesa de escritorio que les separaba.

—¡Mucho, señorita Castro! ¡Por eso queremos pedirle ayuda! Por lo que sea querían algo de usted, le propongo que, averigüe lo que ellos querían, que investigue el asunto,

que nos mantenga informados de todo y nosotros le ofrecemos toda nuestra infraestructura para ayudarla. Usted es ahora un gancho al que podemos aferrarnos para avanzar en nuestra investigación.

—Verá señor Santos, y no es por no ofrecerle mi ayuda, soy funcionario público, tengo unos jefes, estoy metida en unos casos de trapicheo de drogas, un montón de expedientes por terminar...

Santos volvió a interrumpirla acercando aún más su cara a la de Marta.

—¡Usted está actualmente suspendida, señorita Castro!

En la cara de Marta pudo notarse su expresión de sorpresa. ¡Pues sí que están al día estos tíos de todo! Santos se levantó de la mesa y volvió a sentarse en su sillón.

—¡Venga, Marta! ¡Estamos con las manos atadas! ¡Llévenos hasta ellos y le entregaremos a los hombres que mataron a su tío y a su padre!

—¿Qué saben ustedes de mi padre? —Este comentario sí que había dejado a Marta completamente descolocada.

—Sabemos que estaba investigando estos robos por orden del Vaticano, sólo hay que sumarlos y dos. Su padre investigaba, nosotros también y los ladrones van a por usted. ¿Por qué, señorita Castro? ¿Por qué? Si los descubrimos juntos, descubriremos a esos asesinos.

Marta se levantó de su sillón y paseó unos segundos por el enorme despacho con las manos en los bolsillos de su vaquero. Los dos

hombres se miraban. Ella no se fiaba ni un pelo de los dos; pero mientras investigaba para ellos podría recabar mucha más información. Esta investigación se estaba yendo de madre. Demasiadas partes involucradas. Demasiada violencia y muchos muertos para tratarse de robos de obras de arte.

Estaba completamente perdida, no podía hilar ningún cabo sin contar con ayuda externa, aunque fuera de alguna de las partes

involucradas. Y Marta tenía muy claro que estos tenían mucho que ver también.

—¡De acuerdo! Les ayudaré, no me gusta nada pero me expondré a ellos. Deduzco que es lo que quieren, que vuelvan a por mí y les lleve hasta donde están ¿Cierto?

Julián Santos saltó de su asiento y se acercó a ella tomándola por los hombros. Marta se lo sacudió

elegantemente.

—¡No por Dios! ¡No queremos que se exponga! Si vuelven a por usted no sabemos que le harán, por favor, tenga mucho cuidado. Sólo manténganos informados de toda aquella información que le llegue y nosotros actuaremos.

—¡Con una condición!

—Diga señorita Castro.

—Que cuando ustedes intervengan yo esté presente en la operación.

Santos miró a Esteban preguntándole con la mirada. Esteban asintió y le respondió a Marta.

—¡Cuenta con ello, señorita

Castro! Usted estará presente cuando vayamos a por ellos.

—Decidido entonces... ahora...
¿Qué les parece si me dicen el nombre del que ha ido a por mí esta noche?

—Ramón Sastre, señorita Castro.

Marta se dio por satisfecha con

la respuesta y les dedicó una amplia sonrisa. Habían llegado a un acuerdo. Julián Santos la rodeó otra vez por los hombros y la acompañó hasta la puerta del despacho.

—Señorita Castro, no sé cómo agradecerle lo que va a hacer por nosotros. ¡De verdad!

—¡No se preocupe Señor Santos, ya se me ocurrirá algo!

—Esteban la acompañará nuevamente a su casa.

—Prefiero andar, muchas emociones hoy.

—Como guste señorita Castro, la acompañarán a la salida.

En el despacho quedaron Julián y Esteban, este último mandaba un mensaje por el móvil y Julián se

servía una copa de su brandy preferido: “*Cardenal Mendoza*”.

—¿Crees que se lo habrá tragado, Esteban?

—¡No, creo que es más lista de lo que aparenta! Tú, la quieres cerca de nosotros, tus motivos tendrás y espero que no te equivoques. Nada que huela a los Castro puede ser bueno para nosotros.

—¡Ni para los demás, Esteban!
¡Ni para los demás tampoco! Y eso
nos puede dar cierta ventaja.

—¿Ventaja? ¡No necesitamos
ninguna ventaja, necesitamos dar el
golpe definitivo!

—Dejemos que ese golpe lo dé
Castro, que saque a la luz ciertas
informaciones y que nuestros

enemigos vean que se han abierto sus frentes. Se preocuparán menos de nosotros y seguiremos como ahora, en la sombra. ¡Nadie sabe de nuestra existencia y todo seguirá así!

Marta contemplaba la noche de Madrid, el lugar era precioso, se sentó en las grandes escalinatas de la Catedral y se llevó un cigarrillo a los labios. La luz de las farolas recortaba su silueta cuando se apoyó con los codos en el escalón

superior.

—¿Pero qué hijos de puta?
¡Aquí están todos metidos hasta los
huevos!

Alguien se acercó por detrás y
le ofreció fuego con la llama de un
precioso mechero de oro.

—¡Francesco!

23

La calle Bravo Murillo mantenía un tráfico muy activo, aunque ya estaba entrada la noche y era domingo, el movimiento de esa avenida siempre era muy importante. Mezclados entre los transeúntes, los tres compañeros de Marta estaban detenidos frente al portal de su jefe.

Conocían perfectamente ese

domicilio, habían estado muchas veces en casa de Sebas. ¡Era un tipo genial! Y se portaba muy bien con ellos, a veces padre, a veces amigo y siempre confidente. Ahora estaba postrado en un hospital con un tiro en la pierna que no revestía ninguna gravedad. Para ellos era una situación especial, nunca se habían visto involucrados en casos de este tipo, eran bastante jóvenes y sus actividades diarias eran cosas de poca monta.

Sin saber por qué, debían entrar en casa de Sebas y buscar algo. ¿El qué? Se estaban preguntando. No tenían ni idea de que es lo que tenían que hacer o buscar. El caso es que Marta les ha indicado que vinieran aquí. Sea lo que fuere, está claro que tenía que ser dentro y no en la puerta de la calle. Llamaron al portero automático y esperaron respuesta.

Nadie contestaba y era lógico, Martina, la mujer de Sebas estaría

con él en el hospital y sus hijos probablemente estén con su abuela. Carmen fue la primera en hablar.

—Si no hay nadie, ¿me puede decir alguien como vamos a entrar en su casa?

—No podemos, precisamente de casa de Sebas no tengo llave —era Carlos el que respondió—; vamos a entrar en aquel bar y esperamos.

—¿Esperar? ¿A qué, Carlos?

—No lo sé Raúl. Pero vamos a esperar. Marta sabe que no podemos entrar en el piso e insistió mucho en que viniera. Lo mismo no pasa nada. Carmen los tomó del brazo a los dos y cruzaron la calle hacia el bar que les había dicho Carlos.

—¡Venir chicos! ¿Oye Carlos?

—¡Dime!

—En el tiempo que habéis estado juntos Marta y tú, hoy ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué habéis hablado? Intenta recordar algo tío.

Ya estaban los tres sentados en una mesa del bar, junto a la cristalera que da a la calle y desde

donde se divisaba perfectamente el portal de Sebas.

—Ya sabéis todo. El tiroteo en Goya, el otro tiroteo en el Hospital...

—Aparte de eso, Carlos ¿qué has investigado para Marta? Ella siempre te encarga cosillas en las que tú eres un hacha.

—Estuve intentando averiguar algo más del muerto de esta mañana, quién era, con quién se veía en España. Me pase por comisaría a ver los informes que había hasta ese momento y... —La cara de Carlos cambió de momento, acababa de caer en lo que Marta había podido intuir, ¿pero cómo no se le había ocurrido antes? Carmen se apresuró a preguntarle.

—Carlos, ¿y...?

—¡Pues claro! Sebas me encargó que pasara por su despacho y copiara cierta información que había en su ordenador.

—¡Joder, tío! ¿Te has metido en el “ordena” del jefe?

—No Raúl, Sebas me dio su contraseña. Quería que esa información no estuviera en su máquina. Por lo que podría ser muy lógico que quién esté interesado en

esos datos, si no los encuentra en su despacho, venga a buscarlos a su casa.

Carmen se inclinó sobre la mesa metiendo su cabeza prácticamente en medio de sus dos compañeros.

—¡Vamos a ver, tíos! ¡No me entero de nada!

—Esto es un puto lío, Carmen
—dijo Raúl.

—Aquí está pasando algo gordo que se nos está escapando chicos. Desde que esta mañana ha aparecido el muerto en la Puerta de Alcalá, aquí no hay nada que tenga sentido —Carmen se incorporó y comenzó a poner cara de detective de película dispuesta a dar una crónica de los sucesos. Sus ojos se elevaban ligeramente buscando las respuestas en su mente y una pícara

sonrisa aparecía en su cara. Raúl, ya no aguantaba más...

—¡Venga tía. Di algo!

—Sebastián es el primero en llegar a la Puerta de Alcalá y llama a Marta para darle el caso. Luego aparece Galilea, se lo quita y nos lo da a nosotros. Marta se quita de en medio, os vais a desayunar y se lían a tiros con vosotros. Si recordáis como quedó la cafetería, la parte

donde estaba tirado Sebas era un verdadero desastre, diría que se cebaron con él. Luego, en el hospital, llegan más pistoleros. ¡Está claro que a por quién van es a por Sebas!

—¡Bueno! —intervino Carlos—
Te recuerdo que a ti te han pegado una paliza mientras intentaban secuestrar a Marta.

—La vinculación de Marta la

vemos luego Carlos. Sigamos con Sebas. Él te encarga en el hospital que recojas una información que tiene en su ordenador, está claro que no quiere que caiga en manos de nadie que no seamos nosotros y sea lo que sea tiene que ver con el incidente de esta mañana. Marta lo intuye y nos dice que vengamos a su casa. Alguien va a aparecer aquí esta noche y nosotros vamos a estar esperando.

—¿Y qué pasa con Marta? ¿No

sabemos ni donde está ni siquiera si está bien?

—Marta está bien, Carlos. De eso estoy seguro. Si hubiesen querido matarnos los que aparecieron al final ya estaríamos muertas. Estoy segura que se pondrá en contacto con nosotros muy pronto.

—¡O a lo mejor se presenta aquí! —Raúl intervino.

—¡Cierto, Raúl! Marta sabe que por lo menos Carlos está aquí, así que es muy probable que cuando tenga ocasión pueda aparecer por casa de Sebas. ¡Ella si tiene llave de su piso!

Carlos estuvo atento en todo momento a las explicaciones de Carmen. Exactamente eso era lo que había sucedido. Le faltaba mucha información sobre el caso para ser

la investigadora; pero si había notado lo involucrados que estaban Sebas y Marta. Él, por su parte, no le contaría de momento nada a Carmen ni a Raúl. Esperaría instrucciones de Marta para poner al día a sus compañeros.

A pesar de lo inmiscuido que estaba en la conversación, sus ojos iban y venía hacia el portal de Sebas, en una de esas miradas observó cierto movimiento en la puerta.

—¡Chicos! Parece que se va a cumplir la teoría Carmen. Ahí tenemos visita.

Carmen y Raúl se giraron y controlaron también los movimientos de los cinco hombres que andaban por allí. Carmen reconoció a uno.

—¡Carlos! ¡El primero por la

derecha!

—¿Sí?

—Es el que estuvo conmigo en mi apartamento después de la movida. El que se llevó mi móvil.

—¿Así que vuestros salvadores son los que quieren la información de Sebas? ¡Quién coño es quién aquí! ¡Venga por ellos! Vamos a

identificarlos. Operación de rutina.

Los tres se levantaron y salieron del bar, Carlos se desplazó unos metros a la derecha de Carmen y Raúl para entrar lateralmente sobre el grupo. Cruzaron la calle y se acercaron, primero iba Raúl, ligeramente detrás, Carmen. Ambos con las manos sobre su cintura a la altura de las pistolas. Raúl sacó su placa y mostrándola hacia ellos les habló tranquilamente:

—¡Buenas noches, Policía Nacional! ¿Podrían mostrarnos su documentación?

El grupo se quedó parado unos instantes en el dialogo que estaban manteniendo y se volvieron hacia ellos. El más cercano a Raúl contestó con una pregunta.

—¿Ocurre algo señor?

—¡Nada, no se preocupen! Es un control de rutina, necesitamos que saquen su documentación y la dejen sobre el capó de este coche.

Carmen no perdía de vista al hombre que estuvo con ella en su casa, se había dejado caer hacia atrás para que la luz de la calle no le diera de lleno, como si quisiera que no le reconociera. Detrás de todos estaba Federico, el sobrino de Julián Santos, tapado por los tres primeros.

—¡Ahora mismo señor! Todos vamos a mostrarle nuestra documentación. Introdujo su mano en el interior de su chaqueta y no hubo que esperar más. Todos los ojos lo vieron en cámara lenta; Federico tenía ya su arma en la mano y disparó tres veces contra el cuerpo de Raúl. La escena era terrorífica. Raúl cayó a plomo contra el suelo, ni siquiera lanzó un gemido. Su pierna derecha se movía convulsionadamente y su cabeza era

un desastre. Dos de los disparos le entraron por la cara, el otro se perdió. Lo peor fue la salida de las balas, detrás de su cara ya no había nada.

Carmen ya tenía su arma fuera antes de que Raúl cayera al suelo y gritando como una poseída intentó buscar refugio en el coche que tenía junto a ella. La alcanzaron seis disparos de los muchos que sonaban en ese momento. Su cuerpo quedó hecho un ovillo en el suelo,

en posición fetal, con la frente apoyada en la rueda del coche. Ojos completamente abiertos mirando al hombre que un rato antes estuvo con ella. Le apuntaba directamente a la cara.

Lo único que sentía eran unas terribles ganas de toser, su pecho estaba inundado y el sabor agridulce que dicen que tiene la sangre lo notaba en todo su paladar. No podía cerrar sus ojos, no podía apartarlos del agujero negro del

cañón de la pistola de su “salvador”. Ya casi no veía nada, la oscuridad se apoderaba de ella; pero aún le dio tiempo a oír su nombre y más disparos.

—¡Carmen! —Carlos avanza a corriendo hacia ellos disparando su arma. Hizo que se separaran los cuatro hombres y disparó nuevamente hacía el que estaba apuntando a Carmen. Forzándole a abandonar la posición tan al descubierto que tenía. Todos

devolvieron los disparos retrocediendo y poniéndose a cubierto, todos menos Federico que se quedó en su sitio gritando a Carlos.

—¡Maldito hijo puta! ¡Te vas a enterar maricón de mierda! — Federico disparó otra vez contra Carlos; pero este ya estaba a cubierto y sus disparos no pudieron alcanzarle; aunque los tiros de los demás le mantenían inmóvil en su parapeto.

Uno de ellos se subió a un coche y lo puso en marcha. En él se subieron sus compañeros a toda prisa menos el hombre que había conocido a Carmen, se volvió y miró fijamente al lugar donde estaba Carlos, hizo un nuevo disparo para que no asomara la cabeza y entró en el coche llamando a Federico.

—¡Tú! ¡Facha cabrón! ¡Entra ya

en el coche!

Federico, en ese momento, tenía cara de sádico, estaba disfrutando con la escena, acababa de cambiar el cargador de su pistola y retrocediendo lentamente se puso a disparar una y otra vez sobre Carlos hasta vaciar el cargador nuevamente.

—¡Muere, maricón! —dijo riéndose fuertemente.

Carlos aguantaba las embestidas de los disparos hasta que oyó un lejano golpeo de metal contra metal, no se lo pensó, se levantó rápidamente, giró su cuerpo y se apoyó todo lo largo que era en el capó del coche que lo protegía.

Disparó tres veces. Federico se encorvó cuando notó los tres golpes en su estómago. Su cara ya no era la misma, ahora se extrañaba, ahora

lloraba. Hincó las rodillas en el suelo y miró a sus compañeros que ya no estaban. El coche había arrancado y le dejaron ahí tirado y un maricón de mierda le había metido tres tiros en las tripas.

Carlos se acercó hacia él corriendo, su cara estaba pálida y llena de lágrimas, le miró, apartó la vista de él, bajo su arma y le disparó nuevamente en el pecho, cerca de la garganta. El cuerpo de Federico salió disparado hacia

atrás.

Le importaban una mierda los testigos que hubiera por allí y lo que dijeran. Movi6 su cabeza y vio a Ra6l tumbado, inm6vil; un poco m6s atr6s la bola que formaba el cuerpo de Carmen, Tom6 su m6vil y lanz6 las llamadas:

—Carlos Seoane. Compañeros abatidos en Bravo Murillo. Mandar ambulancias y unidades de apoyo.

Carlos Seoane. Compañeros abatidos en Bravo Murillo. Mandar ambulancias y unidades de apoyo. Carlos Seo... —alguien le tomó el móvil y se lo quitó, le tomó por los hombros y le sentó en el suelo.

—Ya estamos aquí compañero, tranquilo. Ya estamos aquí —era Roberto Sánchez.

Sólo veía y oía luces de colores y sirenas de policía y ambulancias.

Carlos no paraba de llorar como un niño.

—Carmen... Raúl... Carmen...
Raúl...

La zona se llenó en un momento de miembros del cuerpo, también había unidades de la Guardia Civil y trajeados de esos que nunca sabes para quién trabajan. Los sanitarios acababan de tapar el cuerpo de Raúl Soto; pero otro grupo se

movía con mucha celeridad alrededor de Carmen. Parecía que intentarían estabilizarla.

En menos de cinco minutos que a Carlos le parecieron horas llegó al lugar el Capitán Rodrigo Galilea acompañado de una mujer. Carlos no distinguía bien que era. El Capitán se dirigió a él:

—¿Cómo estás chaval?

—¡Bien señor, bien! —Ya le habían inyectado un sedante y estaba haciendo su efecto aunque seguía llorando sin parar.

—¿Puedes contarnos lo que ha pasado?

—¿Han matado a Raúl y a Carmen, señor?

—Si hijo, han matado a Raúl.

Carmen está muy mal pero la están estabilizando. Dime ¿Qué es lo que hacías aquí?

—Control rutinario de identificación, señor. Nos parecieron sospechosos.

—Bueno chaval, descansa. Te van a llevar al hospital y mañana hablamos. ¡Venga, ánimo!

Unos sanitarios del Samur le levantaron y le introdujeron en una ambulancia para llevárselo. Galilea se volvió hacia su acompañante.

—Alcaldesa, no debió de haber abandonado la cena, el lugar es muy desagradable.

—Rodrigo, es el tercer tiroteo importante con víctimas en las calles de Madrid en un mismo día. Esto se va a llenar de prensa y mi

lugar está aquí, delante de las cámaras. Tengo que preparar una declaración. Cuénteme algo antes de que lleguen.

Galilea miraba como la Alcaldesa se acercaba al grupo de agentes vestidos de Armani y Roberto se le acercó a su lado.

—¡Roberto, Me cago en mis putos muertos! ¿Qué coño hacían aquí los tres payasos de Marta

Castro?

—¿Ni idea jefe! ¿Pero ha visto a quién se ha cargado Seoane?

El Capitán Galilea estaba desquiciado, muy nervioso.

—¿A quién, joder?

—Al sobrino de Santos.

—¡Me cago en la hostia! ¡Esto nos pone el asunto de cojones! ¿Qué coño pintaba el sobrinito aquí? El puto Monseñor nos mete en unos líos de cuidado. Intenta que no se sepa su identidad de momento, no quiero que la Alcaldesa comunique que hay dos policías muertos y un famoso empresario también.

—¡Si señor!

—Y... ¡Roberto! ¡Búscame a

Marta Castro! ¡La quiero en mi despacho ¡ya!, aunque sea esposada! ¡Maldita hija de puta!

—Así lo haré señor.

Galilea acudió al lugar donde se encontraba la Alcaldesa dialogando con un grupo de personas; aún no había llegado la prensa. Roberto se quedó parado unos instantes mirándolo. Se acercó al cuerpo de Raúl que aún no lo

habían levantado, le quitó la manta térmica de la cara y apartó su rostro con un gesto de asco al ver su estado. Mientras lo cubría se despidió de él.

—¡Qué gilipollas has sido chaval!

Se incorporó y giró lentamente sobre sí mismo observando el campo de batalla que se había organizado en la zona. Las luces de

los coches de policía y ambulancias seguían dando ese color dantesco a la noche. Por la rotonda se incorporaba otra ambulancia y detrás de ella los primeros vehículos de la prensa.

Roberto se acercó ahora al cadáver de Federico Santos que yacía en el suelo tapado. Brevemente le explicó a dos compañeros del cuerpo que evacuaran rápidamente el cuerpo en la ambulancia que acababa de

llegar en cuanto que el Juez Rico firmara los papeles. Observó lentamente el suelo y detuvo su mirada delante de un grupo de casquillos que estaban esparcidos junto a un cargador. Usó su bolígrafo para moverlo y comprobar que estaba vacío, no pudo por más que sacudir su cabeza varias veces.

—¡Dale una pistola a un “*zumbao*” salva patrias y mira la que te organiza!

Roberto Sánchez era un policía serio, de pocos amigos pero muy respetado por sus compañeros; bueno, más que respetado provocaba recelo entre ellos. Nadie ponía en duda sus órdenes y era una especie de mano derecha del Capitán en ciertos casos que no se solían asignar a otros policías. Al parecer, Roberto y el capitán Galilea ya eran amigos desde mucho antes de entrar en el cuerpo. Nadie conoce o sabe si tiene pareja

sentimental o familia, es una persona solitaria y nunca trabajaba con compañero. Tenía mucha libertad en el cuerpo para realizar sus investigaciones y tomar sus propias iniciativas y ahora, había decidido que debía ser él quién le diera la noticia a Sebas de que parte de su equipo había caído.

24

Dos ambulancias se incorporaban al Paseo de la Castellana con cargas bien distintas, en la primera, el cuerpo de Carmen Cano se debatía entre la vida y la muerte; los sanitarios seguían haciendo lo imposible para mantenerla estable hasta llegar al hospital.

—¡Se va... joder! ¡Qué se nos

va! —Gritaba en ese momento uno de los médicos que incorporándose comenzó un masaje cardiaco sobre el pecho de Carmen— ¡Venga, Carmen, aguanta!

Una y otra vez presionaba el pecho de la herida sin respuesta alguna por parte de ella. La cara de Carmen se mantenía aun completamente desencajada y se movía al ritmo que imponía el masaje que estaba recibiendo. Sus ojos ya llevaban cerrados mucho

tiempo y su boca se mantenía abierta por el tubo que le habían introducido para ayudarla en la respiración; completamente ensangrentado.

La ambulancia se detuvo de golpe cuando llegó a la entrada de urgencias del hospital. Todo un operativo de médicos y enfermeras esperaban en la puerta para recibir el cuerpo de Carmen y entre carreras y muchas prisas se perdieron por el interior del

edificio. La otra ambulancia también acababa de llegar y Carlos salió ayudado por un médico con tiempo para contemplar como Carmen se iba.

Con un movimiento brusco se zafó de los brazos del sanitario y se quitó de encima la manta que lo cubría. Cerca de él había unos muretes que soportaban unas pequeñas plantas que adornaban la entrada a urgencias. Cabizbajo y ya sin lágrimas en sus ojos ni fuerzas

para llorar se sentó sobre ellos.

Ahí estuvo durante algo más de cinco minutos, en silencio, con la cara entre sus manos, sin pensar en nada, completamente perdido y desconcertado. Nada le sacaba de su estado hasta que el coche de Roberto se detuvo cerca de él y se le acercó para saludarle.

—¡Carlos! ¿Cómo estás?

—¡De puta madre, Roberto! —

Le gritó; pero rápidamente suavizó su tono— ¡Jodido, tío!

—Me imagino, anda, pasa dentro con los médicos y descansa un rato, luego paso a verte. Voy a acercarme a ver a Sebas y contarle todo.

—Sí, gracias Roberto, ahora paso en un momento, dame unos minutos más.

—¡Como quieras! Luego estoy contigo —Roberto hizo una seña al médico que tenía junto a él para que estuviera pendiente de Carlos y pasó al interior del hospital.

En la puerta de la habitación de Sebastián se encontraba un policía de uniforme cumpliendo con la vigilancia de su compañero, cuando vio llegar a Roberto se levantó y le saludó; Roberto le tocó suavemente

en el hombro y abrió la puerta de la habitación de Sebas. Le acompañaba Martina, su mujer, que levantó la mirada al verle entrar. Su cara lo decía todo, ya se habían enterado.

Sebas no dejaba de ver la televisión con el mando en las manos y unas lágrimas corriendo por su rostro. Martina se levantó y los dejó solos a los dos cerrando la puerta tras ella. En la televisión se estaba emitiendo una rueda de

prensa donde se veía a la Alcaldesa junto al Capitán Galilea:

—Acaba de producirse un lamentable suceso en las calles de Madrid. Nuevamente nos hemos visto golpeados por la violencia de estas bandas armadas dedicadas a la droga y que esta vez, en la madrileña calle de Bravo Murillo, han sembrado el caos. No sabemos qué es lo que pretendían; pero por un golpe del azar unos policías nacionales libres de servicio han

sospechado de un grupo de desconocidos y al intentar realizar una identificación rutinaria se han visto envueltos en un intercambio de disparos.

La Alcaldesa se vio interrumpida por una periodista que le lanzó una inoportuna pregunta.

—Señora Alcaldesa, Lucía García de la televisión, ¿es cierto que la policía no tenía motivos para

intervenir y que los abordaron ya pistola en mano?

—¡Buenas noches, señorita García! ¡No, eso no es cierto! La policía respondió a los disparos. Eran unos delincuentes y opusieron resistencia...

—Pero los testigos comentan que entre esos hombres había una persona conocida y que no tenían pinta de delincuentes.

—Señorita Lucía y por supuesto el resto de los miembros de la prensa aquí presentes serán atendidos perfectamente tanto por mí como por el Capitán Galilea de la Policía Nacional cuando termine esta rueda de prensa. Ahora, si me lo permiten, solo terminar diciendo que en este acto salvaje ha perdido la vida un joven policía y otro se encuentra en estado grave. Desde aquí y en nombre del Ayuntamiento nos unimos al dolor de los

familiares de las víctimas.

La rueda de prensa se daba por terminada y en la pantalla aún se veían las imágenes de los periodistas lanzando preguntas atropelladas a la Alcaldesa y al Capitán Galilea. La televisión se apagó. Sebas ya no quería seguir escuchando nada más. Roberto le quitó el mando de la mano y se sentó junto a él.

—¡Lo siento, Sebas!

—¿Qué ha pasado Roberto?
¿Qué coño ha pasado?

—No tenemos ni idea. No sabemos que estaban haciendo Carlos, Raúl y Carmen ni tampoco por que abordaron a esos hombres.

—¿Quién ha caído Roberto?

—Raúl.

—¡Joder! Solo tenía treinta años.

—Sí, era un crío.

—¿Quién más?

—Carmen está muy mal, no sé como pero muy mal.

Sebas apretaba sus ojos para evitar que siguieran saliendo lágrimas por ellos, estaba desesperado.

—¡Joder Sebas! ¿En que los tenías metidos?

—En nada Roberto, no tenían nada importante en las manos, hoy es domingo, habrían ido por unas pizzas o a tomar unas cervezas. ¡Eran muy jóvenes, sabes lo que les

gusta divertirse!

—¿En la puerta de tu casa, Sebas?

Sebastián volvió su rostro hacia Roberto, ahora sí que había dejado de llorar, le cogió de la muñeca y lo acercó hacia él.

—¡Como si quieren bailar encima de mis cojones! Tienen

permiso para eso y más. Roberto, ya has cumplido con tu obligación de poli al venir a darme la noticia ahora, vete a tomar por culo lo más lejos que puedas de donde estoy yo.

—No te pases Sebas, somos compañeros y todos lamentamos lo que ha ocurrido, estamos jodidos...

—¡Y una mierda estás tú jodido! ¡Apártate de mi gente! O saldaremos nuestras cuentas de una

vez por todas.

Martina entró en la habitación e hizo finalizar la conversación que tenían los dos policías aunque hacía señas de que podían continuar hablando.

—Tranquila Martina, ya me marchaba.

—Tranquilos vosotros, he

venido por mi móvil, quiero ver cómo están los chicos.

—Me estaba despidiendo de tu marido. ¡Cuídate Sebas... mucho! Dame un beso Martina, intentaré volver mañana.

—Gracias por tu visita Roberto, nos vemos.

Roberto abandonó la habitación

junto con Martina dejando a Sebas momentáneamente solo e incorporándose de la cama. Se apoyó en la muleta que tenía junto a él y fue a asomarse por la ventana cuando Carlos entró.

—¿Sebas?

—¿Carlos? ¿Cómo estás? —

Los dos se fundieron en un abrazo

— ¿Qué ha pasado Carlos?

—Todo esto es un disparate
Sebas, no puede estar pasando.

—¡Tranquilo hijo! ¿Dónde está
Marta? ¿Sabes si ya se ha enterado?

—¡Ni idea Sebas!

—¡Ven, sentémonos en la cama!
Cuéntame lo que ha ocurrido
realmente. ¿Tienes mi disco?

—Sí, tengo todo pero Marta pensó que debíamos acercarnos por tu casa, estaba segura que si querían la información que tienes se pasarían por allí.

—¿Conocías a alguno?

—Sólo a uno, no sé de qué pero su cara me suena mucho, es al que he matado.

—Carlos, escúchame bien. Esto no acaba más que empezar, quiero que estés preparado para muchas sorpresas de este tipo. ¡Busca a Marta! Dile que no venga a visitarme de momento, intenta que no tome iniciativas de las que luego nos podamos arrepentir todos.

—Sebas, siempre te he respetado mucho como jefe y como amigo, sé que siempre has ocultado algo en tu pasado, como todos; pero me da la sensación que ese “algo”

ha vuelto a aparecer. Necesitamos saber qué es lo que pasa, a que nos enfrentamos.

—No puedo contarte mucho, sólo que no te fíes de nadie, ni de la policía. Revisar mis ficheros, ahí vais a entender muchas cosas. Ahora vete y no te separes de Marta cuando la encuentres.

—¡Vale! Pero me gustaría acercarme primero para ver cómo

está Carmen.

—Sí, yo también me acercaré ahora, tiene que venir el médico en unos minutos. Si no te veo abajo, ya sabes, mucho cuidado. ¡Ah, Carlos!

—Dime Sebas.

—Mucho cuidado con Roberto, mantenerlo alejado de vosotros, no es buena pieza.

—Descuida jefe, a ese le tengo ganitas hace tiempo.

Martina volvió a entrar en la habitación con el móvil en la mano y corrió a abrazar a Carlos.

—¿Carlos, como estas cielo?
¡Ha sido terrible!

—Estoy jodido Martina, muy

jodido.

—Lo entiendo cariño, ¿te vas a descansar?

—Voy a ver a Carmen... si me dejan —Carlos abandonó cabizbajo la habitación y dejó al matrimonio a solas. Martina se acercó al pasillo y contemplaba como se alejaba el compañero de su marido.

—Está totalmente hundido
Sebas.

—Acaba de perder a un
compañero y a un amigo.

—A dos Sebas. Acabo de
enterarme, Carmen no ha
sobrevivido, hace unos minutos, ni
siquiera ha llegado a quirófano.

Sebas, se sentó en la cama, era

una noticia que llegaría tarde o temprano, Carmen también ha muerto. ¡Maldita sea! Martina se acercó a abrazarle.

—Tú no tienes la culpa, cariño. Son policías y saben a lo que se exponen. ¡Yo estoy casada con uno!

—Eran policías, Martina no agentes secretos y héroes de película, con una vida rutinaria, atracos, trapicheos, palizas de

gamberros. Esas cosas Martina.

—¡Relájate cielo y tumbate en la cama un rato! El médico está a punto de venir y no quiero que tu tensión esté disparada. Sebas se dejó caer en la cama ayudado por Martina que mantenía su mano sujetándole el cuello, cuando terminó de apoyarse sobre la almohada miró a Martina, la contempló durante unos segundos moviendo únicamente sus ojos.

—¿Martina?

—Lo siento cielo, tengo que marcharme.

—¿Martina? —Volvió a repetir Sebas cuando ella le retiró la mano del cuello y observó que entre sus dedos había una jeringuilla— ¿Eras tú?

—No cariño, yo soy tu amante

esposa, la madre de tus hijos y la que por fin va a quitar de en medio a un molesto hijo de puta.

Martina se inclinó sobre Sebas y le besó en los labios mientras éste cerraba los ojos. Le acarició su cara y guardó la jeringuilla en su bolso. Terminó de recoger y ordenar un poco la habitación, arrojó a Sebas con la sábana y encendió el televisor. Se detuvo unos momentos buscando el canal favorito de su marido y cuando lo

encontró le colocó el mando en la mano. Antes de marcharse y cerrar la puerta de la habitación se volvió hacia él y le contempló unos segundos. Su cara sonreía profundamente.

Avanzaba por el pasillo con no mucha prisa y su bolso colgado de bandolera, al pasar junto al control de enfermeras les indicó que su marido acababa de quedarse dormido y que le dijeran al doctor que retrasara un poco la visita.

Cuando llegó a la calle entró en el coche que la esperaba y antes de arrancar Roberto y ella se miraron en silencio.

—¡Francesco! ¿Qué sorpresa?

—Marta mantenía el cigarrillo en sus labios.

—Si no enciendes el cigarrillo me voy a quemar los dedos.

Sonriendo, aceptó el fuego del encendedor y dio la primera bocanada de humo, tomó el cigarrillo entre sus dedos y

agitándose el cabello mientras agachaba la cabeza le preguntaba a su visitante.

—¿Por qué no me sorprende que estés aquí?

—Te expresas muy mal Marta, primero me saludas con un ¡que sorpresa! ¿Y ahora no te sorprendes de verme?

—Bueno, sobre la marcha he caído, estoy en la puerta de la Catedral, una noche maravillosa, y un curita como tú solo en Madrid y que ha decidido venir a rezar.

—¡Eres terrible Marta! — Francesco, riéndose aprovechó su frase para sentarse junto a ella en las escalinatas. Frente a ellos emergía impactante la figura del Palacio. Estuvieron unos segundos contemplándolo sin decirse nada. Marta fumaba y de reojo miraba a

Francesco.

—Te he seguido.

—Eso ya lo veo.

—Te dije que cuidaría de ti.

—No lo estás haciendo muy bien.

—Pues te veo perfectamente.

Marta apagó el cigarrillo debajo de su zapato y mientras expulsaba el humo por su boca, miró fijamente a Francesco.

—¿Por qué no nos dejamos ya de tonterías y hablamos claramente, Francesco?

—Ya hemos hablado

claramente, vamos a colaborar en una investigación... —Marta le interrumpió bruscamente.

—¡Y una polla, tío! ¿Quién coño eres? Llevo todo el día comportándome como una idiota contigo y ya no aguanto más. Me has contado muchas cosas interesantes pero sólo lo que yo quería oír. No me fío de ti ni un pelo.

—¿Ya no estás interesada por mí? ¿No quieres acostarte conmigo?

—¿De qué vas, tío?

—Hemos pasado una tarde muy agradable, trabajando juntos. Es cierto que tenemos intereses encontrados, ni te lo puedes imaginar; pero tengo cierta atracción por ti, he de reconocerlo.

—¡Vaya, un cura que reconoce que le gusta follar!

—¿Quieres que hagamos ahora una tesis sobre la iglesia y el sexo? ¿O prefieres que hablemos de lo que está ocurriendo?

—Nuestro acuerdo queda en suspenso hasta que empieces a ser sincero conmigo Francesco. No vamos a trabajar juntos. Si quieres información, primero la das tú.

—Entonces no voy a preguntarte que es lo que quería de ti Monseñor Santos, ni porqué han intentado secuestrarte esta noche en tu casa. Ni mucho menos como ha aparecido la policía del Arzobispo para liberarte. ¿No crees?

—¡Exacto! No preguntes, anda acompáñame a ver a aquel chino de allí, necesito una cerveza.

Se dirigieron paseando hacia un vendedor ambulante que circulaba por la zona, solían abundar en las noches de Madrid como alternativa económica para que los jóvenes bebieran sin necesidad de entrar en los locales nocturnos.

Mientras Marta pedía las cervezas, Francesco se excusó para atender un mensaje del móvil. Inmediatamente después llamó al número que había comunicado con él.

—¡Buenas noches, Esteban!
¿Me da la sensación que ha tenido dificultades para encargarse de sus tareas pendientes?

Al otro lado del teléfono, Esteban Rubio se encontraba en uno de los pasillos del Arzobispado.

—¡Ha habido nuevas complicaciones, señor!

—Cómo está siendo habitual últimamente con usted.

—No se preocupe, Sebastián Martínez no pasará de esta noche.

—¡Yo nunca me preocupo por nada! Su tiempo se agota. ¡Me esta decepcionando señor Rubio!

¡Mierda! Se dijo Esteban, su

infiltración en Amanecer Negro se estaba comprometiendo y tenía que volver a recuperar la confianza de ellos; pero su propio jefe, Julián Santos le estaba impidiendo cumplir con las instrucciones que recibía del tipo que estaba al otro lado del teléfono.

—¿Y cómo lleva lo de la señorita Castro? ¿Podremos verla en la posición de Su Señor esta noche?

—Cuando llegué a por ella se nos habían adelantado la Orden de la Luz, la han secuestrado y no tuvimos oportunidad de hacernos con ella.

Mientras Esteban hablaba del paradero desconocido de Marta, Francesco se giraba con el teléfono al oído y la saludaba con una amplia sonrisa viéndola dar un sorbo al bote de su cerveza.

—Aún tiene tiempo Esteban, la noche no ha acabado, ¡búsquela! No debe estar muy lejos de usted — Francesco colgó el teléfono y fue al encuentro de Marta que ya le ofrecía su bote de cerveza abierto y todo.

—¡Vaya! ¡Qué amable!

—¡Anda! Dale un trago y vamos a tomar un taxi, quiero ir a casa.

—¿Así, sin más? ¿Ya te vuelves a fiar de mí?

—¡Francesco...! Por esta noche no tengo ganas de nada más, ni siquiera de discutir contigo. Quiero llegar a casa, ver cómo está Carmen y meterme en un baño que dejé pendiente.

No tuvieron que esperar mucho, el primer taxi que pasó a su lado estaba libre, entraron dentro y

después de dar la dirección, el coche arrancó. Aunque el taxista les tuvo que advertir:

—No está permitido beber en el taxi.

—¡Ah, vale! —Marta tiró el bote de cerveza por la ventana y miró a Francesco haciéndole señas de que hiciera lo mismo. Francesco miraba el bote y no se decidía. Marta tuvo que arrebatárselo de las

manos.

—¡Por Dios! ¡Qué lelo eres!
¿No has oído al taxista? Aquí no se
puede beber —tiró el bote de
Francesco también por la ventanilla
del coche.

—¿Así cuida la policía de la
limpieza en Madrid?

Marta le miró sonriendo y dejó

caer la cabeza hacia atrás, en el respaldo del asiento, cerró los ojos. No quería hablar ni oír nada hasta llegar a su casa, sólo era un desplazamiento corto, a lo sumo diez minutos que es el tiempo que estuvo en esa posición cuando el taxi se detuvo en la puerta de su casa.

Salió del coche e invitó a Francesco a que pagara al taxista mientras ella iba abriendo la puerta de su portal. Una sombra la mandó

callar, era Carlos.

—Que no sepa que estoy aquí, entreténle hasta que suba a tu casa y quítatelo de en medio rápido. ¡Es muy importante Marta!

Francesco se estaba acercando al portal y Marta fue a buscarle para detenerle.

—¿Francesco? ¿Cuánto te ha

cobrado?

—Sesenta euros

—¿Sesenta, será ladrón?

¡Vamos a buscarle!

—¡Espera Marta, espera! Ya se ha ido.

—Estos cabrones reconocen a un turista a kilómetros, ¿mira que

cobrarte sesenta euros por este trayecto?

Marta no hacía más que dar vueltas alrededor de Francesco con un mal humor impresionante, se llevaba las manos a la cabeza una y otra vez.

—¡Marta! ... ¡Marta! ...
¡Marta! —Terminó por gritar Francesco— ¡Da igual, sólo han sido sesenta euros y los va a pagar

el Vaticano!

Marta se detuvo, miró de soslayo a su portal y comenzó a relajarse y a titubear un poco por el comportamiento que acababa de tomar. Ya había comprobado que Carlos no estaba.

—¡Bueno! Si lo paga el Papa... entonces me la suda. Venga vamos dentro.

Francesco no salía de su asombro, los cambios de personalidad de Marta eran constantes pero siempre tenía un motivo para ello, en poco tiempo ya se había dado cuenta de muchas de sus cualidades. Subieron hasta su piso y Francesco esperó a que Marta entrara en su apartamento.

Ni siquiera le miró, cerró la puerta tras de sí con un simple ¡Hasta mañana! Quedó quieto en el rellano de la escalera, unos

momentos, hasta que el automático de la luz se apagó y se retiró el también al suyo.

Desde la mirilla del interior del apartamento de Marta, ésta le vigilaba y aguantó unos segundos más después de que Francesco hubiera cerrado su puerta. Se volvió, encendió la luz y allí estaba Carlos. Estaba hecho un desastre, tenía sangre en sus ropas y la cara completamente deshecha. Marta se asustó bastante viendo el estado que

tenía su compañero.

—¿Qué coño ha pasado Carlos?
¡Joder como estás!

—¡Marta! Todo se ha
complicado mucho.

—¡Carlos, no me asustes más!
¿Dónde está Carmen?

Carlos agachó la cabeza, no

podía responderla, Marta cayó de rodillas al suelo y comenzó a llorar mientras repetía varias veces: ¡No! ¡No! ¡Carmen!, estaba a punto de chillar cuando Carlos se abalanzó sobre ella y le puso la mano en la boca para evitar que nadie les oyera.

—¡Calla! Lloro, tranquila, pero no chilles Marta, por el amor de Dios, no chilles.

Durante un largo rato estuvieron los dos arrodillados y abrazados en el suelo. Carlos no la soltaba ni un solo momento mientras ella se desahogaba en llantos y él le iba relatando todo lo que acababa de ocurrir. Cuando terminó la tumbó en el sofá y la arropó con la mantita.

—¿Quieres que te preparé una tila?

—¡Sírvenme una copa! —Su voz

ya era serena y fría.

Carlos puso hielo en vasos y los cubrió con una botella de whisky que tenía debajo del mostrador de la cocina. Se sentó a su lado y Marta se incorporó.

—Acaban de quitarnos a Raúl y a mi Carmen. Esos hijos de puta, sean quienes sean lo van a pagar muy caro. Pienso meterles un tiro por los ojos.

—¡Marta! Sebas me ha advertido que no intentes nada en caliente, que no te fíes de nadie, ni siquiera de la policía, y mucho menos de Roberto.

—Por ese hijo puta soplón no te preocupes, le tengo en el punto de mira hace mucho tiempo, espero que no tenga nada que ver en todo esto.

—Ha insistido en que veamos los informes que tenía en su ordenador, ahí encontraremos todo lo que necesitamos.

—¡Dame el pendrive —Marta tomó su portátil que estaba debajo de la mesa del salón y lo conectó.

—No intentes buscar nada en Internet, tus amigos rompieron los cables y no tienes señal ni teléfono en el apartamento.

—También me quitaron el móvil, Carlos; pero tengo la wifi del bar de abajo a la que puedo conectarme cuando quiera.

Cuando Marta terminó de manipular el encendido del portátil pincho el dispositivo que le había entregado Carlos, tardó muy poco en cargar y ahí estaba la famosa carpeta de Sebas. La verdad, es que era poco original para poner

nombres a los ficheros. “Pepe”, el nombre de su padre, cualquier investigador de la academia que tuviera una ligera idea de algo relacionado con su vida de policía caería en que era el nombre de su compañero.

Dentro de la carpeta comenzaron a aparecer nuevas carpetas, cada una de ellas nombradas como un año: “1992”, “1993” y así hasta el “2013”. Esto extrañó mucho a Marta.

—¿Qué ocurre Marta?

—No lo sé, esto es muy raro, las carpetas indican los años de investigación o de lo que sea, dentro de ellas, están ordenadas por meses y en cada mes un sinfín de documentos.

—Sí, la nomenclatura no es difícil, están nombrados por fechas

poniendo primero el año, después el mes y por último el día. No hay nada raro Marta.

—¡Eso no es lo raro Carlos! El fichero madre es “*Pepe*” se supone que esto son investigaciones de mi padre y hay carpetas de todos los años incluido en el que estamos. A pesar de que mi padre ya murió, Sebas sigue recibiendo información continuamente. ¡Sebas es el archivo! Él es el encargado de la custodiar toda la información.

—¿Pero qué información?

—Vamos a empezar por el final... veamos este fichero...
¡joder coño!

—¿Qué has visto Marta?

—Habla del robo de unas piezas en la Catedral de Burgos. Este caso es con el que vamos a

comenzar a trabajar Francesco y yo; pero según él, el expolio se realizó hace un par de semanas y el fichero está en poder de Sebas desde hace un mes.

—¿Me estás diciendo que ahora resulta que Sebas sabía de antemano lo de los robos?

—No lo sé Carlos, estoy hecha un lío. Esto no hay por dónde cogerlo. ¡Vaya, mira quien aparece

por aquí!

Carlos se ajustó sus gafas, esta vez de color verde, para leer lo que Marta le señalaba.

—¡Coño! Mi amigo Santiago Largo, el mecenas de arte del hotel y con quién el inglés se veía cada vez que venía a Madrid.

—Según este informe, las obras

de arte se entregarían a Largo en Londres. ¿Mira por donde aparece también nuestro crucificado? Francesco ya me indicó que le seguían la pista por lo de los robos. El Vaticano ya le tenía en el punto de mira.

—Vale, tenemos claro que quién se dedica al robo de las obras de la Iglesia es Santiago Largo y que su mediador o lo que sea es Peter Horton. En teoría tu padre investigaba para el Vaticano y

mandaba información a Sebas con los resultados de sus investigaciones. Pero Sebas nunca dijo nada y siguieron produciéndose las suplantaciones de las obras de arte.

—Cierto Carlos; y el Vaticano aún no ha podido detener ese expolio, entonces mi padre no trabajaba para el Papa ¿A qué se dedicaba?

—No me gusta decirlo pero da la sensación que tu padre tenía mucho que ver en la organización de estos robos.

—¡Carlos! Ni se te ocurra meter a mi padre en nada ilegal.

—No estoy diciendo que sea ilegal lo que hiciera, estando la Iglesia de por medio ya no sabe uno lo que es legal y lo que no. Pero tu padre sabía todos los movimientos

que se iban a producir y los comunicaba a Sebas.

—O también Sebas puede ser, como hemos dicho antes, un simple archivero, que por algún motivo de seguridad protegiera esa información por si a mi padre le ocurriese algo.

—También puede ser pero... ¿y después de que muriera tu padre, quién es el encargado de seguir

pasando la información a Sebas?

Ahí se quedaron. No sabían por dónde seguir, acababan de dar con uno de los muchos callejones sin salida que no querían encontrarse. Se echaron hacia atrás y tomaron unos sorbos de whisky. Tenían que descansar un momento. El móvil de Carlos sonó, era un compañero de la comisaría:

—Dime... si... ¡no jodas! ...

¡Me cago en la puta hostia! Gracias por llamar chaval —Carlos tiró el móvil sobre el sofá y dio otro largo trago a su copa.

—¿Qué ha pasado Carlos?

—Sebas... acaba de morir... un infarto.

Marta ya no tenía tampoco lágrimas en sus ojos para llorar la

muerte de su jefe, este domingo había acabado con todas sus existencias. Durante unos largos minutos estuvieron los dos en silencio, sin mirarse, bebiendo. Marta fue la primera en hablar.

—No me lo creo.

—¿Cómo que no te lo crees Marta? Después de todo lo que ha pasado le ha dado un yuyu.

—Sebas era un toro y encajaba muy bien todos los golpes. No me lo puedo creer. Si le hubiera dado un infarto ayer o el mes pasado me lo tragaría; pero hoy no. A Sebas se lo han cargado, llevan todo el día a tiros detrás de él.

¿Quién ha ido a verle hoy al hospital cuando estabas tú allí?

—El cerdo de Roberto que fue a darle la noticia, luego se marchó y

me quedé con él a solas hasta que llego Martina, quedamos que nos veríamos para ver cómo estaba Carmen; pero cuando me dijeron que había muerto me vine directamente a por ti.

—¿Viste algo raro en su planta?

—¿Raro? ¡Todo era raro ahí Marta. Un pasillo completamente destrozado por un tiroteo, ningún paciente en las habitaciones de

alrededor y varios compañeros de guardia, en la puerta estaba Gómez. Sinceramente, nadie desconocido podía haber entrado allí, hasta los médicos que iban a entrar estaban autorizados.

—Estrechemos el cerco, estando Gómez de guardia en la puerta ahí no entra ni su padre. Roberto pudo entrar pero le viste salir y no había sucedido nada. Y luego queda Martina. Nada que nos valga. Llama a Gómez y que te

cuenta como lo descubrió. Yo voy a mirar expedientes más antiguos a ver si veo algo que me llame la atención.

Marta comenzó a rebuscar entre los ficheros que tenía en su ordenador, todos eran prácticamente iguales en su forma, lo único que cambiaba era el lugar del expolio y la fecha. El destino siempre era la misma persona y Londres.

Abrió dos pantallas a la vez, en una puso los informes que en teoría debía de haber escrito su padre y la otra los que eran posteriores a su muerte, quería comprobar si había algún cambio en el estilo de la redacción o cualquier cosa que le pudiera llamar la atención. Carlos colgó el teléfono y se sirvió más whisky en el vaso.

—Gómez dice que no entró nadie, ni siquiera el médico, cuando Martina se marchó dio

instrucciones que no le molestaran que se había quedado dormido con tantas emociones.

—¡Normal Carlos! ¡Yo habría hecho lo mismo! ¿A qué hora regresó Martina a la habitación otra vez?

—Martina no ha regresado aún, de momento no han podido comunicarle la muerte de su marido.

Marta levantó la cara del ordenador y miró a Carlos que estaba perdiendo todo el estrés acumulado del día con el vaso que tenía entre las manos.

—¡Carlos!

—¡Dime Marta! —Le contestó con un hielo en la boca.

—Sebas te dijo que no nos fiáramos de nadie.

—Y qué razón tenía, no debemos fiarnos de nadie.

—¿Y por qué debemos fiarnos de Martina?

Carlos escupió el hielo al suelo en medio de una sonora tos que casi le deja sin respiración y tiró parte

del licor sobre su camisa.

—¡Joder, Marta, que es Martina! Habrá ido a dar de cenar a los niños.

—Los niños están con su abuela en Villalba.

—Pues a cenar ella ¡joder!

—¿Y tanto tiempo tarda en

cenar teniendo a su marido en el punto de mira de unos asesinos, y tumbado en la cama de un hospital y deprimido porque acaban de matar a dos de sus compañeros?

—¡Querrá relajarse también un rato, coño!

—Llama otra vez a Gómez, pregúntale quien estaba de guardia en la puerta y que te cuente hacia donde se marchó Martina... o con

quién.

—¡Joder Marta, que es Martina!

—Repetía Carlos mientras marcaba nuevamente el teléfono de su compañero.

Marta tomó unos folios que tenía cerca de ella y comenzó a esbozar una especie de croquis para intentar ordenar las ideas que les estaban viniendo. Carlos colgó el teléfono y miró fijamente a Marta.

Ella no pudo evitar una sonrisa antes de que Carlos le contara.

—Se marchó con Roberto en su coche.

—¡Bingo! ¡Roberto y Martina!

—¡Marta, por Dios! ¡Son amigos hace tiempo! ¡Joder, que se ha llegado a rumorear que estaban liados y todo!

—No pienso dejar a nadie al margen de momento. Si se han ido a echar un polvo... ¡de puta madre! Pero si están en el ajo... son cosa mía.

—¡Tanto lío y tantos muertos por unos putos cuadros!

—¡Sí, Carlos! Pero podemos estar hablando de millones de

euros. Alguien ha hecho una verdadera fortuna en estos años; y está dispuesto a que nada ni nadie le joda sus planes.

—Creo que tenemos al culpable de todo. Marta, está claro que Santiago Largo es el cabecilla de toda la organización.

—Sí. Tendremos que hablar con Francesco, que nos cuente lo que sabe; después pasamos toda esta

información a la Guardia Civil y que se encarguen ellos de las detenciones y acaben con la red de expolios.

—¿Todo el caso para la Guardia Civil?

—No me fío de nadie de los nuestros; pero tampoco le vamos a pasar todo. De los asesinos de Sebas, Raúl, Carmen, mi tío y mi padre, nos vamos a encargar tú y

yo.

—¡Así me gusta! ¡La parte más fácil para nosotros!

Contrastaba la frialdad con la que hablaba Marta con el tono medio jocoso que utilizaba Carlos para ocultar el temor que ya tenía dentro viendo las intenciones de Marta. La chica y la policía que conocía habían cambiado en pocas horas, no estaba acostumbrado a

verla trabajar con la presión que ahora tenían y le asustaba comprobar como ella no tenía miedo a nada ni nadie.

Marta seguía escribiendo en sus folios, continuaba detallando el croquis que empezó hace un rato y repasaba una y otra vez los informes en la pantalla de su ordenador. Un detalle le llamó la atención, abrió nuevamente varios documentos y en todos buscó lo mismo. Un anagrama colocado en la

esquina de todos los folios y que le resultaba muy familiar.

—Carlos, ¿Te suena haber visto esto antes?

Carlos se inclinó sobre el ordenador y no parecía que le sonara ese dibujo, negó con la cabeza un par de veces y con sus labios hacía muecas de extrañeza. Marta pasaba de un documento a otro hasta que Carlos la detuvo.

—¡Espera! ¡Ya sé lo que es! —
Tomó su móvil y rebuscó en los
archivos que tenía guardados hasta
que encontró una foto y se la mostró
a Marta.

—¡Aquí está! Es la foto que
hice a la hebilla del cinturón del
inglés. La que os envié a ti y a
Francesco desde el hotel. Esto
confirma aún más tu teoría de la
culpabilidad de Santiago Largo.

—¡No, Carlos! Esto me descoloca aún más. ¡Yo he visto este símbolo en otro sitio! ¡Algo relacionado con la Orden de la Luz que me ha comentado Francesco! ¿Dónde coño he visto esto antes?

26

Francesco cerró tras de sí la puerta de su apartamento mientras el móvil le vibraba en el bolsillo, sabía de sobra quien estaría llamándole. No quiso atender la llamada de momento y directamente se quitó su cazadora y se sirvió un vaso de agua. Colocó el teléfono sobre el mostrador de su cocina y esperó a que terminara de sonar.

Los planes estaban saliendo como él quería pero no le agradaba como tenían que terminar, habían sido muy claros con él, proteger a Marta y luego abandonarla a su suerte. Ella desconfiaba de él; pero tenía claro que había caído en las redes de esa malhablada chiquilla madrileña. Tenía que dar la vuelta a la situación de alguna manera. El móvil sonó nuevamente y esta vez no le hizo esperar.

—¡Buenas noches Monseñor!

—¿Cómo va todo Padre Francesco?

—Con algunos ligeros contratiempos Monseñor, está habiendo demasiados muertos y eso no es bueno para nosotros. La fiera puede despertar. Ya han caído dos de sus amigos, Raúl y Carmen.

—¡No importa quien caiga,

Padre Francesco, mientras Castro no sea uno de ellos! ¿Se ha acercado lo suficiente para averiguar la localización de los documentos?

—¡No, Monseñor! Aún no tengo nada, me consta que tiene en su poder los ficheros de Sebastián; pero los que tenía en el ordenador de su oficina. Sólo son los informes de los expolios, nada más.

—José Castro nos engañó, se unió a la Orden de la Luz mientras trabajaba para nosotros. Reunió tanta información nuestra que el mundo entero se desmoronaría. ¡Padre Francesco, no nos decepcione! La única persona que debe tener esa información es su hija aunque ella misma no lo sabe.

—Lo sé perfectamente Monseñor.

—Céntrela un poco más en la situación, cuénteles algo que la haga involucrarse en la conspiración; que no se dedique sólo a investigar los robos. Consiga que le lleve hasta los archivos de su padre.

—Monseñor, ya le hemos puesto un muerto en el centro de Madrid. Igual que hicieron con su tío y con su padre, lo hemos disfrazado de una organización inexistente y no hemos conseguido que ella pueda estar en el caso.

Sólo la melancolía de sus familiares muertos.

—Me temo Padre Francesco, que en la policía de Madrid hay alguien más que la quiere mantener apartada, aparte de Sebastián Martínez, averigüe quién es. José Castro tenía muchos enemigos; pero también muchos amigos.

—¡Como ordene, Monseñor!

—¡Otra cosa Francesco! Su infiltrado ya no nos es de utilidad. Elimínelo. No creo que al bueno de Santos le importe quedarse sin su matón. Ahora que Sebastián ha muerto no necesitamos los servicios de Esteban Rubio. ¡Cumpla con su deber divino, Padre Francesco! ¡Buenas noches!

Francesco Siriani soltó el teléfono y se fue hacia el sofá de su salón, dejó el vaso de agua en la mesa y se atusó los cabellos.

Volvió a levantarse y tomó, de debajo del mostrador de su cocina, los informes que guardaba, un montón de carpetas con una etiqueta azul en cada una de ellas. Quería repasar nuevamente toda esa información.

Tenía una sensación extraña, era uno de los máximos encargados de la custodia de los tesoros del Vaticano y el único investigador que tenían para los casos más delicados. Es el hombre de

confianza de Su Santidad; pero su jefe más directo siempre ha sido Monseñor y tenía detalles que no le gustaban.

Se puso a repasar una y otra vez los expedientes vistos por él otro millar de veces antes. En ocasiones tenía la sensación de la duda de la fe; tampoco es que fuera un sacerdote con votos, el que antepusieran a su nombre la palabra “Padre” era para mantener su licencia ante el resto de la curia.

Para involucrar a Marta había ordenado matar a Peter Horton crucificándole en la Puerta de Alcalá, ha usado a Sebastián y a Marta como cebo para atraer hacia él a la Orden de la Luz y comprobar si Julián Santos pertenece a esta organización y... su cabeza se levantó y se quedó en esos últimos pensamientos. Recordó lo que Monseñor le acababa de decir: “Ahora que Sebastián ha muerto...”

Sebastián no estaba muerto hasta hace unas horas, estaba perfectamente protegido en el hospital y sabía que Esteban Rubio estaba con Santos y con Marta en el Arzobispado.

—¿Cómo puede estar muerto Sebas? ¿Y cómo demonios ha muerto?

Se incorporó rápidamente mientras se daba cuenta que Marta

le estaba pegando su modo de hablar con improperios y palabras malsonantes. Abrió la puerta de su apartamento y se dirigió hacia el de Marta justo cuando estaban a punto de forzar la puerta de ella tres tipos, entre ellos, Esteban.

Sacó su pistola con el cañón envuelto en un silenciador y realizó dos disparos. No tenía intención de dar a ninguno, sus disparos se fueron altos y provocó que los tres hombres salieran corriendo

escaleras abajo. Ni siquiera los siguió. Algo tenía seguro; Esteban estaba dispuesto a cumplir sus órdenes al pie de la letra. Aguardó unos instantes para comprobar que abandonaban el lugar y guardando su pistola llamó al apartamento de Marta.

—¿Sí? —Escuchó a Marta hablar al otro lado de la puerta.

—Marta, soy Francesco. ¿Abre

por favor!

—Un momento Francesco, ¡estoy desnuda! —Marta, en el interior le indicaba a Carlos que se escondiera. Cuando comprobó que se había ocultado en la habitación de Carmen abrió la puerta a Francesco.

—¿Francesco? ¿Qué quieres ahora, habíamos quedado en vernos mañana?

—Quisiera preguntarte una cosa. ¿Es cierto que Sebastián Martínez ha muerto?

Marta quedó extrañada por la pregunta tan directa que le había lanzado Francesco, ella estaba dando por hecho que él debía estar al corriente.

—¡Sí... Francesco! Murió hace

un rato, de un infarto.

—Lo lamento mucho Marta, acabo de enterarme, acepta mis condolencias.

—Te las aceptaría gustosamente; pero debería tener derecho a saber cuáles son tus fuentes de información. No se ha comunicado a nadie este fallecimiento y ¿tú ya te has enterado?

—¡Marta, hay ciertas cosas que deberías saber?

—¿Más aún? ¡Francesco, tengo todo por saber! O... a lo mejor ya estoy aprendiendo mucho.

—¡Marta...!

—¡Francesco! Vuelve a mi casa cuando estés dispuesto a ser sincero

conmigo o si no, te espero mañana tal y como habíamos quedado. ¡Buenas noches!

—¡Una cosa más Marta! —
Francesco puso el pie entre la puerta y el quicio para evitar que la cerrara. Marta con gesto de resignación le contesto.

—¡El qué, Francesco!

—¿Quién ha matado a Sebas?

Marta miró fijamente a Francesco durante unos segundos, de una patada le apartó el pie de la puerta y la cerró en su cara con un sonoro ¡Buenas noches!

Carlos salió de la habitación y contempló a Marta, ya era incapaz de adivinar que expresión tenía en su cara, pasaba de una a otra con demasiada rapidez esta noche.

—¿Así que el curita está tan informado como nosotros?

—Eso ya lo dábamos por hecho Carlos.

—¿A quién tendrá en el departamento?

—Este debe tener topes hasta en el Gobierno.

La puerta del apartamento sonó nuevamente, varias veces, Carlos y Marta se miraron cuando escucharon la voz que provenía de fuera.

—¡Marta, Marta! —Era Sara Ruiz, compañera de la comisaría—
¡Abre la puerta, Marta!

Carlos se dirigió a la entrada y

fue el quién abrió. Allí estaba Ana y dos compañeros más.

—¿Hola Ana, que pasa?

—¡Hola Carlitos! —Se quedó mirándole y siguió hablando—
¿Hoy las llevas verdes? —Pasaron directamente al interior del apartamento buscando a su compañera.

—¡Marta...! Bueno, antes de nada deciros a los dos que lo sentimos. Nosotros también queríamos mucho a Raúl y Carmen, ha sido un palo muy gordo tíos.

—Gracias Sara. ¿Qué es lo que quieres?

—Galilea quiere que te lleve a comisaría y me ha dicho que tiene que ser ahora. Lo siento preciosa pero ya sabes cómo se pone el

viejo, tienes que acompañarme.

—Yo voy también —intervino Carlos.

—¡Cómo quieras Carlos!
¿Llevas tu coche o venís en la patrulla, Marta?

—Llevo mi coche, darnos unos minutos, ir por delante y nos vemos en la puerta.

—¡Vale! No tardéis por favor.

—Tranquila Sara.

Los tres compañeros abandonaron la estancia y se perdieron por las escaleras. Marta indicó a Carlos que recogiera el ordenador mientras ella guardaba sus folios manuscritos en su bolso. Antes de salir se dirigió al armario

de las escobas, dentro guardaba algo más que friegasuelos.

Le entregó una pistola a Carlos y ella puso en su bolso otras dos y varios cargadores de munición. Ninguno se hablaba, ya no sabían lo que les podía esperar en cualquier semáforo de Madrid.

Tardaron veinte minutos en llegar y allí estaba en la puerta Sara, esperándoles. Había

comenzado a llover, las primeras lluvias del otoño. Dejaron el coche en la puerta de comisaría, en el espacio reservado a las patrullas y entraron dentro. Sara les indicó que Galilea la esperaba en su despacho.

Carlos y Marta hablaron un poco antes de subir y quedaron en que le esperara en el cuarto que les servía de cafetería en el edificio. Asintió y la dejó sola subiendo las escaleras del primer piso. Cuando estuvo delante de la puerta del

despacho del Capitán golpeó ligeramente la puerta.

—¿Da su permiso?

—Pase Castro, pase. Siéntese por favor.

Galilea ni siquiera se levantó de su silla, siguió con su vista puesta en la pantalla del ordenador hasta que Marta se hubo sentado. Se

inclinó sobre la mesa y cruzó los dedos de ambas manos.

—¡Marta! Lo primero decirte que lamento mucho lo que ha ocurrido esta tarde. Y más aún lo de Sebas, por si no estabas al tanto, los dos teníamos una “cierta y estrecha” relación.

—Sí, Capitán. Gracias por su apoyo.

—A veces, Marta, te comportas de una forma insoportable, no aceptas las órdenes directamente y mucho menos cuando vienen de mí.

—Capitán no se ofenda, casi nunca entiendo lo que usted pretende conmigo.

—Marta, las cosas se han desmadrado y te necesito en la calle, te voy a devolver la placa y la pistola y vuelves al caso del

“crucificado”. De todas formas seguro que no has parado de investigar en todo el día. Has estado metida en todos los fregaos de hoy.

—¡No en todos Capitán! Alguien me quitó de en medio para matar a Sebas.

—¿Piensas que a Sebas le han matado?

Marta se quedó mirándole, esperaba el grito y el golpe en la mesa, que le volviera a quitar la placa; pero no, Galilea estaba tranquilo y se dejó caer hacia atrás en su sillón.

—¿Usted... usted piensa lo mismo?

—¿Por qué crees que lo han matado?

Ahora si se estaba excitando ella, por primera vez alguien del cuerpo le escuchaba y comenzó a soltar todo por su boca a una velocidad que casi no se la podía entender.

—¡Capitán! Sebas era una especie de archivero de todos los robos que ha estado sufriendo el Vaticano, alguien quería esa información y por eso le han matado, cuando averigüe quienes son...

—¡Marta! —Galilea la cayó de golpe y Marta se mordió el labio inferior, acababa de recordar la orden más importante que le había dado Sebas: “No te fíes de nadie, ni siquiera de la gente del cuerpo”. El Capitán siguió hablando.

—Marta, no tienes ni idea de nada.

—¿Qué... que quiere decir Capitán?

—¡Quiero decir que estás perdida como una niña! ¡Quiero que me escuches ahora mismo y no volvamos a tener esta conversación nuevamente hasta que esto se aclare!

Marta no podía creer lo que estaba viendo, el Capitán Rodrigo Galilea iba a mantener una

conversación con ella y de un caso importante.

—Lo que te voy a contar te sobrepasa ahora pero no tanto como te hubiera sobrepasado hace unos años. Esta mañana te quité el caso del “crucificado” porque siempre he querido tenerte lejos de todo lo que olierá a las andanzas de tu tío y de tu padre. Sebas y yo decidimos mantenerte al margen lo más posible. Y al gilipollas de tu jefe se le ocurre llamarte esta mañana.

Llevaba tiempo con ganas de contarte todo; pero yo le frenaba bastante, creo y sigo creyendo que aún no estás preparada.

Galilea se detuvo un momento y se levantó hacia el mueble bar que tenía en su despacho, mientras servía hielo y whisky en dos vasos continuó con su historia.

—Cuando murió tu tío, tu padre se involucró demasiado en la

investigación y acabó trabajando para el Vaticano. Descubrió una... como te diría... una facción católica que quería disgregarse de la actual.

—¡La Orden de la Luz! —Le interrumpió Marta.

—Veo que has hecho algunos deberes Marta. Efectivamente. La Orden de la Luz. Pepe se infiltró siguiendo la pista de unos supuestos

expolios a la Iglesia.

—¿Supuestos?

—Sí, Marta, supuestos, realmente no había ninguna constancia de que eso estuviera ocurriendo. Pepe nos mandaba las consignas de los robos y Sebas las guardaba. Luego juntos investigábamos los expolios y nunca averiguábamos nada. En alguna ocasión llegamos a llevar a

expertos y siempre nos decían lo mismo. Eran los originales.

—¿Usted y Sebas trabajan juntos todos estos años?

—¡Sí, Marta! Nosotros éramos los contactos de tu padre en España.

—Pero existe la posibilidad de que la Orden de la Luz se haya

enriquecido con estas obras. Tengo informes que indican que Peter Horton era el receptor en Londres.

—Peter Horton era banquero, no entendía de arte. Horton blanqueaba dinero de la organización y custodiaba los bienes de todos los miembros. Gente muy importante. Peter era un hombre débil y fácil de convencer, se volvió ambicioso y traicionó a la Orden de la Luz uniéndose a otra organización de la que nada

sabemos. Su muerte ha sido un ajuste de cuentas.

—Entonces... ¿todo es un montaje? ¿Todos los informes que habéis estado guardando no valen para nada? ¿Sebas ha muerto por custodiar unos papeles que no le sirven a nadie?

—No Marta, Sebas ha muerto por protegerte.

—¿Qué... que quiere decir, Capitán?

Rodrigo Galilea tomó un sorbo de su vaso y esperó un poco antes de contestar. Posó el vaso en su escritorio y se levantó hacia la ventana, contemplando como llovía en Madrid.

—Cuando tu padre se infiltró en la Orden de la Luz, sus llamadas se distanciaron en el tiempo, sus

informes no eran igual de exactos. Nos reuníamos en Barcelona cada seis meses, comíamos, nos reíamos y nos ponía al día de sus temas. Nos hablaba de la Orden como una organización estupenda, dictatorial pero con unas ideas innovadoras.

—¿Mi padre, liado con la Iglesia? ¡Ni de coña, jefe! ¡Eso sí que no me lo trago!

—Tu padre no estaba liado con

la Iglesia, seguía estando en contra de ella, de su poder, de su derroche, de sus ideas victorianas, en fin, en contra de todo; pero esta gente le atrajo de alguna forma, le facilitó acceso a informaciones que él ni siquiera se podía imaginar que existieran. Sebas y yo notamos algo raro en él, al final y a base de mucha presión nos confesó que los únicos ojos que podían ver lo que él había visto eran los de su hija. Los tuyos Marta.

Marta ahora sí que no salía de su asombro. Su padre quería dejarle un legado, ni puta idea de qué; pero un legado. ¿Qué era eso que había visto mi padre, que sabía? Galilea se sentó nuevamente en su sillón y dio otro trago al vaso.

—Nos dejó el encargo de que te protegiéramos, costase lo que costase, siendo cobardes, bajándonos los pantalones, mancillando nuestros nombres si fuera necesario; pero tú tenías que

estar al margen de todo, llegaría el momento en que serías portadora de toda esa información y todos querrían poseerla, te convertirías en objetivo de la Iglesia Católica, de los poderes económicos, incluso de otras religiones. Eso está pasando ya, Marta

—¿Pe... pero... jefe? ¿Yo no tengo nada en mi poder? ¡Nunca he recibido nada de mi padre!

—Marta, si no lo tienes lo tendrás y cuando lo tengas sabrás de sobra lo que es. No te fíes de nadie. Yo también estoy infiltrado en la Orden de la Luz.

—¿Usted? —Marta ya no sabía cómo sorprenderse más.

—¡Sí, Marta, yo! Estando dentro podría controlar más tus acciones y haríamos ver que Sebas y yo teníamos poca o ninguna

relación. Ellos son los que me pusieron aquí, ellos me hicieron Capitán, no mis méritos. Ellos.

Ese comentario no le sonó muy bien a Marta, su Capitán estaba dolido con esas palabras, estaba oyendo como dos hombres habían tirado sus vidas por protegerla a ella y un legado del que ni ellos mismos sabían que era.

—Además, tienes al caniche del

Papa encima de ti a todas horas.
¡Ten cuidado con él! Es un
solucionador de problemas y lo
hace bien, muy bien, y siempre en
nombre de Dios. Esos son los
peores.

—¿Se refiere a Francesco?

—¡Sí, es un Siriani! No te fíes
nunca de un Siriani.

—¿Pero su padre y el mío fueron compañeros?

—Su padre... Marta... mató al tuyo.

La confesión le cayó como una losa encima. Eso no se lo esperaba. Paolo Siriani fue el asesino de su padre. El hijo puta de Francesco se iba a enterar cuando lo tuviera enfrente. Todo lo que le había contado eran mentiras. La estaba

utilizando, ahora lo veía claro. Francesco era uno de los que buscaban lo que fuera que su padre tenía que mandarles a ella.

—¡A la mierda toda la investigación jefe, déjeme ir a por ellos!

—¿A por quién Marta?

—Voy a acabar con la Orden de

la Luz, voy a cazar a Santiago Largo y le voy a hacer vomitar todo lo que sabe.

—Marta, no digo que la Orden de la Luz sea inocente de nada; pero en estos momentos lo único que han hecho ha sido limpiar su cocina cargándose a Horton. Esa muerte se la podemos cargar a cualquier otro. El verdadero enemigo ahora es quien quiere recuperar la información que te ha enviado tu padre.

—¿El Vaticano?

—Sí, ellos lo quieren y utilizaran todos los medios que disponen, y son muchos y muy buenos. Pero hay alguien más, algo ha emergido, una mezcla de los dos, con muchos recursos también, eso es lo que tenemos que averiguar, ¿Quiénes son los otros?

—¿No hay nada que nos lleve a ellos, ninguna pista Capitán?

—Poca cosa Marta, sabemos que tienen su sede en Madrid.

—¡Bueno! Por lo menos los tengo cerquita.

—Ellos son capaces de matarte en cuanto que tengan lo que quieren y no estoy dispuesto a perder más

gente buena por culpa de los curas. Te andarás con cuidado y pondré a trabajar contigo a Roberto.

—¿A Roberto? ¡Ni de coña jefe! —Galilea sonreía agradecido, era la segunda vez que Marta le llamaba “*jefe*”, palabra reservada únicamente para Sebas.

—¡A Roberto, Marta! Os voy a dar un equipo a vuestras órdenes. Tendrás a Sara, Ramiro y a Lola.

—Y a Carlos, jefe. Quiero a Carlos conmigo.

—Y a Seoane también —aceptó Galilea—. Averigua todo lo que puedas sobre tu padre, vuestras comunicaciones, sus regalos, cualquier cosa donde haya podido hacerte llegar la información. De Santiago Largo me encargo yo. Y vigila tus espaldas, no llevo veinte años haciendo esto para perderte

ahora, se lo prometí a tu padre,
Marta.

—No le defraudaré. Gracias
Capitán.

Marta se levantó y se fundió en un abrazo con el Capitán Galilea. Había pasado de ser su enemigo número uno a su protector, ahora entendía a Sebas cuando le decía que dejara tranquilo al Capitán, que tenía muchas cosas en la cabeza.

Marta se retiró del despacho pero tuvo que llamarla Galilea.

—¡Marta... no olvides tu placa y tu arma... aunque imagino que ya llevarás otras encima!

Marta retrocedió y con una satisfacción enorme las recogió de la mesa de su Capitán.

—Gracias otra vez jefe, y...

sí... voy preparada.

Ahora sí que Marta abandonó el despacho y dejó solo a Galilea sentado en su sillón y bebiendo de su vaso de whisky. Esperaba tener razón y que Marta estuviera preparada para lo que iba a venir. Estaba muy preocupado por ella aunque sabía que iba a defenderse bastante bien; pero había una persona con la que tal vez le fallaría el pulso, se lo notó en los ojos. Y se iba a asignar una misión

más para él. Se encargaría personalmente de Francesco Siriani.

Cuando Marta llegó abajo, Carlos la abordó preguntándole atropelladamente por lo que había ocurrido arriba.

—¡Tranquilo, Carlos, tranquilo! No ha pasado nada, ni broncas ni nada, hemos hablado de Sebas y de Carmen y de Raúl, él también esta

jodido y ¡me ha devuelto la placa!

—¡Vaya con el ogro, se ha suavizado hoy un poquito! ¿Qué hacemos ahora?

—Llama a Sara, a Ramiro y a Lola, tenemos que reunirnos con ellos mañana por la mañana, Galilea nos ha dado un equipo.

—¿Un equipo? ¡Qué grande

eres pequeña! Y además te ha asignado buena gente.

—No estés tan seguro. Localiza también a Roberto, está con nosotros.

—¿Qué... a Roberto? ¿Estás loca?

—¡Tú llámale! A ese hijo de puta le quiero cerca de mí.

Madrid despertaba. Como todos los lunes el ruido del tráfico se hacía insoportable y se anticipaba a la alarma del despertador. Por la ventana entraba un sol estupendo que hacía olvidar la lluvia otoñal caída la noche anterior.

Enredada entre las sábanas estaba Marta, con el pelo cubriéndole totalmente la cara.

Daba la sensación que a pesar de los acontecimientos del domingo, había conseguido dormir relajada.

Dio un par de vueltas más en la cama antes de apagar el sonido de su reloj. Quedó boca arriba, respirando profundamente, con sus manos se apartó el pelo de la cara y se incorporó perezosamente; eran esos momentos donde una mujer deja de ser señorita y su cuerpo se estira de todas las formas imposibles. Encima sólo llevaba

una camiseta blanca bastante corta y un pantaloncito de algodón también blanco.

Su prioridad en esos momentos era la ducha, mientras el agua se calentaba y ella se sentaba en el inodoro, se iba despojando de su pantalón y de la camiseta. Completamente desnuda hacía gestos extraños delante de su espejo que comenzaba a empañarse con los vapores del agua caliente.

En pocos minutos estaba lista para enfrentarse al día; envuelta en una gran toalla de baño se preparaba un café y un par de tostadas y encendió la televisión para ver las últimas noticias de lo sucedido el domingo. Buscó el canal donde solía aparecer una periodista que en algunas ocasiones había sido su confidente y con la que intercambiaba información. Ahí estaba, Lucía García, ambiciosa, fría, tenaz, muy convincente y a veces un verdadero incordio.

La periodista daba su noticia situada de espaldas a la puerta del hospital: —Lo último que podemos avanzarles sobre el trágico suceso ocurrido anoche es que el agente de policía Sebastián Martínez también ha fallecido. Ya son tres los policías que han muerto en Madrid en el día de ayer. Todo apunta a un cárter sudamericano que estaba tratando de introducir miembros de su organización en nuestro país para el tráfico de drogas. La inoportuna

aparición de los agentes de policía desembocó en un tiroteo en plena calle Bravo Murillo con el trágico desenlace que ustedes ya conocen. Además, murió uno de los integrantes del cárter, un conocido empresario madrileño, Federico Santos, sobrino de Monseñor Julián Santos con el que aún no hemos podido hablar...

Lucía seguía hablando mientras Marta terminaba su café. Parece que Galilea se había encargado muy

bien de desviar el tono de la noticia, nada apuntaba a lo que realmente se estaba cocinando. Marta dejó la toalla en el baño y fue a su habitación, de fondo seguía oyendo a Lucía García mientras terminaba de ajustarse sus vaqueros y se ponía una camisa roja. Sentada en la cama y terminando de ponerse sus botas cayó en algo que acababa de decir la televisión: “Federico Santos, ¿sobrino de Julián Santos? Se acercó nuevamente al televisor y con los brazos cruzados movía sus

labios pensando la implicación de “Monseñor” en todo este embrollo.

Miraba fijamente a Lucía, perfectamente vestida, perfectamente maquillada, nunca llevaba ningún tipo de joyas encima, nunca, solo ese anillo que siempre resaltaba en su mano cuando sujetaba el micrófono. Marta se acercó un poco más a la televisión, dudó un poco; pero lo tenía delante de los ojos, el sello que Lucía llevaba puesto ya lo

había visto antes ¡Claro que sí!

Se lo había visto a ella. El mismo símbolo que tiene el cinturón de Peter Horton. Apagó la televisión y se puso su cazadora, de camino a la puerta recogió su bolso con el exceso de peso que le puso la noche anterior y cerró la puerta de su casa. En el descansillo le esperaba Francesco. Se quedó parada pero no era el momento de enfrentarse a él.

—Buenos días Marta, ¿te acompaño?

—Hola, Francesco. Tengo una reunión importante en comisaría.

—Puedo esperarte abajo.

—Puede ser eterna, no sé cuándo acabaré, te llamo luego y quedamos como hablamos anoche.

—¡Cómo quieras, Marta! —

Francesco se quedó mirando como Marta bajaba por las escaleras, no le importaba para nada la negativa de Marta, llevaba toda la noche sin dormir y había tomado una decisión. Se pegaría a ella todo el día.

Marta salió a la calle y en lugar de tomar su coche continuó andando por la acera hasta el bar que tenía más abajo, ahí compró una cajetilla de tabaco y se pidió otro café.

Tenía esa costumbre todas las mañanas, un café de máquina y un cigarrillo en la puerta del bar. Removió su bolso buscando el móvil cuando cayó en la cuenta que se lo habían quitado la noche anterior.

Afortunadamente tenía su antiguo aparato de teléfono que guardaba en su coche con tarjeta y todo. Se lo quitó de en medio por un acosador que le hacía la vida imposible durante una temporada;

pero nunca lo llegó a dar de baja.

Apagó el cigarrillo y se encaminó al coche, dejó el bolso en el asiento del copiloto y rebuscó en la guantera hasta que apareció el móvil; cuando lo conectó empezaron a saltar decenas de mensajes que seguramente serían del vicioso que se encoñó con ella.

Tiró el aparato junto al bolso y cerró la puerta de su coche tras

varios portazos. ¿Y ahora qué? Se preguntó, ¡por donde empiezo! Miró hacia donde estaba el móvil, ya había dejado de recibir mensajes. Lo tomó y accedió a su agenda, aún tenía todos los contactos guardados.

—¿Lucía? Hola soy Marta Castro. ¿Tienes un ratillo para tomar un café ahora? Nada, no pasa nada, hablar un poco sobre lo de anoche, estoy muy tocada y quería desahogarme un poco. ¿Te veo en el café de la Plaza de Oriente en

media hora? Gracias Lucia. Hasta ahora.

Después de colgar realizó otra llamada, esta vez era a Carlos para comunicarle que reuniera al equipo a media mañana en comisaría. Guardó el móvil en el bolso y vio los folios donde estuvo organizando sus notas anoche, los estuvo contemplando durante unos minutos, ajena completamente al movimiento de Madrid que sucedía a su alrededor, ajena incluso a lo que no

se movía, el coche detenido al otro lado de la calle donde la observaba Francesco.

El reloj de la Puerta del Sol marcaba las nueve de la mañana y se podían oír las campanadas desde su mesa en el café de la Plaza de Oriente. La vista era espectacular, ese sitio la tenía enamorada. La mañana acompañaba con una temperatura nada otoñal, hasta le estorbaba la cazadora que llevaba puesta.

Los turistas ya paseaban por los jardines haciendo fotos a todo lo que veían, detrás de un grupo de ellos vio acercarse a Lucía García, aguardó hasta que estuvo junto a ella y se levantó para darle dos besos.

—¿Cómo estás cielo? —Le preguntó Lucía sujetándola por los hombros.

—¡Bien, Lucía, un poco más recuperada! —Las dos chicas se sentaron en la mesa y se les acercó el camarero al que pidieron dos cafés.

—¡Ha sido terrible! Cuando me enteré que tu compañera era una de las fallecidas no me lo podía ni creer! Lo lamento mucho de veras.

—¡Lo sé! Gracias. Lucía.

—¿Necesitas algo? Ya sabes que puedes pedirme lo que quieras Marta.

—Sí, necesito algo de ti, quisiera unas respuestas y a lo mejor una zorra como tú me las podría dar.

La cara de Marta cambió por completo cuando le soltó la frase a Lucía, ésta se quedó inmóvil, seria, se reclinó sobre el sillón y guardó

silencio mirando fijamente a Marta hasta que el camarero apareció con los cafés y sacó a ambas del enfrentamiento que tenían con sus miradas.

—No me voy a hacer la sorprendida Marta.

—No eres menos zorra por ello.

—Dejemos a un lado los

insultos personales ¿hasta dónde sabes?

—No es hasta donde sé yo, es cuanto me vas a contar tú.

—Mi trabajo es contar noticias, Marta, contarle al mundo lo que ocurre...

—¡Déjate de chorradas Lucía!
—Marta cortó tajantemente— Si no

te vas a hacer la sorprendida
tampoco empiezas con
divagaciones.

—¿Cómo me has relacionado?

—El anillo

—¡Eres buena, cielo!

—¿Qué relación tenías con
Peter Horton?

—Me acostaba con él. No era un profesional de la cama pero... era muy esplendido con sus regalos.

—¡El anillo, Lucía! Me importa un huevo tus polvos.

—Digamos que, en un momento dado, tuve que abrir mis piernas para proteger el culo de una niñata. ¡Aunque nunca tuve problemas para

ello, me lo he pasado bastante bien!

Lucía García dejó que Marta asimilara su respuesta mientras ella tomaba un cigarrillo de su preciosa pitillera, seguramente regalo de su amante. Expulsando el humo por su boca se cruzó de brazos y dedicó una sonrisa a Marta.

—¿Sorprendida?

—Ya nada me sorprende Lucía.
¿Qué puedes contarme?

—Tu padre organizó una tapadera para que sus averiguaciones no cayeran en personas equivocadas. Puso a Sebastián Martínez como cebo para que todas las miradas fueran hacia él. La verdadera información debía estar guardada hasta que llegara el momento oportuno.

—¿Por qué el momento oportuno? Si era algo grave o peligroso, ¿por qué no lo sacó a la luz en su momento?

—Blanquear una información antes de tiempo puede ocasionar que pongas a la defensiva tanto a unos como a otros y no consigas nada, sólo alargar en el tiempo la situación; en cambio, si esperas a utilizarla cuando ya no hay vuelta atrás, puedes hacer caer un verdadero imperio.

—¿Y por qué yo?

—No lo sé, Marta, quizá tu padre pensó y acertadamente que esto tardaría años en suceder. Para entonces tú ya serías una mujer, estarías fuera del punto de mira de todos y tenías un ejército de amigos protegiéndote. Nunca entendí los planes de tu padre, yo llegué más tarde a este tinglado.

—¡Pero yo no tengo nada! No entiendo de conspiraciones para acabar con el mundo ni nada por el estilo, mi vida ha sido siempre...

—¡Tu vida, Marta, ha sido siempre un mágico mundo de colores! —Interrumpió Lucía— Y lo seguirá siendo; pero te acaban de dar unas cuantas hostias que te han espabilado y si no ha sido así, ¡espabílate!

—¡Dónde empiezo a buscar!

—Siempre has sido una gran coleccionista de películas de cine. Empieza por ahí.

Lucía se levantó de la mesa, apagó su cigarrillo y dejó un billete de veinte euros en la mesa, se despidió de Marta sin decir nada más, solo con un beso en la frente. Marta contemplaba como se alejaba por los jardines y provocaba alguna

que otra mirada en los hombres con los que se cruzaba.

Era cierto que le encantaba comprar y comprar películas, era obsesivo, tenía centenares de ellas, muchas sin desprecintar. Comenzó a hacerlo cuando su padre se las traía de sus viajes o se las mandaba por correo. Siempre le decía que las verían juntos, para que pudiese comprenderlas, que ella era muy joven para el cine de autor.

Películas con unos títulos innombrables en idiomas raros. Y ella cumplía su promesa, nos las vería hasta que estuviera con él. ¿Así que probablemente esos discos contienen lo que andan buscando? Pensó; pero su padre murió y ella siguió recibiendo películas. Recordó que Sebas le contó un día que su padre tenía una suscripción a un video club y que ella iba a seguir recibiendo películas de esas raras que le gustaban a él para que continuara

con la colección.

Vale, pero ¿si su padre murió y en los discos está la información? ¿Quién se encargaba ahora de enviárselos? ¿Quién metía la información en los discos?

Hace menos de una semana que había recibido un último envío, una película de mutantes producida en no sé qué país del este de Europa. Vamos, una aberración y que había

tirado a la caja de siempre. Iba siendo hora de darse un lote de cine en su casa.

Se levantó de la mesa dejando como propina el cambio de la consumición. Lo pensó mejor. ¡Catorce euros era demasiada propina, coño!

Marta se fue a buscar su coche pensando que tenía que llamar a Carlos para que no reuniera al

equipo, quería ver todo lo que había en esas películas y además tenía que quitarse de encima a Francesco, sabía que estaba siguiéndola, no le había localizado pero tenía claro que estaba ahí.

Se acercó a algunas tiendas de la zona y compró un par de trapos, se tomó otro café y paseó por la Plaza Mayor, no tenía intención de despistar a su vigilante; pero sí que viera que intentaba pasar un día relajado. No quería ninguna

intromisión.

28

Marta subía por las escaleras de su casa, sabía que en cualquier momento tendría de frente al curita y quería mostrarse abatida, cansada. No se equivocó, allí estaba, esperándola en el descansillo. ¿Cómo demonios un tío que no vive en Madrid puede estar siguiéndola y llegar antes que ella a su casa?

—¡Hola Francesco! ¿No te cansas de esperarme siempre?

Continuó andando hacia su casa sin dejar de mirarle y al pasar junto a él, se echó las bolsas de la compra que acababa de hacer al hombro. Francesco sonreía.

—¿No tenías una reunión en la comisaría?

—Si Francesco, ¡tenía! Pero estoy fatal, no me puedo quitar de la cabeza a Carmen ni a Raúl, ni a Sebas, he llamado y he pedido el día libre, necesito estar sola. Lo siento.

—Lo entiendo, Marta, es duro perder a unos amigos. Si luego te encuentras mejor dame un toque y nos vemos, estoy dando por hecho que hoy no comeremos juntos.

—Yo te aviso, Francesco.
Gracias —Marta cerró tras de sí la puerta de su apartamento y observó por la mirilla a Francesco. Esta vez no fue a su apartamento, bajó las escaleras y se perdió. Había conseguido convencerle para que la dejara tranquila un buen rato.

Tiró todos los bártulos encima de la mesa y abrió el altillo del armario que tenía a la entrada. Había varias cajas de cartón, casi todas precintadas, tomo una de las

que estaban abiertas y se la acomodó cerca de ella, junto al sofá.

Dejó el ordenador encendiéndose mientras se ponía cómoda, poca cosa, quitarse las botas y los vaqueros. Se acercó a uno de los armarios de la cocina y se apropió de un buen lote de bollos de chocolate que solía tener siempre a mano.

Sentada con las piernas casi en posición de loto en su sofá, tomó un disco al azar, le quitó el plástico de protección y se dispuso a ver la película.

¡Insufrible! Llevaba casi una hora viendo trozos de películas y empezaba a tener ganas de coger su pistola y pegarle un tiro al ordenador. Esos bodrios no había quién se los tragara y ni siquiera era capaz de cazar alguna palabra en esos idiomas eslavos. Empezaba

a creer que su padre era un cabrón.
¡Venga papi, pónmelo más fácil por favor! Se repetía de vez en cuando. Sacó el disco que tenía dentro del ordenador y abrió otro para introducirlo.

Le costaba un poco de trabajo leer este último, lo sacó del portátil y se lo pasó por la camisa con el afán de limpiarlo un poco. Lo introdujo nuevamente y seguía sin leerlo, bueno, entre tantos discos algunos tenía que estar defectuoso;

pero decidió saltarse el autoarranque del disco y entró desde el explorador. Ella no era una experta en informática pero recordaba muy bien la estructura de un DVD de cuando pirateaban sus películas y ningún fichero se llamaba “peque”; así es como la llamaba su padre.

Lo que acababa de encontrar era un fichero de texto, lo abrió y lo único que contenía era el enlace a una página de Internet, copió el

texto y lo abrió con el navegador, ante ella sólo se abrió una pantalla negra con un cuadro que le pedía una contraseña. ¡Cómo en las películas, joder! ¿Y ahora qué, papi? ¿Cómo coño quieres que entre?

Comenzó a introducir palabras, fechas, todo lo que se le ocurría pero la maravillosa máquina siempre le daba la misma respuesta “*Contraseña incorrecta, vuelve a escribirlo peque*”. ¡Encima su

padre gracioso con los mensajes!

“Vuelve a escribirlo peque” se repetía Marta una y otra vez: “vuelve a escribirlo peque” ¿Qué querría decir su padre con esa frase? De pronto recordó esas palabras, de pequeña ella tenía problemas con ciertas palabras y su padre le hacía escribirlas una y otra vez cuando las pronunciaba mal, sobre todo una, “*pedrada*”.

La escribió en el ordenador y...
¡nada! El maldito mensaje:
“Contraseña incorrecta...”. Se
agitaba su cabello
desesperadamente intentando dar
con el acertijo hasta que se paró en
la bendita palabreja “...
incorrecta...”. ¡Eso es, joder!

Incorrecto, lo correcto es lo
incorrecto, ¡me cago en la puta!
Escribió la palabra en el teclado tal
y como ella lo pronunciaba:
“*predada*”. Cruzó los dedos, si no

se abría la página decididamente le pegaba un tiro al ordenador.

La pantalla se quedó en negro, un punto parpadeaba en el centro de ella cuando otro mensaje se abrió: “La batería está a punto de agotarse...” ¡Joder... ahora no! No te apagues cabrón. ¿Dónde está el cable? ¡Me cago en mis muertos! Marta se tiró al suelo buscando donde había dejado el conector de corriente de su aparato, lo agarró fuertemente y lo enchufó al

ordenador. ¡Venga, ábrete... por favor ábrete! No tuvo que esperar más. Sea lo que fuere acababa de acceder. Era una página basta, sin dibujitos y colorines, simplemente una larga lista de ficheros. Pinchó sobre uno de ellos, al azar, y ahí lo tuvo, delante de sus ojos.

Abrió otro y otro, ni siquiera se entretenía en ver el contenido completo, cada enlace podía tener cientos y cientos de páginas de información, fotografías, vídeos,

informes. Todos eran distintos.

Cargó varios discos más y siempre era lo mismo cada nueva película actualizaba la información anterior. En los discos no había nada, sólo la forma de acceder al gran archivo secreto del Vaticano. En sus manos tenía todo, su padre era un genio, vaya bomboncito le había regalado.

Se detuvo un momento más en

uno de los documentos que tenía ante ella y lo estuvo leyendo un rato. ¿Así que esa era la forma en la que convertías el agua en vino, eh? ¡Que tunante! ¡Algún día probaré a hacerlo!

Marta ya tenía cuanto necesitaba, sacó el disco del ordenador y lo dejó apagando mientras reunía todas las cajas que contenían su colección de películas. Se vistió y las fue bajando hasta su coche, no dejó en su casa rastro de

nada, ni siquiera el resto de los envoltorios de los discos.

Estaba a punto de entrar en su coche cuando se le acercó un hombre.

—¡Buenos días! ¿Señorita Castro?

Marta quedó petrificada, a este no le conocía, puso su mano dentro

del bolso y agarró su pistola.

—Sí, soy yo, ¿Qué desea?

—Disculpe la intromisión, soy el secretario personal de Santiago Largo y aunque quizá sea precipitado, el señor Largo quisiera invitarla a comer hoy.

—No conozco al señor Largo, y es bastante precipitado, tiene usted

razón, tengo cosas que hacer.

—Permítame que insista.

—Permiso denegado, ¡mire soy agente de policía y ya le digo que no tengo ni idea de quién es su jefe, dígame que me mande un mail y ya le contestaré.

—Tiene razón señorita Castro, presentarme aquí, así por las

buenas, invitándola a comer en nombre de la persona que quizá mejor conozca a su padre ¿quizá un café más tarde le vendría bien a usted?

Marta sacó su sonrisa más irónica a la que respondió también el hombre.

—Sabe usted convencer a una mujer.

—A las cuatro señorita Castro. En el Paseo de la Castellana, ya sabe usted el hotel donde nos alojamos.

—Ahí estaré.

El secretario personal, ¡vamos el matón de Santiago Largo!, se metió en el coche que estaba aparcado delante del suyo y se marchó. Marta seguía sonriendo. ¡Esto se pone bien! Se decía a sí

misma. Va a ser un café muy divertido.

Se metió en el coche y puso dirección a una zona apartada del barrio de Vallecas que ella conocía muy bien, había varias naves abandonadas y por ahí se movían trapicheos y yonkis habituales de la zona. Detuvo el coche delante de un grupo de chicos.

—¡Hola Pepote! ¿Cómo vas

colega?

—Con lo que se puede jefa, un poco allí, un poco aquí...

—Sí, sí, claro... oye colega, ¿diez pavos y me echas una mano?

—Tardaron medio segundo en ponerse todos en pie alrededor de ella— Descargar todas las cajas del coche y tirarlas en ese contenedor.

No tardaron mucho en hacerlo, Marta le dio unas indicaciones al más joven y este corrió a cumplir las órdenes de la chica, abrió la tapa del depósito del coche de Marta y sacó un poco de gasolina. Suficiente para que todo comenzara a arder cuando acercó la llama de su mechero.

—¿Cuándo se trata de tirar cosas no se anda con chiquitas verdad jefa?

—¡No, Pepote, no me gusta andarme con chiquitas! Y cincuenta pavos más si os quedáis aquí hasta que no quede nada en el contenedor.

—¡Jefa, y si quiere quemamos la nave entera!

—No es necesario colega, con que arda esto es suficiente.

Marta se marchó con una gran

sonrisa en su cara, ahora lo único que le apetecía era una enorme hamburguesa y una cerveza, estaba hambrienta.

29

Francesco fue testigo de cómo ardía todo el contenedor de basura. Había acertado, si se quedaba en su apartamento Marta seguiría sospechando y hubiera intentado esquivarle.

Por fin había encontrado los ficheros secretos del Vaticano, y ahora los estaba destruyendo. No entendía nada, tenía en su poder una

de las mayores fuentes de poder y de información conocida en el mundo y la estaba quemando.

Debía de tener otros planes, empezaba a conocerla y daba por seguro que querría zanjar este tema lo antes posible. Y no, no la veía deshaciéndose de esas pruebas, las tendría escondidas muy bien. Acababa de convertirse en prescindible; pero no iba a ser él quien la quitara de en medio. Tomó su teléfono y llamó a su sicario.

—Señor Estaban Rubio ¿le pillo entretenido en la comida?

Rubio, efectivamente estaba comiendo, con Julián Santos, al que le hizo una seña y activó el “manos libres” del teléfono.

—Buenas tardes, señor, pero nada que no pueda esperar.

—Esteban tenemos unos ligeros cambios de planes. Es necesario que la señorita Marta Castro siga de momento con vida. Ciertas informaciones nos obligan a retenerla y que soporte un largo interrogatorio, por supuesto señor Rubio, con sus técnicas tan particulares.

—Como usted ordene señor. ¿Cuándo lo quiere hecho y donde desea que la llevemos?

—Conseguiré que la señorita Castro esté a solas esta noche detrás del edificio de la Embajada de Vietnam. A las diez será toda suya. Allí nos veremos y le indicaré el lugar donde la mantendrá encerrada.

—Así se hará señor.

—Espero que esta vez no vuelva a decepcionarme señor Rubio, estaré muy atento de usted.

Francesco colgó la comunicación. En el comedor del restaurante donde estaban Julián y Esteban también desconectaron el aparato.

—Vaya Esteban, parece que amanecer Negro acaba de cambiar de idea con la muerte de Marta Castro. ¿Qué habrán descubierto?

—Sea lo que sea es una información bastante valiosa para ellos... y por supuesto, para nosotros.

—Sí... esta chica nos va a resultar de muchísima utilidad. Acude esta noche y cuando le saques toda la información mácala. Y mata también a todos los que estén allí de Amanecer Negro. Llévate a los hombres que necesites.

En otro lugar de Madrid, Francesco seguía a Marta hasta un restaurante de hamburguesas, sonreía ante la debilidad que tenía esta mujer por tomar esa clase de comida, si pudiera la llevaría a un verdadero restaurante a comer. Aunque viendo como disfrutaba con ella y como bebía esa asquerosidad de cerveza que te ponen en esos locales no sabía si acertaría o no.

Su cara era una delicia hasta con los carrillos hinchados de

comer. ¿Por qué las cosas no pueden acabar bien siempre? Al cabo de un rato, Marta salió del local y se entretuvo en la puerta fumándose un cigarrillo, la vio hacer algunas llamadas por el móvil, no debían ser importantes porque se reía muchísimo. Le alegraba verla en ese estado de ánimo después de lo que acababa de pasar.

Marta cogió su coche y se marchó. Francesco la seguía a

distancia. Unos minutos después estaban metidos en pleno Paseo de la Castellana de Madrid y paró frente al hotel donde se alojaba Peter Horton y por supuesto, Santiago Largo. ¿Qué pretendía ahora esta pequeña?

La vio salir del coche y antes de entrar acudió a recibirla Gianni, el secretario de Largo, observó cómo se daban la mano y se saludaban entre sonrisas y la acompañaba al interior. Tendría que esperar fuera;

ya averiguaría de qué estaban hablando, estaba seguro que Marta se lo contaría.

El salón del hotel estaba prácticamente lleno de tertulianos con sus copas y cafés en las manos, empresarios y clientes estaban en el punto álgido de sus conversaciones.

Gianni acompañó a Marta hasta la mesa en donde la esperaban. Santiago Largo se levantó

rápidamente abotonándose el botón de su chaqueta.

—¡Señorita Castro, por fin tengo el enorme placer de conocerla! Por favor ¡Siéntese!

—¡Gracias! —Contestó Marta con una estupenda sonrisa.

Gianni se le acercó y le pidió permiso para retirarle la cazadora.

Marta aceptó y se sentó frente al señor Largo que aguardó a que ella lo hiciera primero. Al momento, un camarero del hotel se presentó con los cafés ya preparados.

—Me había tomado la libertad de pedirle el café directamente cuando la vi entrar.

—Es usted muy amable señor Largo.

—Es usted guapísima y se le parece mucho a su padre.

—¡Ah, sí! Mi padre. Según su secretario, le presentó como el hombre que mejor conocía a mi padre.

—¡Bueno, quizá ha exagerado un poco! Es cierto que le conocía muy bien.

—¿Y de que se conocían?

—¡Cómo le diría... teníamos negocios en común!

—¿Qué negocios señor Largo? De pronto tengo una tremenda curiosidad por la vida de mi padre, tanto que casi se puede decir que estoy ocupando su rol.

—Verá, su padre, como policía,

intervino en algunos casos donde sufrí una serie de robos y él culminó las investigaciones con gran éxito.

—Señor Largo, no me voy a andar por las ramas, no he aceptado su invitación a café por conocerle, ni siquiera tengo interés en que me cuente cosas de mi padre. Es más, paso de usted y de su organización. Quiero a la Orden de la Luz fuera de Madrid ahora mismo.

—¿Señorita Castro, pero qué cosas dice? ¿Orden de la Luz?

—Señor Largo, tengo todo.

Santiago Largo se quedó serio, esa afirmación de Marta Castro, tan directa y por el camino que llevaba la conversación le había preocupado bastante.

—¿Qué quiere decir todo,

Marta?

—Quiere decir lo que usted ha entendido, ya pueden dejar de buscarlo, lo tengo yo y la verdad, es fascinante su contenido —Marta se recreó mirando a Santiago Largo mientras pronunciaba estas palabras.

—Marta, acaba de perder su seguro de vida.

—No Santiago, no soy tan gilipollas, si me ocurriese algo Internet estará echando humo durante muchos, muchos días y ni la Iglesia se mantendrá en su sitio ni usted ocupará el lugar que anhela.

—¿Qué es lo quiere, Marta? — La seriedad de Santiago ya era patente, le había puesto contra las cuerdas.

—Me olvido de los robos, de

los falsos expolios de obras de arte, hable con su gente, si quieren matarse entre ustedes es asunto suyo. Me importa un huevo que Papa les gobierne. Pero lárguese de España por una temporada y entierre el nombre de mi padre para siempre.

—¿Así, sin más? ¿Sin nada a cambio?

—Sólo quiero el nombre del

asesino de mis compañeros y es libre de irse.

—Existe una tercera organización en la sombra, con gran poder económico y financiero pero aún muy verdes para que sean una alternativa o un enemigo peligroso. Se reúnen en un lugar que ellos llaman “la cueva”, en la calle Arenal, algunos miembros le sorprenderán muchísimo Marta.

—Continúe Sebastián, ¿es tan agradable oírle hablar mientras tomamos un café! —Marta utilizó un tono irónico para acompañar su frase.

—La segunda persona al frente de la organización se ha encargado de la muerte del inspector Sebastián Martínez.

—Su nombre Santiago.

—Le conoce perfectamente,
Roberto Sánchez.

Marta recibió el nombre con una gran satisfacción y su rostro esbozó una ligerísima sonrisa que al mismísimo Santiago Largo le produjo escalofríos.

—Y ahora señorita Castro, si me disculpa... —Se levantó de la mesa abotonándose nuevamente la chaqueta de su traje— He de tomar

un avión esta misma tarde con destino a Paris, tengo que pasar allí una temporada.

—No quisiera entretenerle señor Largo.

—Ha sido un verdadero placer conocerla; pero tenga en cuenta que nos seguiremos viendo.

—De eso estoy segura.

—Marta, está sentada sobre un polvorín y le puede estallar en cualquier momento.

—Si el polvorín estalla, os venís todos conmigo a tomar por culo al infierno.

Santiago Largo se apartó de la mesa y Gianni acomodó la chaqueta en el brazo de Marta. Los dos se

comenzaron a retirar pero Largo se giró una vez más.

—¿Marta?

—¿Santiago?

—Un último regalo de despedida y para que abra las puertas de alguna futura colaboración. Busque a Esteban Rubio, ordenó la muerte de sus

compañeros y crucificó a Peter Horton.

—Está a punto de perder un avión, señor Largo.

Marta se quedó observando como ambos hombres abandonaban el gran salón, se dejó caer en la silla y respiró profundamente, no podía imaginarse como había podido soportar con tanta frialdad la conversación con el líder de la

mayor organización que quería reventar la Iglesia Católica.

Pero ya tenía lo que quería, ahora tenía que hacer una visita a un par de tipos y quería empezar por Roberto, ya había repetido muchas veces que a ese hijo de puta le tenía muchas ganas.

30

Roberto vivía en un precioso ático en el piso dieciocho, en un barrio residencial de Madrid. Había estado un par de veces, una verdadera polvera. Era el picadero más sofisticado que había conocido.

Llevaba dos horas paseando por la calle, pensando, ni siquiera había entrado en un bar a tomar una

cerveza ni se había llevado un cigarrillo a la boca. Había quedado a las siete con Carlos, la noche ya había caído sobre Madrid cuando le vio llegar calle abajo.

—¿Marta?

—¿Preparado Carlos?

—No

—¿Has comprobado que también estaba allí?

—Sí, está dentro.

—Así me gusta, ¡venga! —Le dio un golpe en la espalda y se encaminaron al portal de Roberto. En la acera de enfrente estaba la eterna sombra de Marta, Francesco. El ascensor subió hasta la última planta. Con paso decidido se pararon delante del apartamento de

Roberto y llamaron al timbre. Al cabo de unos instantes se abrió la puerta.

—¿Marta, Carlos? ¿Qué sorpresa? Ya no pensaba veros hasta mañana.

—Hola Roberto, hemos venido a consultarte unas cosillas.

—Marta, verás... ahora estoy

ocupado, ¿no podríamos dejarlo para la reunión? ¿Cuándo la vas a organizar? ¿Mañana?

—Va a ser solo un momento Roberto, venga anda déjanos pasar —Carlos le soltó un empujón y Roberto se revolvió pero Marta llevaba ya su pistola en la mano y le apuntó en la cara.

—Hemos dicho que va a ser solo un momento.

—¿Pero qué demonios os pasa...? —La puerta del dormitorio se abrió en ese momento.

—¿Qué pasa cariño, porque no vienes? —Martina pegó un grito cuando vio la escena que tenía ante sus ojos. Salía completamente desnuda envuelta en una sábana.

—¿Hola Martina? ¿Te veo

fenomenal de viuda?

—¡Marta!

—Martina

tartamudeaba cuando la contestó, estaba aterrorizada. Carlos sentó de un empujón a Roberto en el sofá y le ató las manos a la espalda con una abrazadera.

—¡Vístete Martina!

—Marta, esto no es lo que

parece.

—¡Martina, por favor! Me importa un huevo que te cepilles a Roberto, esto no tiene nada que ver con vuestros líos, ¡anda, vístete ya! Pero por favor, Martina, no entres en el dormitorio, saca tu ropa y vístete delante de nosotros, a Carlos no le importa verte desnuda y Roberto ya te tiene muy vista.

Martina obedeció y sacó su

ropa, se fue vistiéndose aceleradamente delante de todos. Se iba malhumorando por momentos y cuando terminó se intentó acercar a Marta.

—¡Escúchame, mocosa...! —
Marta la interrumpió, apuntándola con la pistola.

—¡Eh... eh! Tranquila monada, no tengas prisa, estas muy desmejorada, follar parece que no

te sienta bien, anda vamos al baño y maquíllate un poco.

—¡Estás loca!

—¡Vamos, al baño! —Marta la empujó con el cañón de su arma y se mantuvo allí hasta que Martina terminó de maquillarse— ¿Lo ves? Ahora estas preciosa, Martina. Vamos sal.

Roberto no podía decir nada, Carlos le había amordazado y le apuntaba con su pistola.

—Martina, acompáñame a la terraza tenemos que hablar tu y yo a solas un rato, y las vistas desde aquí son estupendas.

Roberto se revolvió en el sofá y Carlos le golpeó en la cara con su arma dejándolo tendido y con una brecha en el pómulo. Martina se

asustó y paso aceleradamente a la terraza.

—Parece que te molesta que tenga una aventura con Roberto.

—Martina, ya te he dicho antes que me la suda a quien te folles tía. El tema no es ese, el tema es que tu marido acaba de morir y tú estás destrozada, no lo soportas, estabas tan enamorada de él que no lo has podido evitar.

—¿Qué quieres decir, Marta?

—Tu vida sin Sebas ya no tiene ningún sentido.

—¡Marta, por Dios! ¡Tengo dos hijos!

—Tranquila Martina, están con la abuela en Villalba, lo tenías todo muy bien preparado.

—¡Marta no lo hagas!

—Fíjate que noche más estupenda, que bien se ve Madrid desde aquí. ¡Sube al muro! —El tono de Marta se endureció. Martina lloraba y negaba con la cabeza— Te he dicho que te subas al muro.

Temblando, Martina se colocó

donde Marta le había indicado, con sus manos se aferraba fuertemente a la barandilla.

—¿Marta, que pretendes?

—Venga tía, deja ya de lloriquear, tú y Roberto habéis matado a Sebas y no tengo ninguna intención de entregaros ni de que paséis un juicio justo y esas cosas.

La cara de Martina le devolvió una mirada de odio, ya no tenía que fingir ser una mujer atrapada con su amante.

—¡Eres una puta zorra de mierda, Marta Castro!

—¡Sí, sí, sí... anda salta ya que empieza a refrescar!

—No pienso saltar, pienso

matarte a ti también.

—¡Que te calles y salta! —Le gritó Marta soltándole las manos. Martina la escupió a la cara gritándole ¡Zorra! Marta ya no la miraba a la cara, simplemente la empujó.

El grito de Martina se fue apagando mientras caía por los dieciocho pisos del edificio. Marta entró en el apartamento donde la

esperaba Carlos con un aturdido Roberto. No se dijeron nada, levantaron al cómplice de Martina y salieron del ático.

En la calle, Francesco había estado observando todo lo que ocurría, había visto caer a la mujer y ahora comprobaba como Carlos y Marta metían a un compañero suyo en el coche. Las sirenas de la policía y de la ambulancia ya se oían cerca del lugar.

El coche de Marta arrancó rápidamente y se perdió en dirección a la M40. Francesco la seguía y empezaba a reconocer el lugar hacia el que se dirigían, había pasado por allí esta mañana. Marta se detuvo junto al contenedor donde había quemado todas las cajas que sacó de su casa. Junto a él, estaban sus amigos.

—¡Pepote, colega! ¿Cómo estáis chavales?

—¡De puta madre, jefa! ¿Quién es el pájaro?

—Un canario. ¿Cómo quedó nuestra chimenea, Pepote?

—¡Niquelá, jefa!

—Pues parece que va a hacer

frío esta noche, habrá que volverla a encender.

—¿Por cincuenta pavos, jefa?
¿Esto no es cartón, es un canario?

—Dos cincuenta, Pepote, cincuenta para cada uno Roberto se revolvía como un loco pero Carlos le tenía bien agarrado, a una señal de Marta le apartó la mordaza de la boca.

—¡Te has vuelto loca, tía!
¿Pero qué cojones estás haciendo?
Acabas de cargarte a la mujer de tu jefe ¿y ahora pretendes quemarme?
Eres una psicópata, tú no estás preparada para ser policía.

—¡Cállalo Carlos! —Carlos le soltó un rodillazo en las tripas que le hizo encogerse de dolor. Le agarró de los pelos y le levantó la cara poniéndola delante de Marta.

—¡Mira Roberto! Eres el hijo puta más grande que he conocido, y hace tiempo que te tengo ganas. Eres un puto soplón pero cruzaste la línea cuando matasteis a Sebas.

—No tienes ni idea de contra quién te estás metiendo, te pueden aplastar mientras se sacuden la picha en el urinario.

—¡Que se calle! —Carlos volvió a propinarle otro rodillazo,

este ya le hizo dar algunas arcadas.

—Me importa un huevo quienes son tus jefes...

—¡Yo te puedo decir quiénes son! —Sonó la voz en la oscuridad.

Carlos se volvió rápidamente apuntando con la pistola y Marta ni siquiera lo hizo, sabía perfectamente que tarde o temprano

aparecería.

—¿Francesco? ¡Has tardado demasiado en llegar!

—Estaba intrigadísimo de cómo llevarías la operación, Marta, y he querido dejarte hacer.

—Como ya le he dicho a Roberto, ahora mismo me importa un huevo, él tiene que pagar por sus

crímenes.

—Marta, eres policía, ¿no crees que la ley debería encargarse de Roberto?

—Sí, la Ley —levantó su arma e introdujo el cañón en la boca de Roberto. Carlos se apartó y Francesco agachó la cabeza con gestos negativos. Fueron unos segundos tensos, en la cara de Roberto se podía apreciar el farol

que se estaba tirando Marta y sonreía.

Elevó su rostro aún más, orgulloso, Marta agachó sus ojos y disparó. El cuerpo de Roberto cayó de espaldas, ni siquiera se retorció. Se quedó mirándolo, sin pestañear, en su brazo y en su rostro se marcaban los restos de las salpicaduras producidas por el destrozo del disparo en la cara de Roberto.

Nadie decía nada, nadie se movía hasta que Marta hizo un gesto y el grupo de chicos comenzaron a recoger el cadáver y meterlo en el contenedor. En menos de dos minutos el infierno se había vuelto a desatar y las llamas consumían el cuerpo de Roberto.

—¡Pepote! —Gritó Marta.

—¡Diga jefa!

—¡Que no quede ni rastro!

Pepote le hizo una señal con la mano y comenzaron a liarse unos canutos. Aún tardaría mucho en arder aquello.

Carlos entró en el coche y dejó a solas a Marta y Francesco.

—¿Cómo te sientes ahora, siendo una asesina?

—Igual que tú.

—Este no es tu trabajo, Marta. No se mata por matar. Ni siquiera encuentro razones cuando a mí me encargan algún trabajo.

—Pero cumples con tu trabajo.

—Sí

—¿Vas a cumplir la misión que tienes ahora?

El silencio se apoderó del momento, Marta tenía la mano ligeramente levantada, sabía que si se movía no iba a dudar en disparar, lo veía en sus ojos, le costaría mucho pero dispararía.

—No, no lo voy a hacer.

—¿Qué te lo impide, Francesco? ¿Qué tenga yo el arma en la mano?

—¡No Marta! Estoy harto de todo esto, tú tienes tanto poder en tus manos como lo tengo yo. Roberto y Martina recibieron instrucciones de mi jefe para matar a Sebas, yo lo desconocía. Era su segunda opción por si yo fallaba.

—¿Y qué vas a hacer?

—Si tú eres capaz de mantenerte con vida con todo lo que sabes, yo estoy contigo. Vamos a tener mucho trabajo en protegernos. Ahí fuera hay un terrible ejército de súbditos dispuestos a cumplir órdenes divinas.

—Eso puede esperar a mañana, Francesco. Aún no he terminado lo que tengo que hacer aquí.

—Lo sé, ya le he mandado yo a que te espere. Serán muchos y bien armados. Nosotros solo somos tres pero conozco la zona perfectamente. Los tendremos encajonados.

—Esteban Rubio es mío.

—Rubio es tuyo. ¡Vamos en mi coche!

—De acuerdo. ¡Carlos! —

Marta gritó a su compañero—
¡Vamos en el coche de Francesco!
Recoge la bolsa.

—¡Vale Marta!

—¿Pepote?

—Diga jefa.

—Quema mi coche.

—¿Pero si funciona aún jefa?

—¡No Pepote, no funciona! La puerta no cierra bien.

Marta se despidió levantando la mano y se metió en el coche de Francesco. Pepote no entendía nada pero si había que quemar cosas, el las quemaba.

31

El coche de Francesco se había introducido en el garaje de una residencia en El Viso madrileño cuando sonó su móvil. Francesco miró en la pantalla quién era la persona que llamaba, esta vez no iba a apartarse para hablar con él. Colocó el “manos libres” y contestó.

—¿Monseñor?

—¡Buenas noches, Padre Francesco!

—¡Buenas noches, Monseñor!

—Parece que existe cierto nerviosismo por aquí. ¿Cómo lleva sus asuntos?

—Castro ha conseguido toda la información.

—¿Alguien más la tiene?

—¡No!

—¿Y nosotros, la hemos recuperado?

—¡No, Monseñor!

—Mal asunto Padre Francesco.

—¡Espero sus órdenes,
Monseñor!

—Ya no es necesario que la señorita Castro siga con vida, tenemos que salvaguardar nuestros secretos. Finalice su trabajo y vuelva a casa.

—¿Monseñor?

—¡Diga, Padre Francesco!

—Usted mandó un segundo equipo para eliminar a Sebastián Martínez y no me dijo nada.

—Digamos que... necesitaba que usted estuviera muy centrado en la señorita Castro y quisimos descargarle de trabajo. No era relevante para usted, Padre Francesco.

—¿Se da cuenta en que hemos convertido a Marta Castro? Ya no es la misma mujer, hemos podido despertar a nuestro peor enemigo.

—¡Padre Francesco! Castro era la bestia dormida, Castro lleva en su interior el infierno, nosotros no hemos despertado nada, era cuestión de tiempo. José Castro fue nuestro diablo y ella es hija del demonio. Cumpla con la orden divina y con la ayuda de Dios, devuelva a esa mujer a donde le

corresponde estar, ardiendo desnuda en las llamas del Caído.

—¿Monseñor?

—¡Padre Francesco! ¿Parece que duda? ¿Dónde está su fe? ¿Acaso Marta Castro ha provocado la tentación y ha puesto a sus pies una manzana?

—¡Monseñor, mi fe en Dios

está intacta! Lo que se tambalea es mi lealtad a la Iglesia.

—Es triste oír sus palabras, Padre Francesco. Siempre le he tenido mucho aprecio y para nosotros ha sido la perfecta Daga de Dios. Nunca ha dejado un cabo suelto, hasta hoy.

—¡No voy a matar a Marta Castro, Monseñor!

—¡Padre Francesco! ¿Es consciente que con los conocimientos que tienen los dos no encontrarán nunca su paraíso? Es cuestión de tiempo que nuestro Señor afile otra Daga y grave en ella su nombre.

—Doy por hecho que usted ya la tenía preparada con mucho tiempo, Monseñor.

—¡Siempre ha sido un

investigador muy listo Francesco!
¿Me permite que me dirija a
señorita Castro?

Marta no se sorprendió de la pregunta que acababa de oír en el teléfono, de ese hombre se podía esperar de todo, había estado escuchando la conversación muy atentamente, en algunas ocasiones había tenido ganas de intervenir; pero Francesco la fue conteniendo.

—¡Ya empezaba a aburrirme con sus chorradas!

¿Pensé que hablaría conmigo antes? —Marta utilizaba un tono burlesco para hablar con él.

—¡Señorita Castro, por favor, esos modales! ¿No muestra el más mínimo respeto por un siervo de Dios?

—¡Al cuerno, viejo! ¡Te enseñaré mi respeto cuando vaya a visitarte! Será un placer tenerte delante.

—Sólo quería despedirme de usted, señorita Castro. Ni siquiera ha sido una digna rival porque no es rival para nosotros. La herencia que ha recibido la sobrepasa y no puede estar en sus manos. No es decisión mía señorita Castro, Dios nuestro Señor debe proteger su legado.

—Voy a ir a por vosotros, os voy a quitar la máscara. Os pusisteis un Dios por montera para oprimir al mundo, para enriqueceros, habéis mentido, matado y controlado el mundo a vuestro antojo. Durante dos mil años habéis disfrutado y ha llegado la hora de que se acabe la fiesta.

—Su tiempo se ha acabado señorita Castro.

—¡Verá curita! Como ya le dije a la Orden de la Luz, si a mí me ocurriese algo, Internet va a estar echando humo durante mucho tiempo, todo lo que tengo saldrá a la luz.

—¡Vaya, señorita Castro, muy precavida!

—¡No se haga el tonto, usted ya sabía que lo haría!

—Les deseo a los dos una larga vida lejos de nosotros señorita Castro. Si nos deja tranquilos Madrid será un lugar muy bonito para vivir.

—Sabe de sobra que no va a ser así.

—¡Entonces... ya nos veremos señorita Castro! ¡Buenas noches!

La comunicación se cortó, los tres se miraron sin decirse nada, ya se habían quedado claras las intenciones de ambas partes y el futuro no iba a ser muy divertido.

Carlos había asistido a la conversación completamente atónito, jamás pensó en el lío que se estaban metiendo pero a pesar de todo se mantenía firme y estaría con Marta hasta el final.

—¿Y ahora qué? —Carlos rompió el silencio.

—Ahora vamos a terminar lo que hemos empezado. ¡Francesco, indícanos!

Los tres salieron del coche y abandonaron el garaje accediendo a un patio con un pozo en el centro. El lugar estaba rodeado de unos muros decorados con varios maceteros en los que quedaban restos de las flores que brotaron en primavera. Francesco indicó a Carlos la posición que debía tomar y habló con Marta mirando su reloj.

—En menos de veinte minutos llegarán. Dos calles más arriba está la Embajada de Vietnam, tráelos hacia aquí, que entren en la casa, no queremos que ningún inocente se vea envuelto en el lío.

—¡De acuerdo, Francesco! —
Le contestó Marta.

—No intentes nada por tu cuenta. Esteban es muy peligroso y traerá bastante gente. ¿De acuerdo?

—Sí Francesco, no te preocupes.

Marta fue a dirigirse a la entrada de la casa pero Francesco la retuvo un momento tomándola de la mano, la atrajo hacia él y se miraron a los ojos, unos segundos, Marta esperaba y Francesco le dio algo.

—¡Toma Marta, llévate este intercomunicador y ten mucho cuidado!

¡Joder!, se dijo Marta, ella quería otra cosa y no un chisme para hablar de lejos. Se dio la vuelta y corrió hacia el lugar del encuentro.

No tuvo que esperar mucho, al poco llegó un mercedes negro y un monovolumen. Vio salir a Esteban

Rubio de un “mercedes” con otros tres hombres y del otro coche salieron cinco hombres más. Tomó el intercomunicador y lo conectó.

—¡Chicos! ¡Los tengo! Nueve con nuestro hombre. ¡Me voy a casa!

Marta se preparó y salió al encuentro de ellos. ¡Allí! Señaló uno de los hombres y Marta comenzó a correr con dirección a la

casa de Francesco, el plan daba resultado, el grupo de hombres la seguía. Era buena corredora y la distancia que había la podía cubrir sin ningún problema; pero ellos también eran rápidos y se le acercaban muy deprisa. Se giró un par de veces, tenía a uno de ellos casi encima, no iba a llegar a la casa, no se lo pensó dos veces, sacó la pistola y se detuvo en seco, disparó dos veces hasta que su perseguidor cayó y comenzó a correr de nuevo.

Esto no es lo que Francesco había previsto pero no tuvo más remedio. Ahora había que correr más rápido, el grupo de Esteban Rubio comenzó a disparar; pero había ganado los metros que necesitaba para entrar en la casa.

Cuando los hombres llegaron al patio se apostaron a la entrada con precaución esperando que llegara Esteban, no se veía nada en el

interior; pero una luz de la casa se encendió.

Esteban hizo señas a dos de sus hombres y entraron por la derecha del patio en dirección a la casa, luego mandó a otros dos por la izquierda. Cuando llegaron a la puerta y comprobaron que todo estaba despejado, el resto atravesó el patio.

En una de las ventanas de la

casa estaba apostado Carlos, viendo los movimientos que realizaban los hombres avanzando por el patio. A mitad de camino abrió fuego con su pistola y los obligó a esconderse, dos de ellos retrocedieron hasta la puerta de entrada al patio y sólo vieron a Francesco que les apuntaba con su pistola.

Dos disparos fueron suficientes para que cayeran al suelo y rápidamente cerró las puertas para

que nadie pudiera salir del recinto. Avanzo para ocultarse cerca del pozo pasando por encima de los cuerpos de los hombres que acababa de disparar, uno aún se movía. Disparó otra vez.

Antes de llegar al pozo le salió al paso otro hombre pero Carlos desde la ventana acertó de pleno y le despejó el camino. Francesco ya podía protegerse de los disparos de sus oponentes.

Habían localizado la ventana desde la que Carlos controlaba el patio y la acribillaron, Carlos tuvo que protegerse y eso les dio tiempo para que entraran en la casa.

Marta les esperaba al fondo del recinto y disparó varias veces su arma. Dos de los asaltantes cayeron al suelo pero Marta continuó disparándoles hasta que comenzó a recibir disparos del resto de los hombres que entraban. Corrió hacia su derecha y se ocultó en la cocina.

Esteban se arrastró hacia un lado e indicó a uno de sus hombres que subiera arriba, donde se encontraba Carlos. Al otro le indicó que esperara a que saliera Francesco detrás del pozo. Avanzó hasta la puerta de la cocina y tumbado en el suelo abrió la puerta.

Recibió varios disparos desde el interior, no se movía, no había contado pero estaba seguro que aún

le quedaban balas a Marta. Alargó su brazo y disparó un par de veces. Marta respondió hasta que su pistola quedó vacía, en cambiar el cargador tardaba unos segundos, montó el arma nuevamente y apuntó a la entrada de la cocina; pero Esteban ya se había colado dentro.

En la casa seguían oyéndose disparos, Carlos y Francesco estaban entretenidos. Marta estaba completamente empapada en sudor y dejada caer en un armario bajo

detrás del mostrador, de vez en cuando apretaba los dientes. Una bala le había pasado cerca del brazo y le ardía como si le hubieran puesto un cuchillo de fuego.

Asomó su cara por el lateral del mostrador para intentar divisar donde estaba Esteban. Recibió un tremendo golpe en la cara, Esteban se había acercado más de lo que ella esperaba y no pudo evitar la patada que acaba de darle, intentó revolverse pero la pateó

nuevamente en el estómago.

A Marta se le escapaban gritos de dolor mientras escupía la sangre que tenía en su boca. Esteban volvió a lanzar una patada, esta vez a sus riñones. Marta estaba completamente doblada, sin respiración.

Esteban se agachó para levantarla pero recibió un rodillazo en su cadera que lo lanzó contra la

mesa, Francesco acababa de entrar en la cocina, sujetó a Esteban por la chaqueta y le golpeó nuevamente con la rodilla en sus genitales, después le soltó un fuerte puñetazo en la cara.

Era suficiente. Esteban había caído y Francesco se sacudía la mano de dolor. Carlos entró en la cocina y ayudó a levantarse a Marta que aún tosía y se retorció de dolor.

—¿Cómo estás Marta? —

Preguntó Carlos.

—¡Jodida tío, muy jodida! —

Marta casi no podía hablar.

—¡Nos hemos cargado a todos!

—Dijo Carlos mirando a Francesco

— ¡Sólo queda Rubio!

Marta terminó de incorporarse y se inclinó sobre el fregadero, abrió

el grifo e inundó su cara de agua hasta que recobró el aliento. Francesco se le acercó.

—¿Quieres interrogarle, Marta?

—¡No, Francesco!, mételo en el coche, no quiero oírle. ¡Vámonos de aquí! Carlos, por favor, déjame tu móvil.

Francesco y Carlos arrastraban

a Esteban hacia el coche mientras Marta se quedó atrás haciendo una llamada. Francesco abrió el maletero y entre los dos introdujeron el cuerpo inconsciente en el interior. Marta llegó y se sentó en el coche llevándose de vez en cuando las manos a su estómago.

Tanto Carlos como Francesco sabían que Marta no estaba en muy buenas condiciones, tres golpes de ese tipo dejan tocado a cualquiera. Marta les pidió un favor.

—¿Podéis llevarme a la Almudena?

Francesco arrancó el coche y se dirigió hacia donde le había pedido Marta, el Cementerio de la Almudena, allí estaba enterrado su padre. Allí, frente a su tumba, Marta estuvo de rodillas varias horas. En la distancia, Francesco y Carlos observaban como ella hablaba con su padre. Hubo un

momento en que Marta se dejó caer sobre la losa y quedó tirada un buen rato. Se levantó nuevamente y besó la fotografía que tenía incrustada la piedra. Volvió al coche donde la esperaban.

—¡Vamos a la puerta de la Catedral!

Epílogo

Ni Francesco ni Carlos iban a discutir lo que Marta tenía decidido, a ninguno de los dos le gustaba pero o la acompañaban o lo haría sola. Llegaron al lugar, a esas horas de la madrugada no había nadie en la calle, solo ellos y un grupo de chicos sentados en la escalinata de la Catedral.

Sacaron a Esteban del interior

del maletero. Estaba despierto y mirando a Marta sólo le dijo una cosa:

—¡Zorra!

Marta no lo dudó y soltó un cabezazo directo a su nariz rompiéndola directamente, el dolor de Esteban se hizo patente en sus gestos. Marta sacó del bolsillo de su cazadora un velo negro y se lo metió en la boca. Ya no oiría más

SU VOZ.

Entre Francesco y Carlos le arrastraron hasta la reja que separaba el Palacio de la plaza. Ahí, le ataron de pies y manos. Pies juntos. Manos en cruz. Esteban se retorció en esa posición pero ya nadie le hacía caso. Sólo veía como en la distancia Marta se sentaba en las escalinatas y se encendía un cigarrillo. Francesco y Carlos estaban tras ella.

—¡Marta!

—Intervino

Francesco—. Aún estás a tiempo.

Marta le miró y con un “lo siento” hizo una seña al grupo de chicos que estaban un poco más alejados. Pepote y sus amigos se acercaron a Esteban Rubio y le rociaron con gasolina, en la distancia veían como su cuerpo se contorsionaba. Uno de los chicos se le acercó y encendió el infierno. Luego salieron corriendo del lugar.

En Madrid comenzaba a amanecer, las sirenas de la policía se mezclaban con el sonido de los coches de bomberos y las ambulancias que llegaban al lugar. Agentes de la Guardia Civil y de la Guardia Real bloqueaban el acceso a la plaza. Algunas televisiones ya estaban emitiendo las imágenes.

Julián Santos miraba por la ventana de su habitación como la antorcha humana se consumía frente a él. Una voz le devolvió a su

realidad.

—¿Vienes cariñín, hace un poco de frío?

Al otro lado de Madrid, sentada en la cama y con la televisión encendida Lucía García contemplaba la escena que sus compañeros emitían.

—¡Qué hija de puta!

El reloj de la Puerta del Sol marcaba las seis. Las campanadas se mezclaban con el ruido de las sirenas. Carlos se perdía por las escaleras del metro madrileño. Allí quedaban Francesco y Marta.

Una sombra les asaltó a sus espaldas. Era el Capitán Galilea, con las manos metidas en los bolsillos de su gabán y la cabeza agachada los miraba sentados en el

suelo de la Puerta del Sol.

—¿Qué has hecho chiquilla?

—Lo que ninguno de vosotros os atrevisteis a hacer nunca. Tus compañeros descansan en paz ahora.

Galilea ayudo a Marta a levantarse y durante un buen rato dejó que se desahogara llorando y

abrazada a él. Durante esos momentos regresó la niña. Pero sabía que cuando se apartara de él no la volvería a ver más de esa forma.

—Vete a casa. Descansa y vuelve dentro de una semana, o de dos, cuando quieras. Aquí te estaré esperando.

—¡Gracias Jefe!

Galilea se dio la vuelta y se perdió por la madrugada madrileña hacía la columna de humo que se levantaba unas calles más abajo.

Francesco la cogió de la mano y le secó las lágrimas de la cara con la manga de su chaqueta.

—¿Quieres que te acompañe hoy?

—Necesito alguien que me lama las heridas —por primera vez en la noche se vio sonreír a Marta Castro.

Francesco la tomó por los hombros y Marta por su cintura, caminaba con cierta cojera...

—¿Cómo estás tú “curita”?

—¡Ya te he dicho que no soy

cura! —La detuvo de golpe y la besó en los labios, lentamente, Marta sólo acertó a decir dos palabras: ¿Padre Francesco?

Autor



RAFAEL LARA nació en Lopera, Jaén, en 1961. Estudió en Madrid para graduarse en la Universidad de Alcalá. Fija su residencia en Alcalá de Henares, la “Ciudad de las Letras” y “Cuna de Cervantes”. Después de trabajar en un conocido banco nacional y en diversos proyectos mercantiles o comerciales, establece su actividad

laboral para la prestigiosa Universidad de Alcalá, conocido en la “*histografía*” como “Universidad Complutense” o “Universidad Cisneriana”, donde participa como gestor y técnico en el primer estudio sobre “Panorama Laboral de los Estudiantes Universitarios” publicado en el año 1999.

Apasionado por la historia y la intriga decide dar el paso a la escritura de este tipo de novelas y

publica la primera de la que será una saga de aventuras interpretada por su personaje “Marta Castro”.

Fundó la Compañía de las Artes Escénicas de Alcalá, con la que ha llevado a los escenarios un buen número de obras de teatro y musicales. Vive en Alcalá de Henares con su mujer y sus hijos.